

COLECCION NOMBRES e IDEAS
FILOSOFIA~POLITICA~BIOGRAFIAS

GINA LOMBROSO

R

EL ALMA ==
DE LA MUJER

editorial cultura
SANTIAGO DE CHILE

COLECCION "HOMBRES E IDEAS"

1	El Hombre y la Técnica, por Oswald Spengler.. . . .	\$ 3.50
2	La Rebelión de las Masas, por J. Ortega y Gasset.. . . .	4.00
3	Tres Ensayos sobre la Vida Sexual, por Dr. G. Marañón	4.00
4	La Mujer Nueva y la Moral Sexual, por A. Kolontay...	3.00
5	Fouché, por Stefan Zweig..	6.00
6	Gog, por Giovanni Papini..	6.00
8	Tres Maestros, por Stefan Zweig..	5.00
9	Socialismo, Inteligencia, Civilidad, por Dr. G. Marañón	3.00
10	La Sociología y las Reglas del Método Sociológico, por Emile Durkheim...	8.00
11	El Hombre Mediocre, por José Ingenieros	7.00
12	Amor, Conveniencia, Eugenesia, por Dr. G. Marañón	4.00
14	El Tema de nuestro tiempo, por José Ortega y Gasset	3.60
16	Nietzsche, por Stefan Zweig..	3.50
17	Amiel, por Dr. G. Marañón	5.00
18	Disraeli, por André Maurois...	6.00
19	La Evolución de la Sexualidad y los Estados Interse- xuales, por el Dr. G. Marañón...	7.50
21	Ensayo Biológico sobre Enrique IV de Castilla y su Tiempo, por Dr. G. Marañón...	3.60
22	Gordos y Flacos, por Dr. G. Marañón..	3.60
23	La Agonía del Cristianismo, por M. de Unamuno	3.60
24	La Superstición del Divorcio, por G. K. Chesterton.. . .	2.50
25	Cinco Ensayos sobre Don Juan, por Marañón, Maeztu, Ingenieros, Pérez de Ayala, Azorín..	6.00
26	El Poder Social. Cosas de Europa y otros Ensayos, por José Ortega y Gasset...	6.00
27	Meditaciones, por Dr. G. Marañón..	6.00
28	Beethoven, por Emil Ludwig...	4.00
31	El Alma de la Mujer, por Gina Lombroso..	6.00
32	Talleres Americanos, por André Maurois..	2.00
33	La Tragedia Sexual de Leonardo de Vinci, por el Prof. S. Freud	3.60
34	Eduardo VII y su Tiempo, por A. Maurois'	7.00
35	Oscar Wilde, por André Gide..	4.00
36	La Educación y el Orden Social, por Bertrand Russell.	5.00
38	La Psicología de las Multitudes, por Gustavo le Bon...	4.00
39	Las Cuatro Mujeres de Felipe II, por M. Dhanys.. . .	6.00
40	Ensayos de Psicoanálisis Aplicado, por S. Freud	6.00
41	Alejandra Feodorowna, por Maurice Paléologue.. . . .	5.00
42	Romain Rolland, por Stefan Zweig..	7.00

(Pasa a la tapa siguiente)

EL ALMA DE LA MUJER

D I S T R I B U I D O R E S
E X C L U S I V O S
P A R A C H I L E
LIBRERIA "CULTURA"
Huérfanos 1165 - Casilla 4130.
Santiago de Chile

COLECCION "HOMBRES E IDEAS"
FILOSOFIA — POLITICA — BIOGRAFIAS

Gina Lombroso

EL ALMA DE LA MUJER

REFLEXIONES



EDITORIAL CULTURA
Casilla 4130
Santiago de Chile
1937

*Printed in
Santiago of Chili*

P R O L O G O

De Madame Lagerwald de Gadolín, a la versión sueca de la obra.

Después de haber asistido a una de sus recepciones de los domingos por la tarde, que convierten su casa en una Meca del talento (los Ferrero viven en modesta villa de un parque maravilloso), comprende el visitante que la señora Lombroso de Ferrero y su esposo el ilustre historiador Guillermo Ferrero, son dos seres que se completan, dos personalidades eminentes. Un rato de coloquio basta para dejarnos una honda impresión del talento de la señora de Ferrero, talento flexible, rápido y sutil al mismo tiempo; pero aun dejan más fuerte impresión en el ánimo de quien la trata su bondad, el interés que por los demás se toma. Y cuando ya la conoce uno más a fondo, pregúntase maravillado cómo es posible que le quede tiempo para escribir.

Madre de dos hijos, de los que ha sido y sigue siendo mentora y maestra, habiendo escrito para ellos infinidad de cuentos, comedias y novelas, actúa de mujer de su casa, y excelente por cierto, en ése su tan hospitalario hogar, y después de atender a muchedumbre de menudos quehaceres, y al cuidado de sus hijos, aun halla modo de atender a su país, a sus amistades, a las amistades de sus amigos, a los intelectuales y a los desvalidos de toda índole.

A fin de poder ofrecer a las mujeres inteligentes el papel social que cree corresponderles, ha ideado una Asociación, una suerte de salón literario de antes de la revolución, que funciona en forma epistolar—Associazione Divulgatrice delle donne Italiane—. En esta Asociación, la mujer, que constituye su foco central, tendría por misión la de buscar y dis-

cutir por cartas aquellas obras poco conocidas, que juzgara dignas de serlo, procurando dárselas a conocer y que las discutieran a personas competentes. La señora Lombroso de Ferrero, por su cuenta, ha realizado ya este plan en un modo magnífico, divulgando y promoviendo la publicación de muchedumbre de obras de biología, filosofía, agricultura, psicología y política, así en su país como en los demás países, donde ha logrado fundar bibliotecas italianas, de igual suerte que ha conseguido introducir en su país muy interesantes obras extranjeras.

Pero todo esto sólo se le lleva una parte mínima de su actividad; pues al mismo tiempo se ocupa y se preocupa enormemente de esas clases medias que en estos momentos atraviesan en todas partes una dolorosísima crisis moral y económica, habiendo ideado y llevado a la práctica un gran número de instituciones para ayudarles, y hasta discurrido y divulgado inventos de todo punto geniales en el dominio de la economía doméstica. Entre otras cosas, ha ideado el modo de utilizar el sol para la cocina y el arreglo de la casa, e ideado la forma de hacer un traje en cinco minutos.

¿Cuándo escribe esta mujer?—No sé cómo me las arreglo para encontrar un rato libre que dedicar a las Letras—decíame cierto día que yo la interrogaba sobre el particular—, mi obra forma parte de mi vida; andando, dándole la lección a la nena, cosiendo o charlando, ocúrrenseme ideas relacionadas siempre con la realidad en que vivo, y luego, en cuanto tengo un momento disponible, las pongo por escrito—escribo a máquina desde que era chiquita, primero para mi padre, luego para mi hermana y para mi marido—y cuando lo hago bajo el dictado de mis pensamientos, es exactamente lo mismo que si me dictara otra persona, pues voy igual de prisa, con la misma velocidad que una mecanógrafa de primer orden.

* * *

La señora Lombroso de Ferrero tiene el doble honor de ser esposa e hija de un grande hombre. Su padre era nada menos que César Lombroso, el autor de *El hombre criminal*.

César Lombroso era, sin duda, uno de esos seres que la naturaleza alumbró de cuando en cuando, en una de sus horas felices, para bien de la humanidad. Sabio y poeta, poseía un cerebro inagotable en punto a ideas nuevas, amén de viva fantasía, amor a la humanidad y una intuición prodigiosa. De carácter jovial, animado y amable, muy dado al trato social, y muy amante de los jóvenes, a despecho de las más amargas experiencias, cifraba su mayor alegría en atraérselos y hacerlos sus discípulos.

Guillermo Ferrero mismo empezó su carrera como discípulo de César Lombroso. Tenía el gran historiador por aquel tiempo diez y ocho años y había ido a Turín para visitar, en unión de otros estudiantes, el laboratorio de Lombroso. En el banquete que en aquella ocasión dieron los estudiantes a su maestro, hubo de pronunciar Ferrero un discurso. Maravillado Lombroso del talento del joven orador, mostró deseos de conocerlo personalmente, y al instante, aunque el joven no había escrito todavía ni una línea, invitó a colaborar con él en *La mujer criminal*, que tenía en el telar a la sazón.

Así fué cómo Ferrero conoció a César Lombroso, y a poco de eso, a su hija, concibiendo por ella un gran afecto. Ferrero sintió el influjo intenso, no sólo de la personalidad de Lombroso, sino también de su hija, que criada en un medio donde bullían las ideas vivas, alejó a Ferrero de esas áridas investigaciones de detalle, de que los estudiantes de universidad se atiborran.

Gina Lombroso no se casó de tan buenas a primeras con el joven discípulo de su padre. Hacíasele a éste muy duro desprenderse de ella, y a ella también tener que separarse de su padre.

El cariño de Gina Lombroso a su padre es como un hilo rojo tendido a través de su vida, desde su más tierna infancia. La gran biografía que de su padre trazó a poco de su muerte, es quizá una de las mejores que yo recuerdo haber leído. Nada de esos pormenores fatigosos y esas innumerables cartas que no tienen interés más que para la familia o los amigos íntimos. Y sin embargo, la personalidad de Lombroso resalta allí viva como en ninguna otra; así la perso-

nalidad de Lombroso sabio, como la de Lombroso padre, del hombre idealista tan singularmente alegre y entusiasta, no obstante las persecuciones que hubo de sufrir en su vida.

—Desde mi más tierna infancia—decíame en cierta ocasión que la interrogaba acerca de su vida—, hasta donde alcanzan mis recuerdos, no hubo para mí otra cosa que mi padre. Siendo todavía una niña, le acompañaba a la imprenta, al laboratorio, al hospital, le ayudaba en sus experimentos, le servía de secretario y de ayudante, le copiaba y resumía los libros, sacaba los tantos por ciento y trazaba estadísticas.

A fin de poderle entender y ayudarle mejor, estudié en las escuelas de chicos con intención de seguir luego la carrera de Medicina. Sólo que al terminar esos estudios preparatorios, me encontré con que no había matriculada ninguna estudiante en la Facultad de Medicina y no atreviéndome a ser la primera me matriculé en la Facultad de Letras. Pero aquellos estudios eran muy distintos de los que hasta allí hiciera con mi padre y no me interesaban lo más mínimo. Por aquella época andaba yo muy ocupada con las historias de santos, pues mi padre se proponía escribir un libro sobre este tema en colaboración conmigo. Mi tesis del doctorado de Letras versó con efecto sobre la diferencia entre los santos de Oriente y los de Occidente.

Terminados mis estudios de Letras, dediquéme a la Economía política, que estudiaba con Guillermo Ferrero. Al mismo tiempo ayudábale también a mi padre a terminar el tercer tomo de El hombre criminal. Hice mi debut en las investigaciones económicas con una estadística, fruto de una encuesta personal sobre las condiciones sociales y económicas observadas en un barrio de Turín. Había tenido aquel estudio una gran repercusión; seguí por ese camino escribiendo unas cuantas Memorias sobre el analfabetismo en Italia, las huelgas, la cuestión de las viviendas obreras, las leyes de protección de la mujer y el niño, etc.

Durante este tiempo habíanse matriculado dos señoritas en la Facultad de Medicina, y animada por su ejemplo matriculeme yo también.

Los cursos de Medicina me interesaban con pasión; yo gozaba enormemente los primeros años con las lecciones de Historia Natural; más tarde, consagrame particularmente a la Psiquiatría y la Homeopatía, porque mi padre era homeópata. Inspirábanme aversión las exageraciones de los higienistas, que eran los dioses del momento, con su eterno espantajo de la muerte y la degeneración. Así que emprendí un estudio sobre Las ventajas de la degeneración, que fué luego mi tesis para el doctorado de Medicina, publicándolo en 1902, en tomo. En aquel libro demostraba yo que todas esas delimitaciones que se establecen entre degeneración y evolución son ficticias, y que muchos de los signos que se aducen como de degeneración, no lo son sino de adaptación, en apoyo de lo cual exponía gran número de experiencias clínicas, fisiológicas, estadísticas, etc., y que es preciso andar con pies de plomo cuando se pretende enmendarle la plana a la Naturaleza.

Después de casarme en 1901 con Guillermo Ferrero, volví bajo su influjo a ocuparme en economía política e historia, acometiendo un gran estudio sobre el maquinismo, o mejor dicho, sobre Los inconvenientes del maquinismo, que había de hacer juego con Las ventajas de la degeneración. Este libro, que acaso no terminaré nunca, pues he tenido que remontarme para resolverlo, a la historia económica de Inglaterra y Norteamérica—las dos naciones que primero adoptaron el maquinismo—y a la historia de la China—único país que ha sabido resistirse a su embate, y aun a la historia de las máquinas, las matemáticas y los estudios de ciencias físicas, con lo que mi trabajo ha adquirido proporciones gigantescas—, ese libro, repito, que me ha obligado a ir tan lejos, tuvo su origen en mi odio al maquinismo, que a su vez lo tuvo en una grave crisis económica por que atravesó Italia durante los años 1889 a 1895, y que me movió a considerar absurda una civilización que continúa deshaciéndose de sus hombres (emigración), para importar, a duras penas, máquinas y carbón que los substituyan.

Pero mientras la joven escritora estudiaba el maquinismo, su esposo, Guillermo Ferrero, fué invitado a dar una serie de conferencias en Buenos Aires y Río de Janeiro, prime-

ro, y luego en Norteamérica, y ella suspendió sus estudios personales para acompañarle en su excursión. De regreso a Italia, en 1909, perdió seis meses después a su padre. Gina Lombroso era a la sazón madre de dos niños, y al cuidado de éstos, y a reunir y terminar las obras de su padre, dedicose. Recopiló sobre el esquema de *El hombre criminal* los escritos todos de su padre en materia psiquiátrica e hizo un libro *El hombre alienado*, que, según el plan de Lombroso, había de preceder a *El hombre criminal*; preparó una segunda edición de *La mujer criminal*, enriqueciéndolos con nuevas investigaciones sobre el tema, especialmente de las por el mismo Lombroso realizadas; cooperó mediante conferencias a la nueva *Escuela de Antropología criminal* que se inauguró en la *Universidad de Turín*; puso en orden los papeles de su padre y acometió la *Historia de la vida y obras de César Lombroso* contada por su hija, en la que analizó la historia, no sólo de su padre, sino también de las diferentes escuelas por él fundadas en los dominios de la *Psiquiatría*, la *Antropología criminal* y la *Psicología experimental*.

Así las cosas, sobrevino la guerra. La señora de Ferrero siguió la corriente general, dedicándole toda su atención, y suspendió sus tareas literarias. Pero he aquí que durante la guerra hubo de operarse una gran revolución en el mundo femenino italiano que hasta allí se mantuviera harto apartado del feminismo de los países del norte. Hacía ya muchos años que la mujer estudiaba en Italia, pero sin alejarse demasiado para ejercer, de la familia, y las costumbres hogareñas resistían a la invasión. La guerra lanzó a la mujer a todas las técnicas masculinas y la organización antigua no pudo hacerles frente a las nuevas costumbres. Ya se comprenderá con cuánta pena habría un espíritu tan sensible como el de la señora de Ferrero, de presenciar ese derrumbe de la vida de familia, para no buscar un remedio capaz de combatir esa situación llena de contradicciones y peligros en que, sin pensarlo, se colocaron las mujeres. Pero quiero dejarle a ella misma la palabra, para que nos diga cómo se le ocurrió la idea de escribir este libro sobre la mujer:

“Antes de la guerra, a causa de mi educación, mis estudios y el medio en que había vivido, apenas si tuve yo trato alguno con el mundo de la mujer.

“Pero después de 1914, cuando, por efecto de las instituciones de la guerra, hube de encontrarme en un trato más íntimo con mujeres, y sobre todo con mujeres de carrera, que ejercían una profesión y se creían superiores a las demás, quedeme asombrada al ver cuáles eran sus ideas acerca de los hombres y las mujeres mismas, y sobre todo maravillada de ese extraño deseo que mostraban de imitar al hombre, considerándolo superior, con todo, y exacerbarse ante la sola idea de que él las creyese inferiores, y sobresaltada a vista del descarriamiento que esa polarización de las mujeres hacia el hombre, introducida en sus más naturales aspiraciones.

“Asustada de los efectos sociales que esa confusión de ideas hubiera podido tener en este mundo, ya tan desquiciado por la guerra, pensé que una mujer que, como yo, había gozado de la misma educación e instrucción que un hombre, y sin embargo, comprendía claramente toda la diferencia que existe entre ellos y nosotras, estaba en el deber de luchar contra todos los falsos conceptos feministas. Creía que una mujer que, como yo, se hallaba impuesta en las ciencias psicológicas, venía obligada a analizarse y a analizar a las demás mujeres, a fin de poner de resalto el alma de la mujer, con miras a la resolución del problema. Y ese fué el origen de mi libro sobre la mujer.”

He oído decir que este libro era el primer estudio científico escrito por una mujer sobre la psicología femenina; no sé si será verdad; pero sí es lo cierto que ninguno tuvo mayor resonancia en nuestra época.

¿Pero trátase aquí del alma de la mujer o del alma de la mujer italiana? Esta última es seguramente la que ha servido de modelo para el libro; pero, ¿es tan distinta esta mujer de todas las demás mujeres? Con la naturaleza espiritual de este país ocurre lo que con su paisaje, donde el sol es más intenso y caliente y proyecta sobre las cosas sombras más enérgicas. Todo asume allí proporciones más vigorosas que en los países del norte, ya que todo resulta más recalcado; y la naturaleza de la mujer resalta cual observada al través de

una lupa. Lo que sólo constituiría una contrariedad para una mujer del norte, resulta una tragedia para la italiana; sólo que en el fondo los sentimientos son los mismos.

La señora Lombroso de Ferrero es enemiga del feminismo, creyendo que la misión de la mujer, hoy como ayer y mañana como hoy, habrá de cifrarse en amar y sacrificarse en bien del prójimo para granjearse su afecto.

Estima que la mujer no tiene interés alguno en reclamar nada de lo que los hombres poseen, por el simple hecho de poseerlo los hombres, ya que muchas de las prerrogativas de que éstos gozan resultaríanle a la mujer otras tantas cargas, por lo que aquélla ha de pedir más bien lo que responda a sus intereses y aspiraciones, sin meterse a averiguar lo que los hombres posean.

La señora de Lombroso de Ferrero opina que una mujer del montón es más feliz y hace más felices a los demás, sometién dose a las tradiciones, que son las experiencias cristalizadas de muchos siglos, que no pretendiendo proceder por su cuenta y riesgo.

Mas no se opone a que esas tradiciones vayan evolucionando; es más, quisiera que así fuese; sólo que piensa que únicamente la mujer superior, que ha pasado por la escuela del sufrimiento—porque es en esta escuela donde las mujeres superiores se forman—tiene derecho a poner la mano en esas tradiciones. Sólo las mujeres que sufrieron y tuvieron la energía suficiente para remontarse de sus propios dolores a las causas generales de que se derivan, hállanse capacitadas para modificar las tradiciones.

Demuestra, de esta suerte, que la inteligencia de la mujer es distinta de la del hombre, que ambos han sido hechos para completarse, y que el nivel intelectual de mujeres y hombres desciende cuando unos y otros viven independientes y aislados, aplicándose a los mismos fines. Este libro habrá de suscitar y ha suscitado muchas discusiones en todos los países; pero muchos prejuicios habrá de tener quien no sienta el interés más vivo al leer estas observaciones, que ponen de manifiesto muchos rasgos ocultos del alma femenina. Las conmovedoras palabras que emplea al hablar de la misión de la mujer, de las barreras que a ésta la separan del hombre,

de los puentes que a entrambos unen y de los que todavía convendría levantar, son de lo más hermoso que se ha escrito.

Es este un libro modesto y profundamente sincero, asequible a todos, y, sin embargo, muy profundo. Y cuando se hallan reunidas en un escritor estas dos condiciones, no hay que pararse a pensar si se trata de un adversario o un amigo.

Una mujer como la señora de Lombroso de Ferrero, será siempre, por razón de su personalidad y sus altas dotes, un explorador avanzado en el problema de la mujer.

MADAME LAGERWALD DE GADOLIN

DEDICATORIA

A ti, Nina mía, dedico estas páginas. En ti pensaba al escribirlas, y en tus amiguitas que, cua! bandada de pajarillos, ríen y juegan en estos instantes contigo. Aun no se os despertaron, ni a ti ni a ellas, los oscuros instintos; cuando ríes o lloras, sabes siempre el porqué. Mas, dentro de unos años, ya no será así.

Según va pasando la vida nos vamos volviendo cada vez más extraños para nosotros mismos, y entendiéndonos cada vez menos. Y es que, según va pasando la vida, los objetos exteriores, fáciles de avaluar, van perdiendo todo valor, y cobrándolo en alto grado los impulsos internos, más difíciles de descubrir y apreciar. Los intereses lógicos que rigen vuestro mundo infantil, los goces de la vista y el paladar, que ahora bastan a hartar vuestros sentidos, los pesares de vuestras almitas por el castigo sufrido o el juguete roto, que compendian vuestras angustias, vendrán dentro de nada a substituírlos, goces y pesares vagos y destructores; cuya razón, más de una vez, no llegaréis a alcanzar. Ni a mí, siquiera, te atreverás ya, entonces, a confiarme tus secretos, hijita mía; no te atreverás a hacerlo, porque ni a ti misma te sabrás decir si ríes o lloras.

Lee entonces este libro, Nina mía; que para ti lo he escrito, y pensando en esos tiempos futuros. En sus páginas recogí cuanto la experiencia me enseñó, cuanto me parecía pudiera ser provechoso para dirigir una vida que se inicia, y aun no acierta a discernir las obscuras voces del alma, que cada cual cree exclusivas de la suya, siendo así que son de todos.

Ojalá estas páginas, hija mía, puedan ahórrarte alguna de esas tribulaciones que a toda tierna vida aguardan. Tal es el anhelo humilde, grande, y a veces, ¡ay!, vano, de toda madre .

PREFACIO DE LA AUTORA

Aunque escrito por un modesto cultivador de la ciencia, no quiere éste ser un libro científico, que no es fruto de investigaciones psicológicas o filosóficas especiales, sino de observaciones espontáneas acerca de la mujer y de largas reflexiones sobre los dolores que trabajan su vida y que podrían ahorrárselo.

El corazón, el alma, la inteligencia de la mujer, los problemas del amor, de la justicia, de la cultura, no se examinan aquí desde el punto de vista teórico, con el fin de aportar una nueva piedra al edificio de la psicología, sino desde un punto de vista práctico, con la intención de ayudar al hombre a conocer a la mujer y ayudar a ésta a resolver algunos de los problemas que más la asedian y acosan; con el propósito de definir sus verdaderas aptitudes, sus aspiraciones positivas, sus buenas cualidades, sus características y las consecuencias sociales que de todo ello se pueden derivar.

Nacido de observaciones y meditaciones sinceras sobre el alma de la mujer, desearía este libro suscitar reflexiones y meditaciones igualmente sinceras.

Hijo de la persuasión de que no son la educación ni la fuerza, sino la pasión y la misión que le está encomendada, las que determinan en la mujer impulsos y cualidades particulares, que constituyen una especial figura femenina, distinta de la masculina, de igual modo que difiere en lo físico la mujer del hombre, quisiera este libro persuadir también de eso a hombres y mujeres, y combatir la tendencia del mundo moderno a masculinizar a la mujer, tendencia que privará a la sociedad de una ayuda preciosa sin proporcionar tampoco a la mujer esa felicidad que se hace la ilusión de poder procurarle.

No se me oculta que el propósito está bastante por encima de las fuerzas de un solo escritor y del alcance de un libro; que no se persuade a los demás con afirmaciones, sino discutiendo con ellos, y haciéndoles recorrer el camino que uno recorrió. Por lo que estas reflexiones aspiran a ser, como dije, no el punto de llegada, sino el punto de salida de reflexiones y observaciones más generales, que otros deberían seguir en la vida real, al margen y por encima de todo prejuicio de escuela, partido o interés acerca de esta cuestión. Estas reflexiones pasaron ya, en parte, por una destilación análoga; fueron previa y públicamente discutidas entre hombres y mujeres de las más diversas culturas y profesiones, resumiéndose luego parte de sus resultados en los oportunos Debates sobre el alma de la mujer, que el autor sería muy ufano de proseguir con el lector.

En la expresión sincera de un juicio, hay siempre una parte de verdad; y esta parte de verdad es la que la autora ofrece, y quisiera destilar de los lectores.

Y especialmente, es a vosotros, tímidas madres perdidas, cohibidas en vuestra útil misión, a quienes me dirijo, y a vosotras, jovencitas, cuyo corazón palpita con la nostalgia de estrechar un hijo entre los brazos. Sofocadas, deslumbradas por las grandes misteriosas potencias y soñadas, hoy de moda, os habéis quedado calladas y escondidas, como avergonzadas de sentir os ajenas a tan altas cuestiones; y el mundo ha tomado vuestra timidez por indiferencia, y por coacción la pasión que en vuestras almas arde, negándoos la existencia, y declarándoos víctimas ilusas. Para defenderos, escribo yo este libro; para demostrar que seguís viviendo, y que el yugo de que os quieren libertar, es vuestra misión, la aspiración universal y común a todas las mujeres que saben amar.

Florencia, marzo 1921.

LIBRO PRIMERO

EL ALMA DE LA MUJER

La vida más fácil truécase en
trágica para aquella que no tiene
por coraza el egoísmo.

LAS DIFICULTADES DEL PROBLEMA DE LA MUJER

Suele ocurrir cuando se contempla largo rato un panorama alpino, que los contornos que al principio nos parecían se destacaban sobre el cielo con toda claridad, se complican luego bajo nuestros ojos, revelándonos entonces altas montañas y profundos valles que hasta allí nos impedía ver el sol, amén de infinitos torrentes y neveras, de suerte que aquel paso que a lo primero se nos antojó tan sencillo, tan fácil de atravesar o modificar, va enmarañándose a nuestra vista en sus líneas generales hasta resultar de una complejidad terrible. Pues esto mismo sucede con la vida. Al encararla por primera vez, cuando aun no se habituaron nuestras luces a la viva flama diurna, sólo percibimos el conjunto, antojándonosos aquella llana y fácil y cual juego de niños las dificultades que habremos de vencer; pero luego que nuestros ojos vanse haciendo a la luz y a medida que la experiencia nos va aguzando la mirada, empieza a complicarse también el semblante del mundo, siendo entonces cuando caemos en la cuenta de que llanos y montes hállanse indisolublemente ligados entre sí, de suerte que no es posible introducir el más leve cambio en ningún sitio, sin que repercuta en los demás. Comprendemos, al fin, que aquellas modificaciones que al principio parecían tan fáciles de conseguir, son, en realidad, terriblemente difíciles, sumamente complejas y peligrosas, y después de darles vueltas y más vueltas en todos sentidos, concluimos por retroceder desalentados, hasta que "al pálido reflejo del pensamiento todo nuestro diseño se decolora y nubla".

¿Qué hay, y sobre todo, qué había antes de la guerra de más injusto en la sociedad moderna que la condición de

la mujer? ¿Por qué la mujer, la madre de todos los vivientes, el ser más necesario de la humanidad, ha de obedecer al hombre, a un individuo inferior a ella desde el punto de vista de la naturaleza y acaso, también, desde el punto de vista moral e intelectual? ¿Por qué ha de disfrutar en la sociedad de un prestigio menor que el suyo? ¿Por qué ha de verse excluída de esos goces que se reputan los más grandes: de la gloria, los honores, el poder, los puestos más tentadores y mejor remunerados de la vida pública y privada? ¿Por qué no ha de hallarse asistida de los mismos derechos que el hombre? ¿Por qué han de imputársele como otros tantos delitos actos que en el hombre constituyen motivo de vanagloria? ¿Por qué ha de venir obligada, poco menos que por ministerio de la ley, a guardar una moral superior a la del hombre y realizar sacrificios infinitamente mayores?

Durante mucho tiempo, esta cuestión no me ofreció a mí la menor duda. Todo eso derivábase de una injusticia de los hombres, que se habían adjudicado a sí mismos la mejor parte de la vida; dependía de injusticias sociales, cuya eliminación no podía ser difícil. Pero poco a poco, a medida que el tiempo me hacía ir encontrando el fondo de mi alma, ese fondo común a todas las mujeres que con harta facilidad encubren los pocos años; según la experiencia me iba dejando ver todas las repercusiones que el problema de la mujer determina en la mujer misma y en la sociedad, fui percatándome de que esas supuestas injusticias dependían de algo mucho más alto y fatal que una preponderancia o una injusticia social, acabando por convencerme de que eran consecuencia de la misión de la mujer, de las tendencias especiales que esa misión despierta en todas nosotras indistintamente—así en aquellas que la pueden llevar a cabo como en aquellas otras que no pueden, lo mismo en las que humildemente la aceptan que en las que orgullosamente la rechazan, adquiriendo, en suma, la persuasión de que tales presuntas injusticias dependían de la armonía social, que necesita de varones y hembras dotados de diferentes cualidades y encargados de cometidos diversos—, de igual modo que para la musical armonía del órgano requiérense tubos de longitud distinta.

LA CLAVE DEL ALMA FEMENINA: SU
ALTEROCENTRISMO

Es inútil negarlo. La mujer no es igual al hombre. Cogamos cualquier novela, un poema antiguo o moderno, y veamos de traducir a lo hombruno las más notables heroínas que en él figuren. Figurémonos por un instante trocadas en varones a las mujeres del Antiguo y del Nuevo Testamento, Rebeca, Noemí, Ruth, Magdalena, María; imaginemos como hombres a Elena, Hecuba, o sin ir más lejos, a la Eugenia de Balzac, la Rebeca de Walter Scott o la Dorrít de Dickens, y decidme en conciencia si las figuras que salieron de ese trueque no habrían de resultar ridículas y monstruosas.

Prescindiendo de esas diferencias físicas e intelectuales que hay entre ambos sexos y que a nadie se le ocultan, existe una que sobre todas las demás descuella, siendo la base de que se derivan, y es esta: Que la mujer es *altruísta*, o mejor dicho, *alterocentrista*, en el sentido de que *no concentra sus placeres y ambiciones en sí misma, sino en una tercera persona, a la que ama y de la cual desea ser amada: el marido, el padre, los hijos, el amante, etc.*

Siendo como es la mujer, sensible a los goces y dolores de los demás seres con quienes convive, no es capaz de gozar, crear o destruir lo más mínimo, con independencia de aquéllos, sin contar con su aprobación o censura y haciendo caso omiso de su afecto. Siendo como es la hembra, insensible a los placeres egoístas del gusto, la vista, el oído y el intelecto, no puede gozar, crear ni hacer cosa alguna, como no tenga alguien en quien pensar y que en ella piense, alguien con quien y por quien poner en juego sus facultades. La mujer, ávida de vivir para los demás, pronta a sacrificarse por ellos, rebotando gratitud por los favores que le dispensan, padece lo indecible cuando los demás no le muestran gratitud a ella, cuando no hay quien la atiende y mime, cuando no hay alguien que por ella viva y esté dispuesto a sacrificarse, y se indigna y encoleriza y angustia alternativamente

cuando es así, cuando no lo es y cuando teme que lo sea; en una palabra, que esa antorcha que la mujer recibe con la vida, apágase muy luego como no tenga alguien a quien alumbrar, alguien que la despabile y atice.

No pasa otro tanto con el hombre. A semejanza de los demás organismos de la naturaleza, no desviados de su fin por la maternidad, es el hombre *egoísta*, o mejor dicho, *egocentrista*, en el sentido de que *propende a hacer de sí mismo, de sus propios intereses, placeres y actividades el centro del mundo en que vive.*

Siendo como es capaz de vivir y gozar él solo, resulta indiferente el hombre a la existencia de los demás seres con quienes convive, a sus goces y sus dolores; no siente la necesidad de fijar la vista en ellos, ni a proporcionarles placeres o disgustos, pero en cambio, no se aflige en demasía porque los demás no se fijen en él ni le guarden gratitud. Ganoso de satisfacerse a sí propio, hace por evitar toda emoción y con tal de lograrlo, es capaz de vivir sin amores ni odios, sin goces ni sufrimientos; de dirigirse, de orientarse en la vida sin contar con el aplauso o la censura ajenos. Siendo sensible, como lo es, a todos los placeres egoístas del gusto, la vista y el oído, así como a los goces que proporcionan la riqueza, el poder y las abstracciones intelectuales, puede el hombre cifrar en sí mismo sus alegrías, vivir y gozar en este mundo con absoluta independencia de los demás, fomentando por sí solo la antorcha de la vida que, al nacer, recibió.

Fijaos en los niños cuando viven todavía juntos bajo el común techo familiar, a la edad en que podían tener los mismos cuidados y preocupaciones, cuando la educación no fué parte a torcer o encubrir los instintos. La nena se entretiene haciéndole vestiditos a la muñeca o meciendo o lavoteando a la hermanita más pequeña, es decir, consagrándose a los demás. El chico, en cambio, cifra sus glorias en la escopeta, el balón o el aro, que le permiten poner de manifiesto su maña o su fuerza. La nena gusta de hacer papeles de madrecita, médico, maestra y niñera; de jugar con los más pequeñitos, de besarlos, acariciarlos, imponerles su dominio y saborear sus caricias y sus besos; trabaja, estudia por darles gusto a la mamá o la maestra y granjearse sus elogios. El

chico busca amiguitos mayores que él, con los cuales medir sus fuerzas, gusta de hacer papeles de cochero o general, aspira a mandar y que lo sirvan; si ha de ayudar a su mamá, si ha de estudiar—como no sea que eso le distraiga—es menester darle alguna golosina, una perrita, un juguete... a no ser que ande listo por miedo a una paliza.

Pues lo mismo que de niños son toda la vida; el varón, atento únicamente a sus propios intereses, placeres y fines; la mujer, eternamente ocupada y preocupada con los demás, desviviéndose por merecer su aplauso, darles gusto, atenderlos y obligarles a fijarse en ella.

Fijaos en los viejos, cuyo temple moral se acusa más claramente fuera de los miramientos sociales. No bien las circunstancias externas se lo permiten, el hombre, cargado de años, se retira de la lucha, aspirando ya, sobre todo, a no sufrir molestias y disgustos, a suprimir, aunque sea con grave daño de quienes le rodean, hasta los más ligeros contratiempos que pudieran desazonarle. Ese es el instante de su vida en que saborea más a satisfacción los goces de la familia, en que más echa a ésta de menos si no supo formársela; su mayor placer entonces cífrase en ser objeto de atenciones y mimos de parte de los demás, sin tener que pensar en pagarles con la misma moneda.

Cuando la mujer entrada en años hállese en condiciones análogas, lejos de retirarse de la lucha, de querer suprimir toda clase de sinsabores y concentrar en sí misma toda su atención, delegando en los demás las funciones que hasta allí le estuvieron encomendadas, lo que hace es oponerse con todas sus fuerzas a todo intento de aligerarla de sus tareas y duplicar, si no su actividad, sí su emotividad, su afán de actividad y de emociones. Y si ya no puede seguir sacrificándose por los demás, hace todo cuanto está en su mano a fin de que éstos se sacrifiquen por las causas que cree justas.

Los hijos y nietos que la rodean, vienen a ser sus ídolos, sayones y víctimas, todo en una pieza. Desvélese y se desvive por ellos, no solamente más de lo que permiten sus fuerzas, sino bastante más también de lo que se desveló y desvivió por los hijos. Nadie los quiere, cuida y educa como ella desea se les quiera, cuide, instruya y eduque; ni nadie

tampoco la quiere y cuida a ella, como desearía. Anda siempre buscando la viejuca, como con un candil, nuevas razones para nuevos trabajos y desvelos. Olvidase de los pasados goces, ya que los goces del altruísmo y de la pasión son inferrables, para acordarse únicamente de los sufrimientos que la memoria encona y agiganta; caen sobre ella a enjambres, lacerándole el alma, pesares y rencores, y a esa edad, en que mejor podría entregarse al descanso y disfrutar, es precisamente cuando sufre más que nunca sufrió.

El período más feliz de su vida es para la mujer, aquel en que las atenciones familiares y sociales absorben por entero su fuerza física y moral; cuando su espíritu hállase en un continuo estado de emoción real y natural; cuando su necesidad de ocuparse y preocuparse de los otros, encuentra un natural desfogue y aquéllos siéntense llevados sin esfuerzo, por virtud natural, a atenderla a ella; en esa edad de su vida en que es nodriza de sus hijos y su educadora, y su maestro, y su amante, y su amada.

La mujer que no tiene en este mundo a nadie por quien afanarse y trabajar, alguien a quien consagrarse y que a ella se consagre también, la solterona que no tiene hermanos, sobrinos, niños con quienes encariñarse y que se encariñen de ella; desdichados cuyos dolores aliviar, erigiéndose en su paño de lágrimas, que no halla modo de ejercitar sus instintos altruístas, su intuición, su actividad y su amor; que no es maestra, ni hermana de la Caridad, que no tiene una finalidad viva y real en esta vida, que no tiene nadie que la sostenga ni a quien sostener... ágríase y deforma física y moralmente.

Nada se le hace a la mujer tan insufrible como el ocio, la indiferencia, la pasividad; nada tan angustioso para ella como la vida sin emociones naturales, como la imposibilidad de atender, amar, odiar, influir en alguien y por alguien, como el que no la quieran y no poder querer ella.

Fijaos en *Las ruedas de la Fortuna* en que están recogidos los pronósticos que han demostrado los siglos ser los más codiciados de los mortales. Invariablemente encontraréis "que la mujer es muy sensible, que tiene un amor, que este amor es la causa de todos sus disgustos, pero que pronto ob-

tendrá el pago y recompensa que merece y se casará con su adorado y tendrá muchos chicos."

En cambio, al hombre le dicen "que ha probado mil modos de coger a la Fortuna por los pelos, que no tardará en conseguirlo, que todo el mundo reconocerá su talento y será rico y poderoso."

RAZONES DEL ALTRUISMO

Este altruismo no implica ninguna superioridad moral del uno o el otro sexo, pues tanto el *Egoísmo* como el *Altruismo*, así entendidos, pueden inspirar generosidad, perversidad, espíritu de sacrificio, virtudes y defectos. Trátase aquí de un *Instinto* que tiene sus profundas raíces en las diferentes funciones de ambos sexos.

No solamente en la especie humana, sino también entre los animales, observamos este fenómeno: el *altruismo* de la hembra, su abnegación en aras de la especie.

Vemos a las flores hembras sacrificar sus pétalos que son sus ojos, y también como la boca que abren para sorber al mundo, a fin de que crezca mejor su simiente. Vemos a la mariposa reconcentrar su inteligencia para el mejor logro de los hijuelos que no ha de conocer y morir en la tierra húmeda, junto a las raíces de las plantas, allí donde no hay alimento para ella, pero donde puede depositar sus huevecillos en condiciones propicias para la vida de sus futuros vástagos.

Este *altruismo* femenino es una necesidad de la especie. Si no estuviera dotada de él la hembra, no tardaría la especie en desaparecer, ya que el logro y crianza de los hijos presuponen un genitor, resuelto a sacrificar toda o parte de su existencia en beneficio de los nuevos seres y este genitor no puede ser otro sino el genitor que crea: la hembra.

Pero este instinto de la hembra hállase relacionado a su vez con otro instinto más alto y general, por cuanto es más inconsciente todavía y del que todos, sin distinción, participan: machos y hembras, jóvenes y viejos, el de lograr la finalidad de la propia existencia.

¿Cuál es la finalidad de nuestra vida? ¿A qué fin propendemos inconscientemente todos nosotros, hombres y mujeres, con todas nuestras fuerzas, luchando por él con ahinco, a vueltas de dolores y angustias, desde el nacer hasta el morir? *Pues a dejar una huella de nosotros, perecederos, en el mundo imperecedero, a fijar alguna molécula de nosotros mismos en el infinito que nos rodea.*

Dos estímulos ha puesto a nuestra disposición la naturaleza para que logremos esa finalidad. El *amor* que nos impele inconscientemente a crear con nuestras propias carnes el retoño que ha de prolongarnos en el tiempo. La *ambición* que nos impulsa a crear a expensas de nuestro cerebro algo material, moral o ideal, que pueda agigantar nuestra persona, dilatarla en el espacio y el tiempo, y dejar estampada en el infinito nuestra huella.

¿Qué significan la muerte, el dolor o el sacrificio más oneroso, cuando nos permiten conseguir el uno o el otro de esos objetivos?

Jamás negóse madre alguna a dar vida a la especie por miedo a los riesgos que entraña tal función, así como tampoco hay hombre que se niegue a los más graves sacrificios, siempre que a costa de ellos quede asegurado el logro de la empresa que concibió.

El dolor, ese centinela avanzado, encargado por la naturaleza de advertirnos de los peligros que nos amagan—el dolor más acerbo truécase en deleite, cuando representa el medio de conseguir el objeto de nuestro amor o de nuestra ambición—el prolongarse del yo perecedero en el espacio y en el tiempo. Y así como en los naufragios ha habido madres que han arrojado a las lanchas de salvamento muy ufanas y alegres, a sus hijos, antes que lanzarse ellas mismas, así también ha habido escultores, pintores, escritores insensibles al frío, a la enfermedad y al hambre, que han sucumbido de inanición o de frío, con tal de dar remate o poner a salvo su obra.

Estos dos estímulos no son patrimonio categórico del uno o el otro sexo. Pero si la *ambición* puede en apariencia acomodarse indistintamente al hombre o a la mujer, imposible

es dudar ni por un momento de que el amor allana a la mujer mucho más que al hombre, el logro de la finalidad de su vida.

Al nacer el hijo, sólo la madre experimenta la sensación de haber creado algo, de poseer la garantía de que algo vivo y vital habrá de prolongarla en el tiempo; dándole una ilusión de eternidad. De aquí la continua aspiración de la mujer a amar, su completa entrega al amado, por el cual está pronta a sacrificar todos los goces de la vida, e incluso la vida misma. De aquí el alto grado de *intuición*, de *pasión*, de *actividad*, que posee la mujer, puesto que no es posible cifrar el centro de los propios actos en otros, sin *intuirlo*, sin *amarlo*, sin *obrar*, pensando en él.

De aquí la tendencia altruísta de la mujer; porque si quiere crear la vida, ha de poner el centro de su propia existencia en otro; ya que es otro ese hijo que ha de prolongarla en el espacio y en el tiempo.

No le ocurre así al hombre. Para prolongarse a sí mismo no puede el hombre contar con el amor. No puede crear materialmente. El hombre ha de crear con su cerebro, con su corazón, con su mano, lo que haya de sobrevivirle. De aquí su egoísmo; es decir, su propensión a hacer de sí mismo, de sus goces y actos, el centro de su existencia; de aquí la *indiferencia*, la *pasividad*, la *sensatez* de que se halla dotado para obrar con arreglo a sus intereses. De aquí su aspiración continua a las satisfacciones de la ambición, de la gloria, el poder y la riqueza, más fuertes a veces en él que la misma ansia de vida; lo que es tan cierto que mientras en todas partes los gobiernos han podido obtener de sus súbditos el sacrificio de la vida, ninguno ha logrado imponer silencio a sus ambiciones personales.

No quiero decir con esto que el *altruísmo*, con sus correspondientes *intuición*, *pasión* y *actividad*, sean exclusivos de la mujer, ni que el *egoísmo*, con sus consiguientes *indiferencia*, *pasividad* y *reflexión*, sean exclusivos del hombre; así como tampoco pretendo afirmar que sean exclusivos del uno o del otro sexo las virtudes o defectos que del egoísmo o el altruísmo se derivan.

Las diferencias a que aludí, como todas las diferencias substanciales y generales, están muy lejos de ser absolutas. Admiten, mejor dicho presuponen infinitos matices y excepciones. Muchos hombres poseen virtudes y defectos peculiares a la mujer, y muchas mujeres virtudes y defectos peculiares al hombre. Muchos hombres son *curiosos, piadosos, activos e intuitivos*; muchos son capaces de concebir el amor y la justicia en modo análogo a la mujer y de adoptar actitudes intelectuales semejantes a las de la mujer y viceversa, pues todo hombre atesora un cierto caudal de altruismo y toda mujer un fondo de egoísmo, que será más o menos acentuado, más o menos difuso, según la variedad de los individuos, determinando todos esos matices que se observan en la humanidad.

Lo que entiendo decir es que las virtudes, los defectos y los modos de sentir y comprender que generalmente pasan por viriles, que preponderan en la mayoría de los hombres, tienen su base en su *egoísmo*; mientras que las virtudes, los defectos y las concepciones morales e intelectuales que es costumbre considerar como femeninas, o sea que predominan entre las mujeres, reconocen por base su fundamental *altruismo*. De suerte que las virtudes y los defectos peculiares a cada sexo variarán en profundidad e intensidad, según varíe en profundidad y extensión el altruismo, que las sirve de base.

LA TRAGICA SITUACION QUE DE ELLO SE DERIVA

Pero si esta pasión por los seres vivientes que tiene a su lado es una necesidad inherente a la misión de la mujer, constituye también al mismo tiempo su más terrible tragedia, el más enhiesto escollo contra el que se estrella el problema femenino, la dificultad que hace que resulte tan ardua la cuestión de ofrecer a la mujer la felicidad a que tiene derecho.

La vida más fácil truécase en trágica para aquella que no tiene por coraza el egoísmo.

El egoísmo es la columna vertebral de la vida. Los seres afortunados que lo poseen, tienen en su interior un punto fijo con el que enlazar y coordinar sus actos en provecho propio.

El egoísmo es un luminar que despeja luminosamente el camino. El egoísta que lo posee no necesita de ajena ayuda para alcanzar los fines que más o menos inconscientemente se propone, no ha menester que nadie le apoye o secunde; sabe a donde va y puede encaminarse allá él solo. Pero el altruísta, no; el altruísta necesita de los demás, no sólo para amarles y que ellos le amen, sino también para que le sostengan y orienten. Es el altruísta cual plantita trepadora que aspira a poner verde y florido el tronco seco y el frío muro que se yergue vecino, pero que parece como no halle ese tronco seco en que apoyarse, ese paredón inerte que preste sostén a sus vástagos.

La mujer carece de esa columna vertebral que el egoísmo concede al hombre, por lo cual necesita de este último, ha menester de este punto fijo, que no ha de tambalearse y conmovearse continuamente, como a ella le sucedería, que no ha de dejarla expuesta al embate de todos los vientos que desperdigarían sus fuerzas, como a ella le ocurriría sola; necesita, en suma, de una fuerza que reconcentre sus ardores y los encauce en una dirección determinada.

Hay quien dice que esta necesidad de apoyo es debida a una menor inteligencia, a una mala educación. Mas no hay tal cosa, porque esta necesidad de apoyo no disminuye con una mejor educación y va creciendo a medida que crece su inteligencia y con el multiplicarse de las ideas que la envuelven en un vértice de sensaciones, y observaciones cuya razón no se explica, cuya eficacia no alcanza y de las que no acierta a aprovecharse. Es que la inteligencia de la mujer cífrase, no en el razonamiento, sino en la intuición, y que llegando en alas de ésta, dé un salto a la conclusión sin subir los peldaños que a esta conclusión conducen, permanece perpleja ante estas conclusiones y más perpleja todavía respecto a los resultados útiles que de ellas pueden derivarse. De suerte que cuanto más inteligente es la mujer, tanto más necesitada se halla de apoyarse en una inteligencia diferente de la suya que la complete e ilumine, ayudándola a sacar provecho de sus intuiciones, falta de lo cual, a semejanza de esas vistosas flores de invernadero, desprovistas de estambres y pistilos—condenadas a perecer con el deshojarse de sus pétalos—surte su inte-

ligencia unos frutos destinados a morir en la cuna, sin producir siquiera esa utilidad que aciertan a rendir las plantas silvestres.

La única que no siente esa necesidad es la mujer hombruna, aquella a la cual, bien las circunstancias sociales, bien las costumbres o especiales aptitudes, dotaron de ese lumínar viril del egoísmo, que en las mujeres que se conservan femeninas, apenas si arroja alguna luz.

Pero hay también otra razón para que la mujer sienta por fuerza esa necesidad de apoyo.

Para formarse un criterio general de la vida, para trazarse un plan y seguirlo, para atinar con la senda que a su logro conduce, es menester que el fin que nos ponen delante los ojos sea real, palpable, medible; es decir, que caiga bajo el dominio de la razón, que sea un interés.

Los goces egoístas que constituyen la pasión del hombre, sean buenos o malos, morales o inmorales, responden a estas condiciones: son reales, palpables, razonables, son, en una palabra, intereses. Si deseo regalarme con una buena comida, oír una buena música o resolver un problema, lo que deseo son cosas reales que caen bajo el dominio de la razón; de suerte que ésta puede intervenir en el asunto, brindando un criterio de selección; decidme qué es lo mejor y lo peor, declaradme si conviene o no que haga tal sacrificio para conseguir mi objeto, y en último término, indicarme el camino que debo seguir para lograrlo.

Pero si, por el contrario, lo que deseo es ser amada o amar a aquellos que me rodean y colmarles la vida de satisfacciones, si deseo tener un hijo y satisfacer pasiones altruistas, el blanco de mis anhelos son goces de una calidad impalpable. No hay brújula alguna que pueda guiarme en el empeño de conciliar estas pasiones con mis intereses. No sirve al caso la brújula de la razón, porque esos bienes están fuera de su alcance; ni tampoco la de la pasión, porque no es una pasión sola, sino varias, las que deseo satisfacer.

Así que por el mero hecho de que nuestra pasión choque con nuestros intereses no contamos con un criterio para lograr estos últimos. Siendo además variable la intensidad de la pasión y vivos y diversos sus objetivos, carecemos de criterio pa-

ra alcanzar el fin de la pasión, ya que no sabemos cuál será la meta que, una vez alcanzada, nos proporcionará goce mayor, ni qué goce podremos gustar, no en el presente, sino en el futuro. De suerte que la mujer no cuenta con ningún criterio para distinguir conscientemente lo que le conviene de lo que la perjudica, y como no haya quien elija por ella, habrá de andar perpleja y desorientada, de acá para allá, siguiendo, ya a sus intuiciones, ya a su pasión predominante, variando idea a cada momento.

Reconcentrando como lo hace su *pasión*, esto es, su *goce* en el amor de los demás vivientes que fuera de ella radican, *hállase la mujer en la imposibilidad absoluta de conseguir por sí sola, directamente, con sus propias fuerzas, con su talento y sus medios exclusivos, el objeto de su pasión*. Por su fatal amor a los demás, depende la mujer fatalmente de ellos.

Con constancia y trabajo puede lograr el hombre riquezas, estimación, comodidades, honores, conseguir la satisfacción de los sentidos que perseguía, ver realizados los ideales de arte o de política que se forjó allá en su mente. El hombre puede alcanzar directamente todas las finalidades de su pasión. Pero la mujer no cuenta con medio alguno fijo, palpable, para llegar a ellas. El afecto de los demás, de aquellos que la rodean, hállase ligado a un capricho de la suerte: nacer la primera o la última, en esta o aquella circunstancia, ser más o menos expansiva o más o menos guapa, atesorar condiciones que llamen más o menos la atención, encontrar más tarde o más temprano el hombre capaz de comprenderla. Su vida radica en manos de la casualidad. La mujer no puede con su voluntad, con actividad, con sus méritos, con su trabajo, conquistar directamente el afecto de quienes la rodean, como éstos de por sí no se lo profesen. El amor no se compra, el amor es desinteresado; pero, ¿qué tragedia representa este capricho del amor para la mujer, que hace del amor la felicidad de su vida? . . .

Mas no se limitan a eso sólo las fatales tragedias que sobre ella se ciernen. Cifrando el centro de su vida en otros seres vivos—que radican fuera de ella y cuyas pasiones e intereses han de ser por fuerza distintos de los suyos—encuéntrese la mujer en la trágica situación de no poder conciliar jamás sus pasiones con sus intereses.

¿Qué es lo que se llama el interés de una persona? Todo aquello que puede acrecer su potencialidad material o moral: la salud, la vida, riquezas, fama, honores. Tales son en el fondo los bienes que el hombre persigue con mayor tesón y en cuyo logro suele hallar los más vivos goces. Los placeres del gusto, a que es tan sensible, concuerdan con los intereses de su propia salud; los de los honores, las riquezas y la fama corren paralelos al incremento de su poderío. Pero la fama y los honores no bastan a hacer feliz a una mujer. Esta necesita amar y ser amada, crear la vida, velar por la existencia de todos los seres vivos que la rodean: he aquí sus pasiones, he aquí los fundamentos de todos sus goces y de sus dolores todos. Sólo que estas pasiones suelen estar casi siempre en pugna con sus intereses.

No tiene la mujer *interés* alguno en tener hijos cuyo sueño velar en la noche y por los cuales atormentarse moral y materialmente en el transcurso de la vida entera, puesto que esos hijos no implican para ella incremento alguno de salud, ni de riqueza, fama u honores. La mujer no tiene interés alguno en dejar la familia paterna, donde suele ser reina e ídolo y renunciar comodidades, riquezas, libertad y a veces hasta honores, fama y posición social elevada, por seguir a un hombre que en ocasiones no puede ofrecerle cosa alguna en compensación de los bienes positivos que por él abandona. No hay interés alguno que mueva a la mujer a buscar dolencias que curar, males que mitigar. Ni tampoco a llenar la casa de flores, pájaros y perros, de seres vivos que la tengan ocupada y preocupada todo el día, ya que por ese medio no ha de ver acrecidos ninguno de esos bienes que se consideran como tales. No tiene interés alguno la mujer en casar a sus hijos y quedarse ella sola cuando más necesitada estaría de su afecto. Si partimos del punto de vista de su interés personal, resulta absurdo que, al nacer Caín, se eche Eva a los pies del Señor diciendo: *Dios me ha perdonado, me ha dado un hijo al que consagrarse*, ya que, en realidad, este hijo constituye para Eva una serie de sacrificios, de afanes materiales y morales, no una serie de goces. Y, sin embargo, este grito de Eva es el grito de agradecimiento de la mujer que, por fin, encontró una satisfacción a su instinto, una finalidad a todas aquellas tendencias que confusamente sentía rebullirse

en su interior y que si se prescinde de la maternidad antójanse absurdas, pero en cuya satisfacción únicamente encuentra deleite la mujer.

Pero nada hay más difícil que distinguir nuestros placeres de nuestros intereses y valorar lo que unos pesan en la balanza. Esta dificultad es precisamente la razón de casi todas las tragedias que acibaran la vida de la mujer. Atraída por la fuerza de la ilusión de encontrar mayores goces siguiendo sus intereses, en la vida y en la historia, abandona muchas veces la mujer, por un trecho de algunos años o de algunas generaciones, su figura instintiva, lo que hay en ella de madre, de vestal del hogar doméstico, de víctima voluntaria del amor y del sacrificio, su parte de mujer atenta exclusivamente a dar y recibir afecto, para lanzarse a la liza política, literaria, social o científica, acrecer su poderío material o moral y asumir una personalidad más conforme con sus intereses.

Eso es lo que está sucediendo en los momentos actuales. La nueva generación nos mira con ojos compasivos a las que pertenecemos a la antigua. Sí; antaño era la mujer víctima del amor, y cifraba sus fuerzas en el vivir de los demás; aun queda alguna que querría que así fuese siempre. Necio atavismo, fuerza de la costumbre, efecto de educación, estribillos de los padres, que nosotras, las de la nueva generación, hemos de hacer en breve plazo que pasen a la historia.

¡Ay de mí! No es la primera vez que tal sucede. No sois vosotras la primera generación que intentó triunfar del pasado; pero siempre, al cabo de un lapso más o menos largo, durante el cual persiguió la mujer sus intereses personales, alcanzando independencia, riquezas, honores, fama y salud, concluyó por retraerse disgustada, cayendo en la cuenta de haber confundido la dicha con su sombra. En pleno triunfo de sus más altas ambiciones, hubo de comprender siempre la mujer que no encontraba esa positiva alegría que experimenta en medio de los más duros sacrificios, aquéllos que reclaman la maternidad, el afecto de los que la rodean.

De suerte, pues, que la mujer está continuamente oscilando como la péndola de un reloj, entre sus intereses repre-

sentados generalmente por el feminismo y sus pasiones, representadas por el altruista instinto maternal: el amor.

Después de haberse abandonado por algún tiempo a sus instintos—amargada por la ingratitud de los hombres y por los desencantos—, busca refugio la mujer en el dominio de la razón y del interés; mas no tarda en volver a la esfera de la pasión, asustada del vacío en que la deja la satisfacción de sus intereses.

Y he aquí otra tragedia de la que también está libre el hombre. Este no sólo puede lograr el objetivo de sus pasiones con sus propios medios, que dependen de su voluntad, sino que puede también conseguirlos sin chocar con sus intereses, que muchas veces casi coinciden con sus pasiones.

Y por si fuera poco, la pasionalidad de la mujer no se limita a poner en pugna sus intereses con sus pasiones, sino que llega hasta a hacer más complicada y difícil su situación en la vida, extendiendo esa pugna a sus mismas pasiones encontradas y antagónicas.

Los hijos, el padre, el marido, que tienen sus amores, poseen cada cual personalidad propia y deseos diferentes y hasta encontrados, siendo distinto así el grado de pasión que a ellos la atrae como el criterio con que aquéllos siéntense por ella atraídos.

Resulta harto difícil para la madre conciliar las pasiones, muchas veces diferentes, que siente por sus distintos hijos y poner en armonía los actos que el amor al marido le sugiere con los que le aconseja el cariño a la madre, al padre y a los hermanos; hacer que marchen parejos los afectos antiguos del hogar paterno que abandona con los nuevos de la familia en que al casarse entra; no siendo cosa fortuita el que la tradición haya resuelto perentoriamente por ella toda una serie de cuestiones, imponiéndole el deber de romper con todo lazo antiguo en el momento de contraer otros nuevos, y trazándole en cierto modo una jerarquía afectiva.

Nada semejante reza con el hombre. Los objetos de sus pasiones, cuando no son él mismo, sitúanse en la lejanía del tiempo y el espacio y no chocan entre sí. Ninguna pugna interior acosa al hombre que gusta al mismo tiempo de la música y de la política, las antigüedades y el buen vino. Nada le impide marcarse una línea de conducta y seguirla hasta el

fin, sin ponerse nunca en desacuerdo ni consigo mismo ni con los demás.

Pero hay más todavía. Las personas vivas que constituyen el objeto de la pasión femenil, están cambiando sin cesar de deseos, y exigen de la mujer las cualidades y funciones más diversas. Pídele el joven a la novia poesía, gracia, ingenuidad, inexperiencia. Pero ese mismo galán, convertido en marido, reclama ahora de la misma mujer de antes, sencillamente, que le cuide la casa, que lo aligere del paso de las materialidades de la vida, que sea lista, casta e ingeniosa. No puede negársele que está en lo firme; ya que el amor no constituye la finalidad de la vida para el hombre, por lo cual no puede adoptarlo como actitud definitiva; pero, ¿cómo no ha de sufrir la mujer con este cambio de exigencias?

Luego habrá que contar con el hijo, el cual pídele a la madre que no se aparte de él ni una pulgada, que lo mime y siga sus inseguros pasos y ni una hora ni un minuto le deje de la mano. Unos años después, ese mismo niño, hecho ya un mozo reclamará de esa misma madre que no se entrometa más en sus cosas; no querrá oír sus consejos, ni recordar sus desvelos pasados, ni hacer caso de su experiencia; aspirará a vivir su pobre vida. Y tiene razón el chico, pues, la experiencia ha de adquirirla cada cual de por sí; pero, ¿cómo podrá esa madre, acostumbrada a considerar como el más alto de sus deberes velar continuamente por su hijo, dejarlo ahora, así de pronto, abandonado a su propia suerte?

He aquí, pues, otros tantos contrastes, otras tantas fatales tragedias en que su pasión altruísta coloca a la mujer y que el hombre no tiene que arrostrar, ya que los objetos de sus pasiones no cambian de exigencias al través del tiempo ni son antagónicos entre sí. El hombre no necesita andar cambiando de orientación a cada paso para lograr la fama, la gloria y la ciencia que constituyen sus ideales. Estos objetivos reclaman siempre de él la misma tensión y orientación idéntica, recompensándolo con bastante equidad, según los esfuerzos que en esta o la otra dirección realiza. Puede satisfacer todas sus facciones o solamente algunas, seguir o dejar el camino que se trazó, según le plazca; todo eso está en su mano, depende de él únicamente, no tiene que contar para el logro de sus pasiones, es decir, de su dicha, con los demás; y,

por añadidura, con seres que a veces se hallan en pugna entre sí y reclaman alternativamente las cosas más contradictorias.

* * *

No son, pues, las circunstancias adversas, las leyes humanas, ni la malevolencia de los hombres las que determinan las mayores tragedias de que la mujer resulta la víctima, sino su misma misión en esta vida que la hace depender de seres que le son necesarios, para amarlos o ser de ellos amada.

De suerte que no será mejorando sus condiciones legales como la mujer podrá aumentar su felicidad, sino mejorando la educación general, sobre todo la masculina, a fin de que el hombre se halle en estado de apreciarla mejor y ayudarla más eficazmente.

Cuando el padre que ama a su hija y conoce hasta el último pensamiento, se echa a temblar por ella ante la idea del porvenir, no es que tema las leyes que mermarán sus derechos políticos y no la defenderán lo bastante de la autoridad del macho, ni que le asuste la trágica posición genérica en que aquélla habrá de encontrarse; tiembla lleno de inquietud porque, conociendo como conoce a los hombres, sabe cuán engañada está su hija respecto a sus verdaderas cualidades y cuán fácilmente van a desgarrarle el alma; porque sabe con cuánta facilidad han de tomar aquéllos por *presunción* su ingenua confianza en sí misma; por *egoísmo* su solicitud excesiva; por *necedad* su falta de lógica; por *sensibilidad* su idealismo. Si su hija conociese a los hombres como él los conoce o ellos conociesen a su hija como la conoce él, cuánto más tranquilo no estaría ante el porvenir.

Idéntica en el fondo a la posición del padre es la de la sociedad. Sólo siguiendo la corriente de sus deseos es como puede mejorarse la situación de la mujer, del hombre y de la sociedad, esto es, iluminando, de una parte, a la mujer, y de otra, al hombre, a fin de evitarles a ambos los inútiles desacuerdos que con tanta facilidad vienen a agravar, más todavía, la condición, trágica ya de por sí, de la mujer.

LIBRO SEGUNDO

VIRTUDES, DEFECTOS, VENTAJAS Y DESVENTAJAS

El proyectar en los otros su propia alma, es la raíz de todas las ilusiones, de todos los desacuerdos de que la mujer es víctima. El excesivismo es la base de todos sus defectos.

PRIMERA PARTE

I

CARACTERISTICAS DEPENDIENTES DE LA PASIONALIDAD E INTUICION

Dije ya antes que el alma de la mujer se diferencia esencialmente de la del hombre en razón del alterocentrismo que le sirve de eje, por contraste con el egocentrismo que le sirve de base al ánimo viril.

Si pensáis en las virtudes y defectos esencialmente masculinos: la *sensatez*, el *sentido práctico*, el *valor*, la *sangre fría*, la *ambición*, el *orgullo*, la *tolerancia*, la *indolencia*, la *magnanimidad*; si paráis mientes en el concepto que el hombre se forma de la *justicia* y del *amor*; si recapacitáis en las aptitudes intelectuales del hombre, hallaréis siempre en su raíz el *egocentrismo*, según lo hemos definido más arriba, y la *reflexión*, la *pasividad*, la *indolencia*, la *indiferencia*, la *lógica*, que vienen a ser los corifeos del egocentrismo.

Pero si os paráis a pensar en las virtudes y defectos peculiares a la mujer: la *sentimentalidad*, la *compasión*, el *espíritu de sacrificio*, la *tendencia al litigio*, la *generosidad*, el *carácter emprendedor*, la *ingeniosidad*, el *afán absorbente* y la *parcialidad*; si reflexionáis en el concepto que la mujer se forma de la *justicia* y del *amor*, si recapacitáis en sus especiales aptitudes intelectuales, encontraréis siempre en su base el alterocentrismo y la *actividad*, la *pasión* y la *intuición* que vienen a ser sus corifeos.

Pero la *intuición*, la *pasión* y la *actividad* no obran por modo uniforme; la *actividad* tiene aquí mucha parte; pero el verdadero elemento constitutivo del alma femenina, aquel

que ocasiona las principales diferencias entre el hombre y la mujer, determinando su altruismo y siendo determinado por él, y preside a todas las virtudes y defectos de la mujer, a su manera de concebir el amor y la justicia y a su modo de obrar en la vida y de sufrir, es la *pasionalidad*, la cual va siempre acompañada de la *intuición*.

¿Qué cosa es la pasionalidad? Pues, la atracción o repulsión instintiva, irracional, que nos atrae o aleja de una persona o cosa determinada; la emoción de amor o de odio que con ella nos una; el impulso que suele lanzarnos, queramos o no, inevitablemente, a obrar en determinado sentido, por más que la razón nos aconseje todo lo contrario; ese ardor que nos hace experimentar placer, deleite, alegría en medio de los más duros sacrificios, con tal que se realicen en dirección determinada, haciéndonos indiferentes a los bienes y glorias que por otro camino pudiéramos lograr; esa fuerza que está más allá de todo razonamiento y quita a éste toda energía; este sentimiento que se encuentra en la base de toda alegría y todo dolor, porque no existe mayor alegría que la pasión satisfecha, ni mayor dolor que la pasión malograda.

Ahora bien; el objeto de la pasión femenina—y esto es precisamente lo que la distingue de la varonil—es siempre un ser vivo y concreto que radica fuera de ella, pero a ella vecino; un ser capaz, o que ella lo cree así, de alegría o de dolor, por contraposición a los objetos de las pasiones varoniles que vienen a ser, en la mayoría de los casos puramente sensibles, abstraídos o cifrados en individuos remotos en el tiempo y en el espacio, con absoluta independencia, por consiguiente, del hecho de que gocen o sufran.

Pero la mujer no podría reconcentrar sus pasiones en otros seres vivos sin tener la posibilidad de conocer su estado de ánimo, sus necesidades y sus deseos, hasta cuando no se declaran y manifiestan.

No podría la mujer cifrar sus placeres en actos que caen fuera del dominio de la razón, si no se hallase dotada de algún otro medio que ocupase el puesto de la razón y señalase límites, aunque inconscientes, a sus ambiciones y actos. Pues a eso precisamente provee por modo maravilloso la intuición, inconsciente igual que la pasión, pero en más directo contacto con la realidad.

¿Qué es la *intuición*? Es la posibilidad de prever el efecto que una acción determinada puede surtir en otra persona, antes de llevarse a cabo; la posibilidad de sentir el estado emotivo de otra persona, sin que ésta lo declare; una suerte de tercer ojo, capaz de penetrar al través de las almas y los cuerpos aparentemente más impenetrables.

Es la *intuición* una de las bases del alterocentrismo y de la pasión; pues no es posible cifrar el centro de la propia persona en otro, serle útil, y consagrarse a él, sin intuirlo, esto es, sin adivinar lo que desea antes que lo declare. Pero si no puede haber pasión sin intuición, puede darse muy bien intuición sin pasión, cual sucede en el hombre. No carece el hombre de intuición; sólo que su intuición es intelectual y voluntaria, hallándose circunscrita al restringido campo de sus estudios, de su arte, de sus negocios, de su inteligencia. Toda una serie de párpados y antojeras impídenle ejercitarla sobre el mundo vivo, exterior, que lo circuncida, y también sobre el interno, en otra dirección que no sea la que él considere provechosa. La intuición es en el hombre un canal cerrado, cuyas esclusas tienen en su poder el interés y la razón. El hombre no fija la vista sino en lo que le interesa ver; la intuición es en él independiente de la pasión.

Pero el tercer ojo de la mujer, su órgano intuitivo, está sin cesar despiadadamente abierto y atento a los múltiples objetos de su pasión, a todo el mundo vivo que la rodea; es un río que corre continuo, veloz, sin dique alguno y sin reparar en si se sale de madre o sobrepasa sus límites.

Del consorcio casi indisoluble en la mujer de la pasión y la intuición, nacen las características del alma femenina y también aquellos desacuerdos suyos con el hombre que más la hace sufrir.

De su intuición de los ajenos deseos derivanse su *ductilidad*, la facilidad con que sabe acomodarse a las circunstancias más adversas y cambiar a tiempo de rumbo, y ser generosa o económica, intelectual o casera, según lo desee el marido y las circunstancias lo exijan.

De su pasión y su intuición de los ajenos deseos derivanse la *devoción inteligente* con que sabe atender a las personas que le están encomendadas, hasta cuando por tratarse de enfermos o niños no hay que esperar puedan declarar sus

necesidades y antojos; la prontitud y seguridad con que sabe precaver sus males, y la *generosidad* con que sabe obrar en su exclusivo interés, aun sacrificando el suyo propio.

De su pasión y de su intuición de las emociones derivanse la *delicadeza*, el *tacto* de que diariamente da pruebas al tratar con sus semejantes sin herirlos, porque puede intuir lo que los demás desean, sienten u odian y en la medida en que desean algo, antes que lo manifiesten.

De su intuición rápida de las ideas y emociones ajenas nace la *adivinación* de la mujer, la intuición de cosas y hechos que no parece estuviera en condiciones de saber, y también esa *susceptibilidad*, merced a la que resulta capacitada para barruntar en los demás, aunque no los expresen, sentimientos para con ella, muy distintos de los que cree deberían experimentar.

Del deseo de intuir nace la *curiosidad* de la mujer, encaminada sobre todo a penetrar en el secreto de los goces, dolores y sensaciones de los seres que la rodean. De la intuición nace la *chismorrería* de la mujer, complemento necesario de la curiosidad, que consiste en entrometerse en los asuntos ajenos y contárselos a los demás con el juicio consiguiente.

De la intuición y la pasión juntas derivanse características generales de mayor importancia, sobre las cuales me detendré más largamente.

CONFIANZA EN SI MISMA

Una de las consecuencias más importantes del consorcio indisoluble de la pasión y la intuición en la mujer es su *confianza en sí misma*, su espontaneidad, su rapidez en adoptar una resolución que suele ir acompañada—contradicción extraña y aparente—de la mayor indecisión y perplejidad.

La mujer tiene confianza en sí misma, en sus aspiraciones y en sus modos de pensar—que gusta en demasía de imponer a los demás mortales—; muéstrase muy ufana de sus buenas cualidades y de sus defectos que cree otras tantas virtudes; abriga la convicción de que todo cuanto ella hace está bien hecho, de que cuantos consejos da son atinados, lo que en la mayoría de las ocasiones es cierto, ya que su altruismo ilógico y su aguda intuición le permiten lograr una

percepción clara de las pasiones y los intereses ajenos y por ende de la oportunidad del acto que se proyecta realizar.

La mujer es de una espontaneidad y resolución que raya entre lo maravilloso y lo terrible. Sin transición alguna pasa de la idea al acto, aun en aquellas cosas que entrañan para ella la mayor gravedad.

Cuando el siervo de Abraham trasladóse a la tierra nativa de su amo a fin de buscar esposa al hijo, fija la vista en Rebeca que le ha dado de beber y abrevado sus camellos, y pide para Isaac su mano. Los padres y el hermano de la joven vacilan, quieren tomarse tiempo para pensarlo; proponen que se persone allí el novio mismo, y concluyen pidiendo por lo menos un plazo de diez días para resolver. Porfía el siervo... y con la sorpresa de todos, al consultar a Rebeca, responde ésta que no sólo está dispuesta, sino que el tiempo se le hace corto para acompañar al siervo que ha de llevarla a donde la espera su desconocido esposo.

Así es la mujer.

La espontaneidad forma parte de su alma hasta tal punto, que sólo gusta de hacer aquellas cosas que puede hacer espontáneamente.

Está dispuesta además a perdonar los defectos ajenos, como los crea espontáneos, no pudiendo, en cambio, sufrir los defectos e incluso las buenas cualidades que tienen su razón de ser en el cálculo o el razonamiento. Un obsequio o cualquiera otra atención que se tenga con ella, pierden todo valor a sus ojos, como pueda pensar que son efecto del razonamiento o el cálculo.

El hombre—y esto es causa de graves desacuerdos—suele confundir esta confianza en sí misma, innata en la mujer, con otros sentimientos artificiosos que no son sino su parodia; con el engreimiento, la arrogancia y esa ostentación de que por igual adolecen hombres y mujeres, que consisten en procurar a sabiendas hacer creer a los demás, por interés, vanidad o vanagloria, en una superioridad de la que no estamos muy seguros, en una certeza que encubre muchas veces la mayor perplejidad.

La confianza en sí mismo es harto diversa de estas falsificaciones suyas. No sólo es inconsciente, sino que no depende en absoluto del juicio ajeno, ni del amor propio, la

vanidad o la ambición que son el fundamento esencial de la vanagloria y la arrogancia. El arrogante finge el mayor aplomo en público; en lo privado trata de obtener consejos que rechaza en alta voz y obedece en secreto; el vanidoso déjase dominar fácilmente del astuto y el adúlador que fingen creer en su autoridad; el arrogante, finalmente, es escéptico, poco idealista.

La verdadera confianza en sí mismo no necesita de ostentaciones públicas, no disminuye por el hecho de que los demás no le presten fe o de convicción redunde en daño del individuo, antes que en su provecho; pasa de largo por donde se detienen el elogio, el interés, la atención ajena y la vulgar presunción. Sola, sin espectadores, ante los resultados contrarios de la experiencia, esta confianza en sí mismo no se aminora ni se encoge como la presunción que nace de la vanidad, porque no es un sentimiento artificial relativo al ajeno juicio, sino un sentimiento intrínseco que tiene echadas sus raíces dentro del sujeto, y sobre el cual se apoya el alma de la mujer y su vida.

Esta confianza en sí misma, esta rapidez en adoptar resoluciones, no le impiden, sin embargo, según más arriba dije, a la mujer, caer con frecuencia en borrascosas indecisiones, aun en cosas de poquísimo bulto. Preguntadles a los hombres casados y veréis cómo os dicen que le tiemblan a tener que acompañar a sus mujeres a las tiendas, pues no acaban jamás de decidirse sobre lo que desean. Interrogad a los comerciantes, a las modistas, a cuantos tienen que habérselas diariamente con señoras y les oiréis encarecer de consuno la paciencia que es preciso tener para sufrir las continuas contraórdenes, las inacabables perplejidades con que lucha la mujer cuando tiene que comprar algo o dar alguna orden o elegir alguna cosa.

Notemos de pasada que los dueños de los grandes almacenes han hecho capitales fabulosos siguiendo la táctica de prestarse a las devoluciones de los artículos vendidos, esto es, ayudando a la mujer a decidirse, con la letra de dejarle hacerse la ilusión de que su compra no es definitiva; y estos mismos almacenes en grande continúan haciendo un gran negocio con el capítulo de los retales que ahorra a la

mujer la molestia de tener que pensar los metros que desea.

Dicen que la mujer es indecisa por efecto de la educación, por haber estado siempre sujeta a la obediencia. Pero lo cierto es precisamente todo lo contrario, puesto que la educación referida no le impide mostrarse en otras ocasiones espontáneamente autoritaria y hasta despótica. La mujer se somete y concluye por delegar en otros la resolución de los asuntos que más de cerca la conciernen, porque abandonada a sí misma no acierta a decidirse.

* * *

Estas cualidades, al parecer contradictorias, hállanse justificadas por una razón para todas ellas valedera: la de que la mujer se ajusta en su conducta a la intuición y no a los dictados racionales.

La intuición es cosa que se tiene o no se tiene; y cuando no se la posee es inútil afanarse llamándola, como se hace con el razonamiento. Quien atesora intuición hállase en el estado de la plena confianza en sí mismo, de la espontaneidad y la resolución. Quien no la posee, en cambio, es víctima de la más absoluta incertidumbre. El hombre que carece de intuición pertréchase de armas que la suplan, y se acostumbra a obrar según los dictados del razonamiento. El cual requiere tiempo para pesar el pro y el contra del asunto y también para elegir el mejor camino conducente al fin propuesto, e implica asimismo la duda. El hombre acostumbrado a decidirse según los dictados del razonamiento, anda siempre dudoso, reflexiona larga y maduramente antes de decidirse a obrar y no está nunca plenamente seguro; pero no conoce las tormentosas crisis de indecisión por que pasa la mujer.

Todo lo contrario le sucede a aquélla, acostumbrada a regular su vida con arreglo a las inspiraciones de la intuición. Cabe dudar de un razonamiento, pero la intuición no admite dudas. Por lo cual, cuando la mujer se halla sugestionada por la intuición, no titubea en obrar, no necesita tiempo para decidirse. ¿De qué le serviría vacilar y tomarse tiempo para pensarlo? La intuición es como es, y el tiempo

no puede perfeccionarla, sino todo lo contrario, quitarle oportunidad y razón, pero en cuanto la intuición viene a faltarle, ya tenéis a la mujer desposeída de todo apoyo para resolver sus dudas, no siendo extraño entonces verla caer en el desaliento más profundo y en la más penosa indecisión.

OBSTINACION, PARCIALIDAD

Con ser natural, general, providencial casi, la confianza en sí mismo tiene también sus inconvenientes; y esa es principalmente la razón de esa *obstinación femenina*, igualmente terca en lo bueno que en lo malo, que no se arredra ante las demostraciones de ninguna lógica y ni ante los resultados negativos de la propia experiencia.

Suele ocurrir con frecuencia que la misma mujer que nos está dando consejos y tratando de hacernos adoptar la regla de conducta que ella ha seguido y sigue, acaba de decirnos minutos antes que si se viviese dos veces no volvería a hacer nada de lo que hizo, con lo que viene a demostrarse en otra forma que las tales reglas de conducta, por ella seguidas, son el colmo del desacierto y la han conducido a los atrancos en que se encuentra. No es raro que la mujer os recomiende, y si puede os imponga su sistema de educación, a renglón seguido de confesaros que sus hijos han salido todo lo contrario de lo que ella deseaba; o que os pondere como el único posible su sistema de higiene alimenticia en el mismo momento en que se conduce con vosotros del descaecimiento o muerte de algún hijo.

Esta excesiva confianza en sí misma es causa, a mi juicio, de la poca estimación que se tienen recíprocamente las mujeres, y la causa de que no gusten de deliberar entre ellas, y aconsejarse, como también de la parcialidad con que generalmente se juzgan.

¿Por qué la mujer lucha con tantas dificultades para conciliarse alguna ayuda? ¿Por qué se está siempre quejando de cuantos llama para que colaboren con ella, aunque sea en el reducido círculo doméstico? ¿Por qué le parece que nadie hace las cosas tan bien como ella y por qué llevaría a mal que alguien con hechos le demostrase lo contrario?

“Pues, porque la excesiva confianza en sí mismo nos impide apreciar en su justo valor las buenas cualidades que no poseemos, haciendo que nos parezcan otros tantos defectos, y las opiniones que no compartimos induciéndonos a pensar que son descabelladas”.

Haciéndose un gran esfuerzo llega la mujer a considerar iguales o superiores a las mujeres que se le asemejan; pero desprecia inexorablemente a todas las demás. La mujer que entiende de cocina mira por encima del hombro a la que ignora el arte culinario, la ahorrativa desdeña a la rumbosa, la mujer de su casa desprecia la intelectual, y volviendo la oración por pasiva, la mujer ahorrativa, de su casa o intelectual, desprecia de buena fe a todas las demás mujeres que no se le parecen y que estima inferiores. La madre que ama a su hija con locura, creyéndola superior al resto de los mortales, no la cree superior a ella, ni admite que su hija pueda gobernar tan bien como ella una casa, ni imponerse los sacrificios que ella se impuso; es decir, que no pasa a creer que las tendencias de la hija—sobre todo si son diferentes—sean del mismo grado o superiores a las suyas.

Pero más parciales resultan todavía las mujeres cuando se ponen a juzgar los artificios y sistemas que adoptan las demás mujeres para agradar a los hombres, para dominar y educar, es decir, para ejercer sus femeninas funciones.

La mujer no admite más medios, recursos ni sistemas que los suyos; la modosidad antójasele sinceramente ridícula a la jovencita frívola, el sacrificarse inútilmente parecele locura a la mujer ladina; el artificio es un delito a los ojos de la mujer sincera y apasionada. La madre severa considerará necia a la que mimaba a sus hijos; ésta tendrá por cruel a la severa... y así sucesivamente.

Esta falta de estimación, recíproca y altanera, complica terriblemente las relaciones entre mujer y mujer, incluso cuando debieran ser más cariñosas, como en el caso de la madre con la hija y la suegra con la nuera; hace difícil y dolorosa esa unión patriarcal de varias familias juntas, que por más de un concepto resultaría tan grata y económica; y es causa de esa cordial enemistad que separa a las mujeres entre sí y de ese descrédito que la mujer en particular arroja sobre la mujer en general.

No hay mujer que no haya tenido que habérselas en su vida con mujeres terriblemente perversas. Pero si buscáis en el fondo de esta maldad, no hallaréis otra cosa las más de las veces que una diferencia de criterio, que la mujer, no queriendo o no pudiendo admitirla, carga en la cuenta de la perversidad.

INTOLERANCIA

La obstinación y la parcialidad unidas engendran la *intolerancia*, que no se aviene a soportar en los demás tendencias y gustos diferentes de los propios.

El concepto de la libertad, la idea de que las otras mujeres que la rodean puedan sentir deseos y profesar ideas distintas de las suyas, concebir el bien de otro modo que, como ella, encontrar inteligente lo que a ella se le antoja estúpido o tener confianza en el médico o el maestro que a ella no se la merece, son cosas que no puede admitir la mujer.

Si la mujer tuviere a su cargo un obrador, una escuela, una casa, no se contentará con dirigir y enseñar, sino que querrá también que las operarias, las alumnas que a su mando tiene, tengan buen alojamiento, buena comida y quien moral e intelectualmente dirija sus conciencias de un modo acertado, es decir, según las reglas de higiene, de educación, de instrucción y de cocina adoptadas por ella; pretenderá que sus subordinadas crien a sus hijos como ella educó a los suyos y administren sus casas como ella administró la suya; que sean ya activas, ya pasivas, ora benéficas y generosas, ora avarientas, según sea ella misma; les exigirá severidad o manga ancha en las costumbres, según la conducta que ella observe; que traten al marido, al superior, al hijo, al padre y al maestro como ella los trató y sigue tratando; en una palabra, que gocen con lo que hace sus delicias y sufran con lo que a ella enoja.

La mujer desea que todas las demás mujeres que tiene a su cargo la tengan por modelo. Con frecuencia oiréis a las mujeres ponderar como un gran triunfo suyo el hecho de haber conseguido que otras las imiten; y también las oiréis jactarse sucesivamente de haber logrado volver parlam-

chinas a las taciturnas, taciturnas a las parlanchinas, activas a las indolentes, y viceversa, según y como sea la que habla; es decir, vanagloriarse de haber logrado imponer a las demás sus modos de ver las cosas, sus vicios y sus virtudes. En el fondo, hay en toda mujer una maestra latente.

No es raro ver a una madre que se arrojaría al fuego por su hija, ocasionarle los más crueles dolores y a veces malograr su evolución moral, material e intelectual, por imponerle sus gustos y tendencias.

La madre de Santa Catalina de Sena afanábase fervorosamente por despertar en su hija el sentido de las vanidades mundanas y se desesperaba con la rebeldía de la joven, oponiéndose a sus intenciones de meterse de monja, con el mismo tesón con que otras madres procuran apartar del mundo a sus hijas y aficionarlas a la vida del claustro.

Doña Práxedes di Manzoni—la digna esposa de don Ferrante—, tipo perfecto de la mujer del montón, de una moral corriente, era inclinada al bien; pero solía ocurrirle que confundía con el *bien* las fantásticas ideas de su magín, poniendo todo empeño en hacerlas triunfar. Tenía la tal señora cinco hijas, tres monjas y las otras dos casadas, y ella era el coco de los tres conventos y las dos familias, no dándose jamás por vencida en la tarea de vigilar, criticar y conducir al *bien* a todos sus deudos y allegados.

DESPOTISMO

Esta intolerancia conduce por grados insensibles al *despotismo*, que se halla tanto más arraigado en la mujer cuanto que en parte resulta necesario a sus principales funciones: la maternidad y la familia.

Para criar a un niño que ignora sus necesidades, no basta suplantar su voluntad con la nuestra y pensar por él lo que más le conviene, sino que es menester imponerle nuestras resoluciones. No se le va a consultar al niño si quiere o no darse el baño, si quiere o no esta papilla que a nosotros nos parece indicadísima; es menester darse traza de convencerlo y hacérsela tragar.

Otro tanto sucede con la familia. Para gobernar a una familia no se puede irle consultando para cada cosa a cada

uno de sus miembros, sino que es menester que una autoridad superior se haga cargo de las necesidades, deseos y capacidades de cada uno, y exija de ellos lo que crea necesario.

Estas cualidades de dominio, que se derivan directamente de la confianza en sí mismo, son de las más difundidas y arraigadas entre las mujeres. Nadie aventaja a la mujer en punto a adivinar los deseos y necesidades de los demás y darles los mejores consejos; nadie mejor que ella sabe satisfacer aquellos e imponer su voluntad; ni nadie, tampoco, goza lo que ella, encargándose de satisfacer las ajenas necesidades e imponiéndole su voluntad al prójimo.

Dirigir una familia es para el hombre una carga que echa sobre sus hombros, porque la religión, las leyes del Estado y las consideraciones sociales se lo imponen; para la mujer, en cambio, eso de criar a los hijos, gobernar una casa, cuidar de las criadas, proveer a las necesidades de la familia y trabajar y afanarse y hasta desesperarse por los suyos, lo que equivale a tener ocasión de ejercitar ése su intento altruista de devoción y de dominio, es la meta de la felicidad a que aspira.

Este instinto de dominio no se limita, por desgracia, a sus confines naturales. No se le puede despertar como la glándula lastífera cuando el niño nace y atrofiarlo luego, cuando se le desteta. Sino que existe en todas las mujeres cuando es necesario y cuando no lo es. Late ya cohibido en la mocita que arde en la impaciencia por ejecutarlo y perdura en la mujer de edad, a la que los años, bodas y muertes han privado de su natural dominio.

La mujer sigue queriendo imponerles su voluntad a las personas que la rodean, hasta cuando no caen bajo de su jurisdicción, o no la necesitan, e incluso cuando corre el riesgo de hacer desgraciados para toda la vida a aquella o aquel cuya felicidad anhela, y esto con tanta mayor terquedad y violencia cuanto menos ocasión encuentre su espíritu de dominio de lograr satisfacción por las vías naturales; cuando no tiene a su cargo hijos pequeños, o una casa grande, o alguna otra ocupación positiva o ideal que por entero la absorba.

Suele atribuírse este espíritu de autoridad o egoísmo. Pero el egoísmo no tiene aquí arte ni parte. Quien desea im-

poner aquí su voluntad y velar por sus semejantes, sin duda ha de ser altruísta, en el sentido que yo doy a esa palabra. Y, en efecto, al imponer su voluntad, no aspira la mujer a granjearse ningún bien para sí misma ni satisfacer ninguna pasión suya, sino obligar a los demás a hacer lo que a ella se le antoja bueno y, a su juicio, no aciertan a ver. Al empeñarse la mujer en que su hijo siga una carrera determinada o imite sus buenas cualidades y sus defectos, al tratar de impedir que su hija cometa una determinada acción, no lo hace con la mira de procurarse ningún bien, sino porque cree serles útil de este modo a sus hijos. Trátase, pues, de un altruísmo mal entendido, pero altruísmo al fin; del mismo modo que es un egoísmo, aunque bien entendido, la *tolerancia* de que el hombre da pruebas cada día.

Porque, efectivamente, el hombre que en razón a la dosis de egoísmo que posee consideraría un fastidio tremendo tener que cuidar de un niño y que suplir con su voluntad la inexistente del recién nacido; el hombre que se juzgaría muy feliz si pudiese encontrar, ya hecho y dispuesto, lo que desea, sin saber cómo, ni cuándo, ni quién lo hizo, es de una magnífica tolerancia con todos.

El hombre propende al propio interés, al propio bienestar; para él sólo existen sus ambiciones, estudios, quehaceres y ocupaciones. Poco le importa lo que a los demás les suceda de bueno o de malo, con tal que no redunde en perjuicio de sus intereses; déjales a los demás plena y completa libertad de acción y de pensamiento. Y por esto precisamente de no querer el hombre ocuparse en los demás, es por lo que las organizaciones masculinas degeneran tan fácilmente en burocráticas, sobre la base de reglamentos fijos, ya que ninguno quiere tomarse el trabajo de intervenir, de imponer su voluntad, ni echar sobre sus hombros la responsabilidad consiguiente; de igual modo que por no querer tomarse el trabajo de mandar es por lo que el hombre se deja tan fácilmente dominar de la mujer, incluso en cosas en que no es ésta competente. Ya puede creer el hombre que los demás están equivocados, pensar que sería preferible que obrasen de modo distinto, lamentarse de que los demás no saben conducir como es debido sus asuntos: en el fondo, cuando la conducta o la opinión ajena no chocan con sus pasiones, o ambiciones, el

hombre tiende a no calentarse la cabeza pensando en ello, a vivir la vida birlonga. No es altruísta por instinto, pero por eso mismo es tolerante.

La tolerancia del hombre nace de su indiferencia y suele resultar peligrosa; pero ya provenga de un defecto a de una virtud, es la base de la libertad, la base de la vida social, y en parte también, del progreso y la felicidad humanos, porque solemos incurrir en error al creer que yerran los demás y porque no hay cosa que haga sufrir tanto como la limitación de la propia libertad, sea de juicio, de experiencia o de acción.

* * *

La confianza en sí mismo—y sobre todo la confianza excesiva con los defectos que de ella dimanar—entrañan, pues, graves inconvenientes. Sólo que, ¿son esos inconvenientes tan graves, que autoricen a aconsejarle a la mujer que se cohiba en este punto? A mi juicio, no.

La confianza en nosotras, que es confianza en nuestro instinto, constituye la base de nuestra vida. Si llamadas como estamos por la naturaleza a desempeñar un cometido tan delicado e ilógico, dudásemos de nosotras mismas, de nuestro instinto, incurriríamos en la manía de la duda, y, por lo tanto, en la locura.

Criar hijos pequeños que no saben expresarse e ignoran sus necesidades e intereses, sólo es posible supliendo con la nuestra su voluntad ausente y con las nuestras sus ideas que faltan; y esto únicamente puede llevarlo a cabo quien tiene plena confianza en sí mismo.

Si la madre dudase de sí misma, si admitiese por un momento que las necesidades y antojos del nene pudieran ser otros que los que ella imagina, no podría ya hacer nada, no podría seguir cuidando de él.

La duda sería para el pequeño más fatal que cualquier sistema descabellado, porque el cuerpo del niño puede adaptarse a un método extraño, pero no a un cambio continuo de costumbres. Para cumplir su función maternal, ha de tener la mujer confianza en sí misma, en sus instintos. Y lo mismo para cumplir bien su misión de esposa.

¿Cómo una muchachita ignorante podría desear una vida tan distinta de la que hasta allí llevó, cómo podría afrontar con tanta alegría y entusiasmo la incógnita de la nueva vida que la aguarda, si no tuviese confianza en sí misma y en sus propias fuerzas?

La confianza en nosotras mismas, en nuestros instintos, es la base de la autoridad de que gozamos y de que es útil que gocemos; es una fuerza que centuplica nuestras fuerzas. La confianza en nosotras mismas nos infunde la fuerza de vivir, nos comunica ese aplomo absoluto, esa energía de acción que rara vez hallan los hombres en la convicción nacida de sus cálculos.

Y también por tener esa confianza en sí misma es tan audaz la mujer y tan poco inclinada al escepticismo de que suele adolecer el hombre; pues la confianza en sí misma reemplaza en la mujer a la duda de que se origina la ciencia, mediante el amor, venero de la fe.

Por creer en sí misma, por creer en su inspiración, tiene la mujer fe en el amor, y en los hombres, y en las ideas, y en la justicia, y en el triunfo de los ideales por que se apasiona, cualesquiera que sean las causas que debieran convencerla o disuadirla. Rara vez básiase su convicción en el razonamiento; no es convicción la suya, sino fe.

Esa su fe, unida a la pasión por lo vivo, hace que en vez de la curiosidad científica, con su árida explicación de las cosas, sienta en sí misma la mujer la seguridad de un origen vital del mundo. La mujer que rehusa abstraer de la realidad lo que ésta tiene de general, de común, necesita extraerle lo que tiene de vivo y creer en ello.

Cualesquiera que sean las fórmulas religiosas a que se doblegue o de las cuales huya, cualesquiera que sean su cultura o su incultura, la mujer resístese a encerrar la vida en fórmulas abstractas. La mujer que posee tanto ardor interior, que vivifica hasta la mesa y la silla de su cuarto, no podría no vivificar esa fuerza misteriosa que la circunda. Ya se llame esa fuerza Zeus, Héctor o Corambo, la mujer tiene fe en un infinito vivo que por doquiera la rodea y del cual depende; tiene la conciencia de formar parte de un todo viviente, de ser el eslabón de una cadena, de ser la esclava de algo vivo superior a ella y a cuantos seres ama. Cree en algo vivo

que recogerá su alma, que no dejará que avente el viento sus dolores y angustias y la acogerá a ella en el cielo, en la tierra, en el presente o en el porvenir, en sus nietos lejanos, o en los frutos y flores que a su alrededor viven. Quizá no sea este dios el dios codificado de los hombres; pero tal es el sentimiento al través del cual ve la mujer a Dios.

No puede extinguirse, pues, nuestra soberbia confianza en nosotras mismas, sin apagar de rechazo la luz de nuestra vida moral e intelectual, sin quebrantar nuestra capacidad de realizar las funciones que la vida nos tiene encomendadas.

Cabe tratar de compensar la intolerancia, el despotismo que la excesiva confianza en sí mismo engendra, tildándolos con el nombre de defectos y excitando a la mujer a desecharlos. La mujer que ha visto y observado mucho mundo es menos intolerante que aquella otra que siempre vivió en el mismo ambiente y, sobre todo, que aquella que siempre se limitó a criticarlo todo, sin observar nada. Inmejorable es en este respecto el influjo de los hombres. Con el ejemplo y con la resistencia tempera y lima el hombre, sin esfuerzo, ese espíritu despótico.

La mujer es mucho más intolerante en aquellos países donde vive con entera independencia y aislada del hombre, que en aquellos otros donde alterna más íntimamente con él, en la vida familiar y social. La casada es más tolerante que la soltera. Menos despóticas, menos intolerantes que las viejas me parecen las mujeres de las nuevas generaciones, precisamente por haber ido a la escuela con los chicos y estado en contacto cotidiano con ellos.

Siendo por lo tanto esta intolerancia bastante menor cuando la mujer halla modo de emplear dignamente su ultradevoción, como en el caso de los niños pequeños, creo que sería provechoso encauzarla hacia una finalidad que absorbiera su altruísmo luego que dió remate la función maternal, amén de acostumbrarla desde niña a analizar y dominar sus sentimientos.

* * *

Otro tanto puede decirse de su perplejidad. Esa perplejidad en que la mujer suele incurrir, no se le ha de imputar

enteramente a su demérito. Ciertamente que tal indecisión ha concluido por dar lugar a que sean los hombres los que manden contra lo que creen algunos de que sea fruto de ese mando varonil; pero no es menos cierto que esta sumisión casi espontánea de la mujer es la que ha permitido construir sobre bases de granito la institución a que la mujer debe estar más agradecida: la del matrimonio.

Jamás el hombre se hubiera avenido a una unión permanente si no hubiera conquistado con ella una supremacía. Nunca tampoco se hubiera la mujer sometido al hombre, si la dependencia le hubiera resultado tan dolorosa como a él. La mujer aceptó fácilmente la sumisión, porque presentía que en ella iban ganando sus intereses, más que si se gobernase de por sí; porque el obedecer ahórrale una infinidad de indecisiones, de remordimientos y pesares, que sin falta la acometen y atormentan siempre que se ve obligada a tomar de por sí una determinación.

De suerte que la indecisión femenina no sólo cimienta poderosamente la unión del hombre con la mujer, sino que también hace que esa fusión resulte más amable y provechosa.

La incertidumbre, el susto que la mujer experimenta ante la idea de encontrarse sola, su necesidad de un hombre que la dirija y apoye, es la razón de la humildad, de la ilimitada admiración que la mujer propende a profesar al hombre, al cual considera instintivamente como su protector; humildad y admiración que ejercen atracción grande en el hombre. Pues éste, que posee la suficiente dosis de egoísmo para dirigirse a sí mismo y dirigir a la mujer, siéntese muy halagado con esa prueba de superioridad que la mujer le pide—y que tan poco trabajo le cuesta—y sabe sacar de ella buen partido.

Los hombres prefieren a las mujeres tímidas, cortas de genio, a las cuales pueden complacer a poca costa, antes que a las mujeres decididas, *debrouillardes*, a los marimachos que no los necesitan.

De otra parte, la incertidumbre, la falta de un criterio a que atenerse, la indecisión pueden ser causa de felicidad para la mujer cuando da con un hombre viril que se impone

el deber de prestarle su egoísmo y energía, y la defiende, dirige y protege, encauzando su actividad y sus ardores.

Por eso creo yo nocivo a los intereses femeniles esa campaña que diariamente se riñe hoy por eximir al hombre de ésa su misión, imputándole a gran mérito el que deje a la mujer en la mayor libertad.

Así como por todas las razones apuntadas, es la mujer indecisa por naturaleza, esa tan decantada libertad se reduce a ser un desahogo para el hombre—que en el fondo cifra su felicidad en no tener que atender para nada a la familia—y en un recargo de dudas, indecisiones y pesadumbres para la mujer.

Más que para emancipar a la mujer, insistiría yo para hacer más caballeresco al hombre, lo que implicaría la doble ventaja de afinarle y pulirle a él, y satisfacer al mismo tiempo las necesidades femeninas.

Con efecto; ese apoyo que la mujer pide al hombre, quizá sea el medio más poderoso que haya imaginado la naturaleza para refrenar el egoísmo del hombre. El altruísmo nace en la mujer de la sencilla circunstancia de que los seres a ella encomendados sucumbirían si ella no los atendiese—y por modo análogo nace también en el hombre en casos semejantes, como se ha visto en la guerra, entre oficiales y soldados.

Del mismo modo y a la inversa crece el egoísmo en el hombre a medida que se le deja de pedir ayuda, concluyendo por creerse dispensado de prestársela a nadie.

De suerte que la armonía social no tiene nada que ganar, y sí mucho que perder con la emancipación femenina, mientras que tanto la sociedad como las mujeres tendrían derecho a esperar todo, si se le obligase al hombre a ser más caballeresco, a prestarle más ayuda a la mujer, lo que redundaría en mejoramiento del mismo hombre y en alivio del mundo femenil.

AMOR PROPIO

La necesidad instintiva que siente la mujer de apoyarse en los demás para acertar con su propio camino, determina la enorme importancia que la mujer concede al juicio ajeno,

importancia a la que no sé por qué se la ha bautizado con el nombre de *amor propio*.

Precisamente, por no tener un criterio fijo de sus intereses, es capaz la mujer de cometer las mayores necesidades, de hacer los más desastrosos casamientos, de exponerse a los dolores más atroces e incurrir hasta en verdaderos delitos, por puro *amor propio*, es decir, para que el reducido número de personas que la conocen, puedan o no puedan decir de ella esto o lo otro; para granjearse su aplauso, evitar sus censuras, y dar lugar a admiraciones y envidias. ¡Cuántos matrimonios, que se dicen nacidos del amor o del capricho, no tuvieron otro origen que el *amor propio*! ¡Cuántas muchachas se casaron únicamente por no quedarse muy a la zaga de sus amigas que se habían casado, por no romper un noviazgo que a otras les parecía muy ventajoso, aunque no lo fuera, o simplemente trastornadas por el orgullo de haber logrado que se les declarase un caballero que gozaba fama de impasible!

Lógico es que así sea, una vez admitida su pasión altruista que la coloca en continua dependencia respecto a los demás. Más importancia que a la realidad concede la mujer al juicio ajeno, porque este último tiene a sus ojos mayor importancia que aquélla. Como los demás consideren muy ventajoso y adecuado un casamiento, la mujer lo aceptará, aunque en su fuero interno no lo juzgue así; y en cambio, aunque fuere realmente ventajoso, pensará ella que no lo es, como tal sea la opinión de las personas que la rodean. La mujer se desvive siempre por ponderar los méritos de su marido, con la mira de que los demás formen buena opinión del matrimonio que hizo.

Esta importancia enorme que la mujer concede a la opinión ajena suele serle provechosa alguna vez, en calidad de freno moral de la conducta. Muchas son las mujeres que se imponen los más graves sacrificios, por no incurrir en la censura pública, o por granjearse el público aplauso. La sociedad debería hacer cuenta de este sentimiento, sobre todo la educación masculina, porque las heridas de amor propio que el hombre le infiere a la mujer, por pura insipiencia, son de las más dolorosas para ella, y las que más fácilmente puede evitar aquél. El novio que pone fin con gracia a sus relacio-

nes, causa muchísima menos pena a la novia que aquel otro que lo hace brutalmente, declarando sin rebozo que ya no la quiere, que quiere a otra, o cosas por el estilo.

AFAN DE PRIMACIA

Hija primogénita del *amor propio* es la pasión por descollar y sobresalir en todo que siente la mujer. Poned oído atento en los salones al chismorreo de las señoras, escuchad en los colegios el cuchicheo de las alumnas, y veréis cómo la preocupación de cada una se cifra en convencer a las demás de que es una criatura superior, *la primera*. La primera en la ingenuidad o el talento, en la riqueza o la belleza, en el vestir o en el corazón, en el bien o en el mal, en la virtud o en el vicio—que considera un adorno—; la primera en cualquier aspecto de la vida, en que se tiene por superior y que es el único a que ella da importancia.

Ser tenida por la primera es el deseo más general y constante de todas las mujeres. Con efecto, ¿cómo se le recompensa en la Biblia a la mujer fuerte por todas sus virtudes? Pues, reconociendo que es la mejor de las mujeres—Alábanla los hijos y la dicen feliz; ensálzala el marido y dice: “Muchas mujeres dan prueba de valer, pero tú a todas las superas”.

Esta pasión por la primacía existe también en el hombre; sólo que en la mujer resulta muy distinta. El hombre quiere lograr primacía *para sacar provecho de ella*, como dice Abraham en la Biblia, para dejar huella de su paso por el mundo, para que todos le conozcan y disponer del poderío y de la riqueza. De suerte que es una pasión que se basa en el interés. Mientras que en la mujer no es así. La fama, los honores, el poder, la idea de dejar una huella de su paso por el mundo, todo esto que constituye la ambición egoísta del hombre es extraño a ese sentimiento de la mujer, que parece tan semejante al del hombre y no lo es. No anhela primacía la mujer con la mira de granjearse privilegios efectivos, como los hombres, sino única y sencillamente para que la tengan por la primera en todo quienes la rodean y la quieran y estimen más. Efectivamente: la mujer aspira, ante todo, a sobresalir entre las otras mujeres que conoce y envidia, y no

entre todas y en este mundo y en el porvenir como el hombre.

En el apogeo de su fama confesaba con toda sinceridad la Kovalewsky que de buena gana hubiera cambiado su vida con todos los honores mundiales de que había sido objeto por la vida sencilla de una mujer cualquiera, rodeada de un reducido número de amigos a cuyos ojos hubiera sido la *primera*.

Otro tanto declara madame de Stael.

Esta aspiración vaga, irracional, imposible de saciar, porque no es posible a todos gozar la primacía, tan arraigada en la mujer, es causa de algunas de sus buenas cualidades, de la suma enorme de sacrificios que es capaz de llevar a cabo con tal de merecer los ajenos elogios; pero es también la fuente de muchos defectos suyos, graves, como de su jactancia desmedida, su tendencia a denigrar a los demás, su propensión a la mentira y la envidia, que la hacen tan anti-pática.

¿Qué son efectivamente esas mentiras que suele echar la mujer, esas murmuraciones de los demás y esas autoalabanzas? Mentiras acerca de la edad que tiene, jactancias de la propia riqueza y poderío y de la buena opinión de que disfruta, rebajando de pasada los méritos de los demás, jactancias y mentiras *únicamente encaminadas* a aumentar su prestigio en la opinión ajena, haciendo creer a quien la escucha que es superior y más perfecta que todas las demás mujeres y que éstas no valen para descalzarla.

Ya dije que por su intolerancia, por su confianza en sí misma, llega la mujer a creerse sinceramente superior a todas las demás mujeres; pues bien: el afán de primacía intensifica terriblemente esta ilusión, sumándole el interés. No puede la mujer oír hacer el elogio de otra mujer—aunque diste de ella mucho en jerarquía o posición e incluso en el espacio—sin encontrarle algún defecto que restablezca el equilibrio, sin insinuar algo molesto para ella. Toda mujer dispone de artes refinadas para poner de resalte su superioridad y desposeer a las otras mujeres de la confianza, la admiración o la piedad de que gozan en el ánimo de quien la escucha.—Sí, Fulana es muy lista; lástima que ante siempre tan malucha.—Zutana, es desgraciada, sí, pero es rica.

y además se lo merece.—Perengana, viste con mucha elegancia, es cierto, pero tiene una doncella ideal, pero derrocha una fortuna, etc.

Esta recíproca murmuración con que se obsequian las mujeres por lograr la palma en todo, hasta cuando se quieren y se estiman y están dispuestas a hacerse mutuos favores, no es egoístamente irracional. Los hombres, que son poco intuitivos, no ponen mucha dificultad a dejarse convencer de la superioridad de la mujer que se alaba a sí misma y rebaja a las demás. Las murmuraciones, jactancias y mentiras de las mujeres suben de punto en presencia de los hombres; pero no cesan ni aun en el palique femenino, hasta cuando se trata de personas desconocidas. En los procesos donde resultan complicadas mujeres, son ellas las más implacables y feroces. Las mujeres son las que más recelo muestran para admitir a la mujer a las profesiones varoniles de médico y abogado.

Individualmente, esta manía de sobresalir impide que se establezcan verdaderas amistades entre mujeres y estorba la realización de esa corriente de expansión y confianza que tanto bien nos haría en esta vida. La mujer desconfía de la mujer porque todas aspiran a sobresalir, y saben que su mejor amiga no tendrá reparo en aplastarla con tal de alzarse con la primacía. La mujer que se adapte con toda cachaza a no contradecir la primacía de la amiga, tendrá cuantas amigas quiera, dispuestas a hacer por ella verdaderos sacrificios, a darle inmejorables consejos y prestarle la ayuda material y moral más valiosa.

Socialmente, esta pasión de sobresalir en todo, con la jactancia, la mentira y la murmuración que la acompañan, neutraliza la general gratitud a la mujer por los bienes positivos que a sus semejantes brinda, echando una sombra de desconfianza y de sospecha sobre el sexo femenino en general y en particular sobre las mujeres que cada cual conoce y trata. Esta pasión complica desmedidamente la cuestión de la mujer, impidiendo una adecuada educación de los hombres, que sólo podría resultar de una amplia solidaridad femenina, que de las madres se extendiese a las nueras, de las hermanas a las cuñadas, etc.

Sería, pues, de la mujer importancia desarraigar este defecto, ¿pero, cómo? La condesa Bacciochi aconseja la auto-

educación que justamente considera como la educación mejor. Quizá sea ese el único medio; mas no dejo de reconocer que resulta de aplicación difícil.

Cierto que la mayor instrucción y la coeducación ayudan poco, porque las nuevas generaciones no se muestran en este punto mejores que las antiguas, sino que, por el contrario, a causa de la facilidad de la vida, los estudios y la independencia resultan todavía más petulantes y menos solidarias entre sí.

ENVIDIA, CELOS, SED DE VENGANZA

Al lado del amor propio y el afán de sobresalir, podemos poner entre los defectos femeninos que del altruismo pasional se derivan, la *envidia*, que hace que suframos con el bien ajeno, que no nos es dado compartir, y nos irriteamos con el prójimo que no sufre nuestros males; los *celos* que nos impelen a odiar al ser que ama aquel que nosotras amamos; la *sed de venganza* que nos mueve a hacerle mal a quien consciente o inconscientemente nos hizo sufrir, y muchos defectos semejantes.

Envidia, celos, sed de venganza y defectos análogos suelen confundirse muchas veces con el sentimiento de la justicia. Tienen con ésta de común, en efecto, el sentimiento altruista de que se engendran y que nos hace sufrir y gozar, respectivamente, con el bien o el mal que al prójimo, no a nosotras, afecta.

Pero mientras que en el caso de la justicia sufrimos con el mal ajeno o con la pérdida del bien, por la conciencia que tenemos del daño en general que a la sociedad pueden inferir esos males, por el desaliento y confusión que la injusticia engendra; y procuramos el bien de los demás, de la mayor parte, aunque sea a costa de algún sufrimiento nuestro o de los seres que amamos, a fin de que triunfe en el mundo un equitativo reparto de bienes; en el caso de la envidia, los celos o la sed de venganza, sufrimos porque hay quien goza más que nosotros de bienes que apetecemos o quien no sufre de los males que nos afligen, sin pararnos a pensar por un momento que tales daños y bienes puedan ser merecidos. En ese caso nos afanamos por lograr que el prójimo sufre al

par nuestro o no goce más que nosotros hasta cuando el triunfo de nuestras aspiraciones pudiera acarrear un daño general, pues queremos que impere en el mundo un reparto equitativos de dolores.

El sentido de la justicia presupone una altísima inteligencia que nos permita distinguir con toda claridad lo verdadero de lo falso, el bien del mal, el interés general del privado y un amplio, generoso altruísmo que nos induzca a hacer abstracción de nuestro bien con miras al bien general.

Envidia, celos, sed de venganza y demás cosas por el estilo, presuponen una escasa comprensión mental que impida ver la realidad que bajo la apariencia se oculta y un torcido recelo que nos haga fijar la vista en el plato ajeno antes que en el propio; pero, sobre todo, un feroz y mal entendido altruísmo que nos mueva a perseguir con tesón no tanto nuestro personal interés como el evitar que el prójimo logre el suyo, sacrificando incluso a la alegría ajena nuestra propia alegría y al bien ajeno nuestro propio bien.

Celos, envidia, sed de venganza, etc., se dan así en la mujer como en el hombre, sólo que en éste resultan limitados por el dominio de su egoísmo. El hombre envidia al amigo que ocupa el puesto o logra los honores que él ambiciona, siente celos de quien quiere arrebatarle lo que es suyo, y se venga ferozmente cuando ha sufrido un daño positivo. Pero la mujer es celosa y envidiosa no sólo por ella misma, sino también por el marido, el hijo, el padre, el amigo, y toma feroz venganza, no sólo por su cuenta, sino también por la de ellos. Madame Caillaux da muerte al enemigo de su marido, con el cual no tenía personalmente ningún resentimiento. Todos los días vemos madres de familia que, movidas de pura envidia, hacen todo lo posible por infernar matrimonios amigos de sus hijas. La mujer es celosa y envidiosa de todos y por todo, de los bienes de fortuna que poseen sus amigas, aunque no aspire a ellos; siente celos de cuantas mujeres conoce y hasta de aquellas que no conoce, y no es raro ver madres que ponen en guardia a sus hijos contra la futura nuera que aun están por elegir.

Celos, envidia, sed de venganza, son sentimientos que hacen sufrir grandemente a la mujer y resultan nocivos para

la sociedad; sentimientos que sería provechoso tratar de reprimir, sea como fuere. Sólo que ¿cómo? Acostumbrando a las niñas a reflexionar acerca del origen de sus sentimientos, a considerar afortunada su suerte y a ver siempre el lado bueno de la propia condición, podrá lograrse algo; pero quizá se consiguiese más con el ejemplo.

MODA

La enorme importancia que la mujer concede a la opinión ajena llévala con impulso irresistible a la pasión de seguir la *moda*, que no es sino el juicio ajeno autorizado en el momento actual.

Estando dotada de menor sentido crítico que el hombre, cuando se trata de objetos que caen fuera de su competencia, inclínase la mujer a encontrar hermoso o feo, interesante o aburrido lo que juzgan hermoso o feo, interesante o aburrido los *demás*, y, sobre todo, aquellos que componen el círculo de su alterocentrismo.

Cuando una cosa está de *moda* en usos y costumbres, en moral o en literatura y luego que las personas que ella estima adoptaron aquella moda, ya no razona la mujer. Extremada como es en todo, dispónese a seguir la moda ciegamente, con el más grave prejuicio propio y ajeno, aunque creyendo siempre—ni que decir tiene—que no lo hace por seguir la moda, sino por propio e irresistible impulso. La mujer que, dígase lo que quiera, es fundamentalmente casta, monogámica, madre y sentimental, tórnase cínica, corrompida y antimaternal, en cuanto así lo quiere la moda, según ocurrió en el *Ancien regimen*, poco antes de estallar la revolución, y que se trataba de un cinismo, de una corrupción ocasionada únicamente por la moda; demuéstrole el hecho de que aquellas mismas mujercitas frívolas y fatuas que en la corte de Luis XV pasaban el tiempo robándose mutuamente los amantes o despotricando de temas políticos, luego que se vieron pobres y en el destierro dieron de mano al vicio que hubieran podido proporcionarles un fácil desahogo y brindáronse como ejemplo de las más altas virtudes de sacrificio y de pureza.

A su vez, la manía de seguir la moda, de creer bello o feo lo que de tal califican los otros, engendra un curioso defecto propio de la mujer; el de decir y creer que se aburre cuando está haciendo cosas que la entretienen, y declarar y creer que se divierte cuando hace cosas que la aburren, según que las tales cosas estén de moda o sean tenidas en concepto de anticuadas. Ahora que está de moda la literatura y el feminismo, no hay mujer que no crea divertirse la mar leyendo o discutiendo de arte, ciencia, etcétera... siendo así que, en realidad, la mayor parte de ellas abúrrense con eso lo indecible. Por modo análogo, las señoras de la alta sociedad creen generalmente aburrirse o hacer, por lo menos, un gran sacrificio cuando trabajan o realizan alguna tarea material, como cuidar de sus hijos, gobernar la casa, socorrer a los pobres o asistir a los enfermos cuando en realidad, lo que hacen con ello es satisfacer su instinto de actividad, de altruísmo y, por lo tanto, están gozando.

En casi todas las Memorias que se conservan de damas de la aristocracia francesa, emigradas a raíz de la revolución, hácese resaltar el hecho de que esas señoras, que hasta allí vivieran en el ocio, sintiéronse muy sorprendidas al encontrarse que hallaban más satisfacciones en las humildes faenas a que en el destierro se veían obligadas que en todas sus mundanas ocupaciones antiguas.

Más de una señorita francesa os dirá que le resultaba más grato asistir a los enfermos en un hospital o cuidar de los niños en un asilo, como hacían durante la guerra, que no sostener esas conversaciones frívolas y hacer esas visitas obligadas a que voluntariamente se condenan, porque *es moda*.

La mundanidad de hoy día—inútil vestigio de una gran función social antigua—es una costumbre que no distrae gran cosa a la mujer, la cual la cultiva únicamente por pura moda o por amor propio. La guerra, que la eximió de esa reata, fué en el fondo para ella un gran respiro.

Mueve por lo general a risa esa premura que pone la mujer en seguir la moda. Pero en realidad, haciendo cuenta de lo difícil que le es formarse un criterio de sus propios intereses y atendido el aprecio que hace de la opinión ajena—, el seguir la tradición y la moda son otros tantos medios muy cómodos de conciliar sus deseos con sus intereses—. La mo-

da es un criterio que en sí y de por sí no tiene ningún valor moral, pero por el mero hecho de que se le acepta y se le sigue, cuenta ya por lo menos con el sufragio general, sobre cuya base se puede siempre formar un juicio; de otra parte, si la mujer no siguiese la moda y habida cuenta del ansia tan poderosa que siente de sobresalir en todo, de hacerse notar, vendría a caer fácilmente en la excentricidad, que es todavía peor que la moda. De suerte que, en último término, conviénele a la mujer seguir la moda; sólo que conviene también que la sociedad y las mujeres superiores no pierdan de vista a esta moda y no consientan que arrastre al sexo femenino por vías peligrosas, para las mujeres mismas y también para la sociedad.

SENTIMENTALIDAD

Dije antes que la mujer déjase llevar por completo de pasiones e intuiciones, que son algo al margen del razonamiento y que despojan a éste de toda energía. El razonamiento es la acción, el padre de la duda, un grillete que le impide a la acción correr con ligereza; pero es al mismo tiempo un paso que mantiene el equilibrio. No teniendo ese contrapeso la mujer, fácilmente se escurre hasta dar en los excesos de toda índole.

De este *excesivismo* nace buena parte de la *sentimentalidad* de la mujer, la angustia excesiva, el excesivo entusiasmo, la excesiva compasión, los sacrificios excesivos que tributa a personas o a causas que no valen la pena o no rinden los resultados que se esperaban.

Esta sentimentalidad que forma parte tan íntima del alma femenil, no tiene nada que ver con ese falso sentimentalismo, hijo de la vanidad, de la hipocresía y del oportunismo que, con justicia, ha desacreditado tanto la palabra. Nace ese falso sentimentalismo de un supuesto sentimiento, de ley más o menos dudosa, unido a una pretensión intelectual de cultura y de ciencia que no poseen. Prevalece en esas personas desprovistas de verdadero sentimiento, a las que una mediana cultura ha permitido penetrar a medias los

grandes problemas sociales, políticos, económicos, higiénicos y morales; una mediana inteligencia para comprender las ventajas que pueden obtenerse de la simulación del sentimiento. Este es precisamente el sentimentalismo que llena las arcas de los diarios populares, de las causas equivocadas y de los intereses turbios, los cuales están seguros de granjearse el aplauso de un gran público, cuando se enternecen y apiadan a propósito de cosas triviales, de higiene, de justicia, de igualdad, etc., o cuando hacen que se reconcentre la fuerza toda de un sentimiento en un objeto nimio e inmediato, que carece de importancia, distrayéndolo así de un objeto de verdadera monta, que se quiere combatir.

Depende este falso sentimentalismo del hecho de que—gozando como goza actualmente el sentimiento de cierto prestigio; el individuo astuto que de él carece, procura simularlo. Es ésta una forma que desaparece en épocas crueles, en las que el sentimiento no goza ya de ningún prestigio; es una buena cualidad o un defecto—vaya usted a saber—artificial, cuya amoralidad resulta tan evidente que no vale la pena de detenerse a demostrarlo.

* * *

Pero aparte esta falsificación, existe un sentimentalismo verdadero, cuya víctima casi necesaria es la mujer, y que podemos dividir en tres formas.

Hay un sentimentalismo sencillo, el más ingenuo y difundido, por el cual suponemos a todos los seres animados e inanimados, pasibles en el mismo grado, de alegría o de dolor, nos emocionamos y sufrimos excesivamente por sufrimientos que algunas veces no existen o son ligerísimos—como por el perro y el gato, el pajarillo enjaulado, el salvaje que anda descalzo, el lugareño que no se lava o el crío que berrea, atribuyéndole nuestra propia angustia, etc.

Este sentimentalismo, que es inofensivo, depende de un exceso de pasionalidad, de una falta de lógica; derivase del hecho de que la mujer rebosa excesivo sentimiento y lo va sembrando por doquiera, a diestro y siniestro, donde hace falta y donde no.

De esta forma de sentimentalidad, por grados insensibles, se pasa a una segunda, perfectamente femenina también y semejante a la primera, pero cuyas consecuencias individuales y sociales son mayores, y que consisten en creer a las personas que nos rodean diferentes de como son en realidad, suponiendo que conceden más importancia, de la que efectivamente le conceden a las cosas del sentimiento, que poseen una conciencia mucho más delicada de lo que es en realidad, y dando por de contado que obran a impulsos de motivos ideales, a los que suelen ser insensibles y son insensibles a los intereses prosaicos, que son los que en verdad les interesan. Tal es el sentimentalismo de la mujer que se casa con un borracho, confiando en que con la dulzura podrá lograr su enmienda, y creyendo firmemente que con las palabras podrá cambiar el alma de sus hijos, y curarle a él de su vicio, a costa de abnegación, etcétera.

Depende este sentimentalismo del hecho de que, no siendo la mujer capaz de comprender sino al través del "sentimiento", no se aviene a aceptar la idea de que haya quien lo posea en menor grado o se halle absolutamente falto de él; de que, estando determinados sus actos más por la fuerza del sentimiento que por la de los intereses, no puede explicarse que haya quien no sea así; de que, no teniendo un criterio seguro para juzgar de la importancia de los objetos a que dedica su actividad, propende fácilmente a concedérselo excesiva a algunos de poquísimo bulto.

Existe todavía una tercer forma de sentimentalidad, la más elevada aunque menos corriente, que así se da la mano con el sentimiento verdadero y que no entraña inconveniente alguno para la sociedad, aunque sí los implique, y graves, para el individuo. Caracterízase esta forma por un excesivo espíritu de sacrificio, el cual impulsa a realizar sacrificios que cuestan terribles dolores y no dan el resultado apetecido, por una conciencia harto delicada, que nos remuerde en demasía por actos no culpables y nos impele a sacrificios excesivos e inútiles. Bajo el influjo de este sentimentalismo, propende la mujer a creer que sus deberes son todavía más grandes de lo que lo son en realidad, y a imponerse sacrificios mucho más dolorosos de lo necesario.

Bajo el impulso de este sentimentalismo tiende la mujer a creer que el atribulado, el pobre, el enfermo que desea socorrer, lo son en mayor grado todavía de lo que es la realidad; que el hijo, el marido, el hermano, a cuyo cuidado vive consagrada, necesitan de ella, de su ayuda, de sus estímulos y de sus esfuerzos, mucho más de lo que realmente necesitan.

Bajo el influjo de este sentimentalismo, tiende la mujer a sacrificarse, a inmolarsse hasta cuando no es necesario, a engañarse creyendo que sacrificio y virtud son la misma cosa, lo que no es así, y que el sacrificio propio y el bien ajeno, son idénticos, lo que tampoco es verdad.

Todos los días vemos mujeres casadas y solteras renunciar voluntariamente a sus más legítimos y sanos deseos: cortarse el pelo, prohibirse toda palabra con extraños, abstenerse de toda diversión, enajenar sus bienes, su talento, su posición y su porvenir, con la ilusión de que tal renunciamiento ha de redundar en bien del ser amado y en el aumento de su cariño. Todos los días vemos, mujeres casadas aperrearse desde por la mañana hasta por la noche, a fin de acrecer el peculio familiar.

Diariamente vemos cómo hay mujeres que se enamoran de hombres y de instituciones por la sola razón de que exigen de ellas sacrificios excesivos.

Este sentimentalismo tiene su raíz en el hecho de que las ideas penetran en nosotras, las mujeres, por el corazón, no por la cabeza, y el corazón no tiene como la cabeza medidas métricas, comunes denominadores, con arreglo a los cuales determinar exactamente la magnitud e importancia de las impresiones que recibe.

Este sentimentalismo tiene sus más hondas raíces en el sentimiento materno, para el cual el sacrificio propio y el bien ajeno son realmente una misma cosa, confundiéndose amor y sacrificio. El recién nacido necesita de la madre toda para sí, día y noche; el niño requiere que la madre, para criarlo, sacrifique toda su vida externa. Esta necesidad dura tan sólo unos cuantos meses; pero la mujer, cuya alma está toda ella penetrada e influída del amor maternal, propende a trasladar este concepto a la vida cotidiana.

¿Es el sentimentalismo un bien a un mal para la mujer? ¿Es una virtud que se debe cultivar o un vicio que se debe extirpar? El sentimentalismo, aparte aquella forma apócrifa en que se confunde con la mentira, más que una virtud o un defecto, es un instinto que tiene sus raíces en el sentimiento verdadero y que, por lo tanto, puesto que sea dañoso para el individuo, resulta útil para la sociedad. Pues si el sentimentalismo induce a engaño alguna vez a la mujer, ella es la única que sufre las consecuencias.

Es además el sentimentalismo una cualidad que atrae al hombre a la mujer. El hombre, que es tan parco en sentimiento, propende a amar a quien lo embellece el espíritu, prestándole una suma de sentimientos que no posee, y cuya hambre sentimental puede satisfacerse con pábulos tan ilusorios. El sentimentalismo forma hasta tal punto parte de la psiquis femenina, que la mujer que de él carece nos resulta desnaturalizada. Por todo esto, el sentimentalismo constituye una virtud en la mujer.

Es una virtud, pero que le cuesta horriblemente cara, que la hace sufrir en demasía mucho más de cuantos beneficios generales pueda valerle, la expone a desilusiones y amarguras inevitables, puesto que el favorecido mide el sacrificio—si es que lo mide—por la necesidad que de él tenía, no por el sacrificio mismo. y éste, en el caso del sentimentalismo, suele ser, con harta frecuencia, mayor que el beneficio producido, de donde resulta que el sentimentalismo es una buena cualidad en la mujer, que debe apreciarse pero no cultivarsele con exceso, sino todo lo contrario, tratar de moderarlo en la mujer antes que fomentarlo en la educación, tanto más cuanto que la amargura provocada por el desequilibrio entre los sacrificios hechos y el bien obtenido entre los dolores sufridos y la gratitud que granjean, suelen agriar el carácter de la mujer tornándola excitable, quisquillosa, desabrida y desconfiada, lo que no le sucedería si habiéndose dado en menor medida al mundo, no tuviese contra él tantos créditos. Esa adustez que a veces muestran las mujeres prudentes y archihonradas, es debido al despecho de su sentimentalismo ofendido.

Dije que la educación debería ver de refrenar las tendencias excesivistas de la mujer, así como las sentimentales. Pero

para moderar estos instintos, no puede hacer gran cosa la madre; pues, como mujer, inclínase a substituir un excesivismo con otro, más bien que a sofrenarlos todos. En cambio, es mucho lo que en este terreno puede lograr el hombre con su ejemplo y con su lógica. De aquí la importante función que en la educación de la mujer desempeña el influjo de un hombre, padre o hermano primero, marido o hijo después, que modere sus instintos excesivos y sus sentimentalismos y encauce su espíritu de sacrificio y de devoción hacia fines útiles que puedan proporcionarle a la mujer la satisfacción de no consumir su vida en vano. La coeducación de varones y hembras ha acreditado de óptima en este terreno, y las jóvenes que de ella gozaron, resultan generalmente menos sentimentales que las otras.

EXPANSIVIDAD-SOCIABILIDAD

Otra consecuencia general de la pasión e intuición de la mujer es su expansividad.

Es la mujer mucho más expansiva que el hombre, es decir, que siente en grado infinitamente mayor que el hombre la necesidad de exteriorizar sus sentimientos y sus afectos, de confiarle a algún otro ser sus emociones e ideas. La niña suéltase primero a hablar, no por más inteligente o precoz, sino porque el estímulo a expansionarse es en ella mayor que en el niño. En los asilos infantiles, cuando todavía la educación no ha impreso su huella, son las niñas las que acarician a los nenes y las que les hacen las más tiernas declaraciones de afecto. Los niños suelen quedarse entre atónitos y mustios, ante esas expansiones cuyo sentido no se les alcanza. En casa, en la escuela, con las maestras, los padres, amigas, hermanos y hermanas, son las hembras más expansivas que los varones en su edad infantil; las niñas gustan de escribirse con sus padres y sus amigas ausentes, mientras que para los chicos es un suplicio el escribir, no ocurriéndoseles nada que llevar al papel, lo que les sucede porque no sienten necesidad alguna de exteriorizar sus emociones.

En los campos y talleres, cuando las operarias no pueden hablar, cantan, se expansionan con el aire, con el sol, con las herramientas de su oficio.

La mujer es sociable y expansiva porque siente pasión por los seres vivos, sed de amar y ser amada y no disfruta como no tenga alguien con quien y por quien gozar. Pero es sociable y expansiva, tiene sed de comunicarse con otros seres vivos, porque la *intuición* de lo vivo, esa facultad esencial de su alma, no puede ejercitarse en la soledad. La mujer muere en la soledad cual flor falta de agua. A la mujer le parece como que no vive ya, cuanto no tiene a su lado alguien que pueda escuchar sus confidencias, porque las intuiciones y emociones no se pueden reconcentrar en sí mismas, como los razonamientos, sino que necesitan verterse en otros seres, que las comprendan y aplaudan, porque las intuiciones son sensaciones vagas que han de comunicarse con una tercera persona, si han de consolidarse y obtener ese apoyo que brinda el razonamiento.

Y no sólo necesita la mujer expansionarse con personas vivas, sino con personas que le sean simpáticas y a las cuales también se lo sea ella. El aislamiento resulta peor para la mujer que la soledad, pues en esta última le queda el recurso de revestir con sus sentimientos a las plantas y animales que la rodean, amarlos y creerse amada de ellos, mientras que en el aislamiento no tiene ni ese paliativo.

* * *

Sintiendo como siente tan intensa necesidad de otros seres vivos, con quien comunicarse para gozar, para intuir y completarse, anda buscándolos siempre la mujer. La expansividad la ha conducido a la *sociabilidad*. La mujer es el alma de las amistades, cultívalas y dilata su número, goza con ellas y hace gozar a los demás. Fijaos en la calle, en el tranvía, en la casa; la mujer habla con todo el mundo, traba amistad con quien primero topa a mano, se interesa por desconocidos, con tal de tener alguien con quien dar expansión a su alma desbordante y recibir, en cambio, sus confidencias.

Fijaos en las escuelas. Terminadas las lecciones, pónense

los chicos a jugar, mientras las niñas se enredan de palique; el juego que más divierte a las chicas es el *hacer de señoras o de maestras*; esto es, referirse mutuamente lo que piensan, y expresar el juicio que les merecen los que las rodean. Los chicos no juegan jamás a los señores ni a los maestros; la competencia, la emulación es el placer más grande que la sociedad de sus compañeros de su misma edad les proporciona; los niños tienen compañeros de juegos y estudios, confidentes de conjuras y enredos, en tanto las niñas tienen amiguitas de corazón, confidentes de sus intuiciones.

¿Cuándo salen los hombres de su aislamiento? ¿Cuándo se reúnen? ¿Cuándo traban amistades? Cuando les es provechoso. Reúnense para hablar de sus asuntos, de sus estudios y concentrar nuevos negocios o nuevos estudios, pero no para interesarse por lo que piensen los demás o hacer que los otros se interesen por ellos.

No busca el hombre la compañía porque sea sociable, expansivo o necesite de los otros para reflexionar. sino que la busca para sacar de ella algún provecho. Abandonado a sí mismo, nunca la buscaría, acabando poco a poco por aislarse, según les sucede a los solterones.

En cambio, la mujer no busca la compañía por sacar de ella provecho, sino porque necesita de otros seres vivos con los cuales comunicar sus intuiciones, porque su espíritu resulta completamente inerte en la soledad.

VENTAJAS Y DESVENTAJAS

Esta intensa necesidad de expansión que siente la mujer es causa de continuos desacuerdos entre ella y el hombre. Siendo éste reflexivo, metódico, deductivo; pudiendo en la soledad aprender, estudiar y meditar consigo mismo sobre las observaciones ajenas y las propias; pudiendo razonar—lo que no es sino hablar consigo mismo—, ama la soledad, la busca, y no piensa en confiarle a la mujer sus emociones e ideas; siendo, como es, poco emotivo, no comprende el hombre la intensa necesidad de expansión que siente la mujer, no la anima para que se deshaogue con él ni cambia confidencias con ella. Y como no siente la más mínima curiosidad por saber lo que pasa en el interior del prójimo, moléstale la intrusión

de la mujer en su ánimo, tratando de eliminarla con modales bruscos que a veces afligen en demasía a la mujer.

La mujer, está siempre ansiosa por indagar lo que pasa en el ánimo ajeno, siente dolorosa sorpresa al ver cuán poco se interesa por lo que pasa en el suyo el hombre que tiene a su lado; la mujer que se siente morir si la persona con quien vive se niega a recibir sus expansiones, no puede imaginar que el hombre la condene a eso por pura incomprensión; de suerte que busca el motivo, atribuyendo esa conducta a aversión o indiferencia, en lo que suele equivocarse, aunque no por ello deja de sufrir en demasía. Y por si todavía fuera poco, la mujer que huye del razonamiento, de la lógica, que no habla nunca consigo misma, no comprende esa reserva del hombre, que no siente necesidad de comunicarse con ella y no acierta a encontrarle otra explicación como no sea la presencia de una tercera persona que la ha suplantado en su afecto, protestando muchas veces fuera de lugar.

* * *

Pero aunque conduzca a algunas desavenencias, la expansión femenina produce ventajas incalculables para la mujer y para la sociedad, y no podría pensar en sofocarla, sin sofocar con ella toda unión, todo progreso. Si no fuese expansiva la mujer, si no sintiese ese vivo anhelo de comunicarse con otros seres vivos, y cultivar su trato, si no lograrse con su expansión, como quien no quiere la cosa, atraer al hombre, imponerle sus confianzas y arrancarle las suyas, concluirían los hombres por vivir aislados, como viven la mayor parte de los animales en el estado de naturaleza—exceptuando un momento no más de su vida—, viniendo a perderse toda la experiencia de los individuos, y con ella, el mutuo provecho que los hombres puedan aportarse. Obsérvese que las únicas sociedades animales que se han desarrollado—las abejas, las hormigas—son sociedades femeninas; y que hasta en los criaderos artificiales, ya se trate de gallinas, vacas de leche u ovejas, son las hembras las que mejor se llevan unas con otras.

La expansión femenina resulta, por lo tanto sumamente provechosa para la sociedad, siéndoles también útil a la mujer y al hombre por separado, por ser uno de los elementos que atrae con más fuerza un sexo al otro, cimentando más segura y firmemente su fusión.

Por más que los miramientos sociales hayan obligado al hombre a pedir la mano de la novia, suele ser ella la que con su genio expansivo conquista al hombre y transforma los más vulgares matrimonios de conveniencia en matrimonios de fervoroso amor...

Esta necesidad de expansión de la mujer, es el más firme vínculo que une al hombre y a la mujer, haciendo que se incline mutuamente el uno hacia el otro. Pues la mujer, por efecto de ésa su necesidad de expansión con el ser que vive a su lado, aviénesa a aceptar condiciones bien humildes, con tal de lograr la satisfacción de ese su innato anhelo, resignándose a moderar su exagerado sentido de dominio, que sería un estorbo harto serio para la conyugal unión. De otra parte, al hombre halágale no poco esa necesidad de expansión que impulsa a la mujer a buscarlo y mostrarse tan complacida en su conversación, siendo quizá éste uno de los sentimientos que más poderosamente contribuyen a aficionarlo al sexo femenino.

Esa expansividad es asimismo útil al progreso intelectual y moral de la mujer, porque, atraído el hombre, aunque a regañadientes, a su círculo de influencia, dilata, sin percatarse de ello, el horizonte intelectual y moral de la mujer y lo completa. Es inútil negarlo; el horizonte intelectual de la mujer es mucho más restringido que el del hombre, y esto por la sencilla razón de que la mujer concentra toda su pasión en el campo moral. La mujer siente e intuye en vez de reflexionar, y así la emoción como la intuición tienen una esfera de acción más restringida que el razonamiento.

La mujer que visita una exposición, asiste a una conferencia o lee un libro, podrá encontrar el libro, la conferencia, sublime o execrable, sentirse arrebatada por la fuerza de la emoción al séptimo cielo o precipitada en los infiernos de puro descontenta; podrá pensar en tal idea, allí desarrollada, muestra semejanza con ésta o estotra; que el libro denota en el autor delicadeza, picardía o vulgaridad; que debe de ha-

ber sido desgraciado o feliz y estado en relaciones con Francia o Alemania; cosas que a veces resultan ciertas, pero que son hipótesis y no tienen nada que ver con el libro o la conferencia, con el espectáculo en sí y por sí y comunicadas con otro, no dan la sensación objetiva de esos objetos, de ese espectáculo, de ese libro. Este intuir y emocionarse continuo de la mujer, dilata poco su campo de ideas, ya limitado por el hecho de orientarse siempre su pasión con preferencia del lado de las personas y cosas que le son vecinas en el espacio y en el tiempo. Cuando sé que una cosa es hermosa o fea, dolorosa o agradable, no conozco la cosa, y cuando me sé al dedillo el rinconcito de vida que tengo a mi alcance, no conozco el mundo.

Sin esfuerzo, con su solo razonar, hace el hombre que la mujer pare mientes en todo un lado de la vida que generalmente descuida, con lo que dilata, pues, y consolida su campo intelectual. Razonando, obliga a la mujer a comprobar la existencia de una concepción moral diferente a la suya, enseñándole por lo tanto tolerancia.

La expansividad resulta, pues, provechosa a la mujer, al hombre y a la sociedad en todos sentidos, y aunque a causa de dolores, desilusiones y desavenencias, sería sacrilegio sofocarla en la mujer; lo que hay que hacer en vez de eso, es encauzarla. Y eso es lo que ha hecho el catolicismo en la confesión. El sacerdote es no sólo el depositario de los pecados, sino también de los pensamientos de la mujer, su consejero. Ahora que del antiguo tronco han brotado tantas religiones nuevas que lo rechazan, hácese necesario sustituirlo. A esta laguna se debe la gran boga de las pitonisas.

VIVIFICACION DE LAS COSAS INANIMADAS

Esta necesidad de expansión de la mujer ha concluído por conducirla a un extraño ilusionismo—provechosísimo también para la sociedad—, a la posibilidad de vivificar las cosas inanimadas, posibilidad inapreciable para el cumplimiento de su cometido maternal.

Al nacer el niño, no es un ser pasible de afectos, como lo será unos meses después. Es una cosa que no siente, ve, ni sufre, que no goza, ama, ni odia. Para cifrar en él pasión y

quererlo hasta el delirio, como lo hace la madre, y creerse que él la quiere y estar pronta a sacrificarse por esa cosa inerte, es preciso ser capaz de atribuirle ya a ese ser todo el alma que luego tendrá, es decir, de vivificarlo.

Pero esta posibilidad de vivificar al recién nacido, no puede limitarse en la mujer al niño, sino que aquélla extiéndelo natural e instintivamente a cuantas cosas tiene a su alrededor, atribuyéndoles a todas sus sentimientos, queriéndolas a todas y creyéndose pagada por ellas en la misma moneda.

Cuando la mujer, hablando de la *mesa* a la que acostumbra a sentarse, del *balcón* a que se suele asomar, del *dedal*, de las *tijeras* que usa en su labor, dice que son sus *amigos*, que no puede vivir sin ellos, no profiere una frase, sino que expresa una realidad.

Luego que la mujer lleva algún tiempo en una casa, frecuenta un parque o usa un instrumento, transforma realmente la casa, los árboles, los muebles y los utensilios que la rodean en otros tantos seres vivos, con los cuales se comunica, amándolos como a personas de carne y hueso. La poetisa inglesa Isabel Browning había hecho un *Héctor* de flores en una alameda de su jardín y sentía apasionado cariño por aquella tosca imagen, echábase a temblar cuando el viento o la lluvia la zarandeaban y creía firmemente que el día menos pensado iría a visitarla el alma de su héroe. Isabel Browning, Jorge Sand, Julieta Lambert, Lauth Thomson, hablan con los árboles de sus florestas y en sus cartas y memorias expresan su incredulidad respecto a que esos árboles sean insensibles a indiferentes a su cariño.

Durante el terremoto de Messina viéronse niñas vagando por entre las ruinas y desafiando el frío y la muerte por el ansia de buscar su muñeca, ni más ni menos que madres que buscasen a sus hijos. Lucía Félix Faure Guyau, de edad de diez años, pídele a Dios que le infunda un alma a su muñeca para que siquiera por un instante pueda saber cuánto la quiere. Para la niña no es la muñeca un juguete, sino una criatura de carne y hueso: la hija. La niña comunicase en voz alta con su muñeca y cree firmemente que ésta se interesa por ella, y se entristece cuando la ve enferma y se aflige cuando ve que la riñen y la consuela cuando la ve apenada.

Más adelante, cuando la niña, convertida en mujer, dejó ya la muñeca, cuando no se atreve a confiarles en alta voz sus sentimientos a los seres inanimados, comunicase con ellos mediante el pensamiento. Los animales, las plantas, los muebles que la rodean, vienen a ser para ella otros tantos seres vivos y humanos.

Toda mujer recordará la pena absurda que sintió el día que tuvo que abandonar, no digo ya la casa, sino un animalito, una planta, en que había puesto su cariño. Toda mujer puebla su casa de *recuerdos*—de objetos nimios, descabalados—que ella tiene en gran estima por haberles vivificado.

Señalan los médicos como causa harto frecuente de locura femenil, el dolor de haber tenido que desprenderse de los muebles y de la casa, tanto, que Lombroso proponía que en el Código le correspondiesen los muebles de derecho a la mujer.

Este fanatismo atribúyese unas veces a sensiblería y otras a un especial sentido de la propiedad. Lo que no es cierto, ya que la mujer tómales igualmente apego a cosas que no son suyas: a los bancos del colegio, al cuartito de la pensión, incluso a los muebles de sus amos.

La mujer tiéneles cariño a los muebles de su cuarto, a las flores y plantas de su jardín, no porque sean de su propiedad ni con la mira de poblar su fantasía, sino porque ella los ha animado, y son seres vivos, depositarios de sus pensamientos, confidentes de sus alegrías y de sus pesares, lo mismo que su muñeca, cuando era una niña.

Este idealismo es causa de graves desacuerdos entre ella y el hombre. Este, que no lo siente—antes al contrario, suele hacer befa y mofa de él—, destróvalo brutalmente muchas veces, sin percatarse del dolor que con ello causa. Pero, ¿es esa una razón para eliminar ese idealismo del corazón de la mujer?

¿Ha de darse por perdido para la sociedad este ingenuo amor? No; esta absurda vivificación sostiene a la mujer toda su vida, infundiéndole hasta cuando está sola, la ilusión de hallarse rodeada de confidentes seguros y devotos, por lo que constituye una gran ventaja social, ya que es la base de ese cuidado con que la mujer mira indistintamente por cuantos objetos tiene a su alrededor.

Cuando se le toma cariño a una cosa, aunque sea un pingo, una silla, una máquina de coser, se hace todo lo posible por conservarlo, por lucirlo, utilizarlo y no dejar que se estropee. La habilidad, la paciencia, la constancia con que la mujer conserva y hace valer cuanto la rodea, habilidad tan preciosa para la sociedad, tiene precisamente su raíz en este ingenuo amor, en esta maternal vivificación que le permite prestar sus sentimientos y transformar en seres vivos cuantas cosas inanimadas viven en torno a ella.

Así como el rayo del sol se condensa en el carbón que templó los fríos invernales, así también este ingenuo amor que parece desperdigado al viento, transfórmase en todas esas artes, prácticas y económicas, en que es maestra la mujer.

GRATITUD—REGALOS

Otro sentimiento relacionado con esta vivificación de las cosas inanimadas es la vivacidad de la gratitud femenina, la profundidad del placer que siente ante la ajena gratitud.

Cuando una mujer necesita alguna cosa, un objeto, un consejo, ayuda material o moral, no titubea en pedirlo—como un favor—, de igual modo que no vacila en concederlo—como un favor también—, no bien se entera de que alguien lo necesita. La gratitud eterna es la generosa retribución con que se cree obligada a pagar hasta los más pequeños beneficios recibidos, y gratitud, aunque mínima, es el premio que espera ella también por sus sacrificios realizados.

También este sentimiento es necesario a su principal función: la maternidad. El niño sólo puede dar *gratitud*, y únicamente *por favor* puede pedir las cosas. Si la mujer no tuviese ese instinto, no podría ser madre. Lo que no le sucede al hombre.

Al hombre le resulta tan desagradable hacer un favor como humillante el pedirlo. No gusta de hacer sacrificios por nadie ni mostrar gratitud porque otros lo hayan hecho por él. Cuando a ello se ve obligado, no gusta de cristalizar su agradecimiento en un objeto que se lo esté continuamente recordando; no gusta de hacer ni de recibir regalos. Para simplificar este cambio de favores, que a pesar de todo a él también le es necesario, ha inventado el hombre, a más de la re-

tribución fija, sociedades, compañías en las que cualquier favor que hace le vale otro equivalente y de otro la *propina*; es decir, un dinero con que se pagan los favores que no se quieren o no se pueden pagar en otra forma. La *propina*, este modo tácito de retribución, por el cual se mide en liras o céntimos el valor del beneficio recibido o que se quiere dispensar, es una grosera parodia de la gratitud femenina, que se diferencia tanto de ella en la forma y la intención cuanto la amistad afectuosa de las puras relaciones de compañerismo. Quien toma la propina, sabe en liras y céntimos en cuanto calculan el servicio que ha prestado y puede guiarse por ese dato para saber hasta qué punto le conviene o no prestar otro semejante, de igual modo que en las sociedades o relaciones de compañerismo—no hablo de aquellas que se conciertan sobre la base de la puñalada limpia, sino de aquellas otras cuyas finas redes envuelven hoy todas las clases y profesiones—, quien recibe un favor, sabe casi siempre con qué otro favor está obligado a volver las tornas.

Tanto dar como recibir, estas dos formas de gratitud repugnan por modo igual a la mujer.

Para la mujer es no sólo un motivo de alegría el hacer un favor, sino también el recibirlo. La gratitud no es para ella una humillación, sino una vanagloria, y por ello insiste tanto en sus expresiones de reconocimiento, porque le resulta gratísimo; y como la gratitud es para ella un placer, procura objetivarla en alguna cosa que perdure y que a un tiempo mismo pueda expresar su sentimiento, en un objeto, esto, es, en un regalo.

Un regalo no es para la mujer un simple objeto que no ha tenido que comprar, sino un objeto que contiene en sí cierta suma de sentimientos, que expresa y simboliza cierta suma de emociones, o que ella se hace la ilusión de que perpetúa todo eso. Y por el hecho de que un objeto pueda cristalizar para ella tantos sentimientos diversos, es por lo que el regalo le resulta tan grato. La mujer no puede amar al individuo incapaz de hacer un regalo, porque a su juicio, tal individuo es incapaz de agradecer o no quiere reconocer los sacrificios que por él se hacen.

Por esta misma razón no quiere tampoco la mujer regalos en metálico, sino en objetos, porque no quiere que la

paguen materialmente, sino que sólo desea algo que represente un pensamiento, que sintetice el amor, la gratitud del individuo que la regala. En todos los países, los usos locales, las tradiciones han ratificado en cierto modo este sentimiento, y en todos los países del mundo se la conquista a la mujer por medio de presentes. Los regalos son de ritual entre los novios. El collar, el traje, la joya que el novio le regala tienen a sus ojos tanto valor, porque son las pruebas, aunque ilusorias, del interés que le inspiran su belleza, su figura, y porque ella puede vivificar, amar y enseñar esos objetos, concentrar en ellos todo el cariño que por el donante siente y ver en ellos mil misteriosas pruebas de atención y de amor, aunque ilusorias, lo que no puede hacer con el dinero.

Esta afición a los regalos que siente la mujer es de otra parte, de interés general, pues es un medio inocente de obligar al hombre a pensar en la mujer de modo menos grosero: un medio de extirpar en cierta forma el egoísmo masculino, obligándole a pensar en las necesidades y deseos de la mujer amada, a fin de cristalizarlos en un objeto; una manera de darle a entender que hay algo más en el mundo que el vulgar interés.

INDUMENTARIA

Relacionada con esta posibilidad que tiene la mujer de cristalizar en un objeto inanimado una suma de sentimientos, está la enorme importancia que la mujer concede al vestir.

Es opinión general que la mujer considera el traje como un mero truco para embellecerse. Mas no es así, que el traje representa para ella algo mucho más grave y complejo. La mujer considera la ropa como parte integrante de su cuerpo, de su personalidad, sentimiento que la tradición ha ratificado y consagrado la religión. Toda función religiosa o civil cada día de su existencia distínguese en el mundo femenino por un traje especial. La tentación del vestido es la última función solemne a que se somete la virgen que desea ser contada entre las esposas del Señor. El recuerdo del traje, que también ella hubiera podido ponerse, fué la tentación más fuerte que tuvo que vencer Santa Catalina en su celda, antes

de formular los solemnes votos, aquel traje bordado en oro y con estrellitas que sus hermanas lucían y que sobrinillos, deslumbrados, miraban con ojos de asombro y maravilla.

El traje, los adornos, las alhajas, son para la mujer el *blasón* con que da a entender a la gente que no la conoce su clase social, su riqueza, o la clase social en que quiere que se la incluya; la prueba con que demuestra el *grado de cariño* que le tienen el marido, sus padres, etc.; la *bandera* con que significa la clase de mujeres a que entiende pertenecer, si a la de aquellas que anhelan llamar la atención o a aquellas otras que aspiran a que se las ame y considere, si a las antiguas o a las modernas, etc.

Los trajes son la *creación* que le ha permitido exponer al público, para moverlo a admiración, sus facultades de inteligencia, gusto, estética y maña.

Una alhaja, un bello traje, representan para la mujer lo que para el hombre la Cruz de Caballero, la Academia o el Senado; es el diploma de reconocimiento de su valer y del de su familia y de la estima en que sus deudos la tienen. Efectivamente, la mujer no luce sus trajes con el marido, sus deudos y las personas que conoce, porque con ellos deja de ser ya el vestido una bandera, un blasón, una medalla. Hace ostentación de elegancia únicamente cuando sale a la calle, cuando ha de exponerse a las miradas de la gente que no la conoce y, sobre todo, cuando ha de exhibirse entre un público cuya atención desea llamar, como en una fiesta o un baile. . .

Obsérvase, además, que la mujer burguesa hace ostentación de todo lujo en la calle o en el teatro, donde precisamente se congrega el público que la mira y la juzga y cuyo fallo tiene a sus ojos gran importancia; mientras que la señorona que desprecia a ese público, sale a la calle muy modestamente vestida y reserva sus trajes elegantes para los salones, para las cenas y los tes, donde se reúne ese otro público a cuyo juicio favorable aspira.

Nótese también que la mujer prefiere ponerse un traje, por feo que sea y por mal que le esté, siempre que corresponda a su categoría social, antes que otro más lucido, pero que sea propio de una jerarquía inferior. La indumentaria se convierte en estable, con la estabilidad de la jerarquía; se detiene, queda consagrada para siempre en las órdenes religiosas,

caritativas, científicas y hasta laicas, cuando la posición de la mujer es estable, cuando ésta tiene otro modo de exhibir su bandera, su blasón, su medalla, otros modos de provocar a admiración y amor.

Por el contrario, cambia vertiginosamente la moda, a despecho de los mayores trastornos exteriores—cual sucedió durante la revolución francesa—, a pesar de los obstáculos que opongan la pobreza o los gobiernos, cuando la mujer se encuentra en una posición insegura y puede aspirar a cambiar fácilmente de blasón o bandera.

Obsérvase, finalmente, que varía la edad en que la mujer cambia de traje, con el variar de los mismos tiempos y lugares, es decir, con la posibilidad que se le ofrece de cambiar de bandera.

En la generación que nos ha precedido, el lujo y la moda estaban reservados para las casadas jóvenes; en cambio, en Suramérica son patrimonio ahora de las solteras y en Norteamérica extiéndense a todas las edades y jerarquías sociales. También se han prolongado y difundido en Europa, por efecto de haber aumentado la importancia social de la mujer y verse ésta, por lo tanto, en la necesidad de estar cambiando continuamente de bandera, de blasón, de distintivo.

Que la preocupación del vestir representa todas estas cosas tan complejas, lo declara el hecho de que en la mayor parte de los casos deja la mujer de cuidarse del traje y el adorno, en cuanto no se lo exigen las personas que la rodean. ¡Cuántas chicas, coquetonas y elegantes, que no parecían pensar en otra cosa que en sus trajes, danles de lado inmediatamente que tienen un marido, una casa, unos hijos, que les ofrecen otro medio de granjearse su cariño, sin conceder importancia al aliño en el vestir!

Y, en cambio, ¡cuántas mujeres, que jamás se habían preocupado de trajes ni alhajas, empiezan a preocuparse de ellos cuando aman a alguno que les da importancia a esas cosas!

Ahora bien; ¿es una ventaja o una desventaja en la mujer el cuidarse tanto de su indumentaria? ¿Es justo que exprese por medio de ese símbolo su clase social, sus facultades, su inteligencia? Yo pienso que sí. Ninguna otra expresión le resulta tan grata como ésa y pocas además le son tan posi-

tivamente útiles. En las oficinas, en las escuelas, en los palacios o en los tugurios, tratan mejor a la mujer cuanto mejor vestida se presente, siendo ese el medio más eficaz para que pueda inspirar confianza, benevolencia y admiración a los extraños. Para un ser sociable, como la mujer, que tiene en tanto el juicio ajeno, la cuestión no puede ser indiferente. Además, el hombre tiene a gala el que las mujeres de su familia vayan bien vestidas y gusta mucho de que en sus trajes den a entender que pertenecen a una clase social, superior a la verdadera, porque en muchos casos, sus trajes vienen a ser su blasón y su medalla.

De suerte, pues, que el instinto a cuidar de su persona e indumentaria redunde en provecho de la mujer y no veo la razón por qué se le haya de combatir con tanto encono; tanto más cuanto que los despilfarros sociales que parece determinar no se derivan de ese instinto, sino de la vanidad, el amor propio y el afán por llevarse en todo la palma. De suerte que aquéllos se producirán igualmente por otros caminos, si la mujer no hallase modo de desfogarlos con el vestir, así como después de todo, hacen los hombres, capaces de dilapidar en pocos años enormes capitales, sin dar en la flor de vestir bien.

PERSONALIDAD.—HECHIZO

Otra consecuencia de la especial intuición y emotividad de la mujer es su personalidad, el modo particular que cada mujer tiene de considerar las cosas y de gozar o sufrir por su culpa. Aun cuando se crea lo contrario, por el hecho de ser poco varias las ocupaciones de la mujer, las diferencias individuales de gustos, tendencias, sensibilidad y temperamento, resaltan mucho más entre las mujeres que entre los hombres. Y es que no son los actos los que determinan las diferencias entre los mortales, sino las razones que impulsan a realizar esos actos, las emociones que los acompañan y siguen; y estas emociones y razones son menos varias en el hombre que en la mujer.

Con efecto, los hombres muévense al acto a impulsos del razonamiento y el interés, que son como líneas rectas que unen dos puntos fijos e iguales casi para todos, mientras que las mujeres obran impelidas de la intuición que varía de individuo a individuo: de la pasión, de las emociones placenteras o desagradables que difieren también según los individuos y vienen a ser, por lo tanto, cual líneas curvas que unen dos puntos.

Esa diversidad de emociones e intuiciones aumenta todavía por el hecho de que, para lograr la finalidad de su vida—el afecto de los demás—, tiende definitivamente la mujer desde la cuna a perfeccionar su personalidad física y moral, haciendo por apropiarse esas dotes que son un ideal a sus ojos. Y cuando los ideales que se quiere alcanzar son diferentes, la perfección significa *diferenciación*. De suerte que buscando cada mujer el acercarse a un ideal propio, y siendo diferente este ideal, forzosamente han de resultar las mujeres diferentes entre sí.

Todo el mundo ve y repite con ironía los casos de sacrificios materiales y morales a que voluntariamente se somete la mujer para conservarse hermosa o embellecerse, para vestir con arreglo al ideal por ella adoptado. Pero no ve los sacrificios análogos, todavía más terribles, que la mujer se impone para acercarse al ideal de caridad, de economía, actividad, generosidad, dignidad, altivez y bondad que se propuso.

Poseyendo esta personalidad tan característica y que tantos sacrificios le costó, siente la mujer con mucha más intensidad que el hombre, el anhelo de que esa su personalidad sea comprendida y apreciada por los que forman el reducido círculo de alterocentrismo; anhelo tanto más intenso cuanto más superior es la mujer, es decir, cuanto más compleja y diversa es su figura moral y mayores los sacrificios que su ideal le costó. El hecho de que los demás no comprendan los motivos que determinaron su conducta ni se percaten del ideal de nobleza, generosidad y lealtad a que logró acercarse, dejan de apreciar sus cualidades características, constituye para la mujer un motivo de verdadero y sincero dolor. Mientras que el hombre se muestra indiferente y a veces hasta ufano de ello, nada repugna tanto a la mujer como eso de

pensar que hayan podido casarse con ella por su riqueza o posición social, o de que la aprecien porque se dé maña para la costura y es económica, o porque sabe de modista o tiene dotes literarias; en una palabra. porque sabe ganar dinero. Quiere la mujer ser amada, no por las ventajas que pueda ofrecer, ni por aquello que cualquiera otra mujer podría hacer como ella, sino por lo que ella tiene de peculiar y propio, por sus cualidades y defectos personales, por su modo de ver, pensar y obrar, por su modo de amar, por su manera de ser, por su personalidad y el hechizo que de ella se desprende.

Late en este sentimiento algo de esa aspiración común a todos los seres humanos, a dejar de suyo percedero alguna huella en el mundo inmortal. Obligadas las mujeres, todas ellas, a ejercer las mismas ocupaciones, no pueden trabajar otro campo que ellas mismas, ni dejar de sí otra huella visible que sus hijos y ellas mismas, de suerte que su vida entera la emplean en laborar por su perfección; su individualidad es su obra y no hay que extrañar que la tengan en tanta estima.

A la mujer no la arredran la muerte, el dolor ni el sacrificio; lo que sí la aterra es morir sin ser comprendida de aquellos a quienes ama y por los cuales sacrificó su vida. *Berta in the lane*, de Isabel Browning, la huérfana, que después de haber criado a su hermanita, le cede lo que de máspreciado tiene en este mundo—su novio—; sólo desea una cosa antes de morir, que su ex novio sepa que ella le ama todavía, con toda la pasión de que es capaz y que el amor fué quien le inspiró el sacrificio supremo.

Una sola cosa pídele la Kovalewski a la Loeffler, confidente de sus pensamientos; que después que haya muerto, escriba ella su historia, pero su historia verídica, a fin de que todos puedan comprenderla.

Y es que para una mujer morir sin haber sido comprendida, equivale a no recibir compensación alguna por los infinitos sufrimientos que la vida costole; es tanto como no haber vivido.

VENTAJAS Y DESVENTAJAS

También esta descollante personalidad de la mujer, esta su ansia de ser comprendida, suelen ser causa de graves desacuerdos entre ella y el hombre. La mujer que se pasa la vida trabajando por el perfeccionamiento de esa personalidad suya y por acercarse al ideal que se forjó, no puede perdonarle al hombre el que no aprecie este esfuerzo ni estime sus sacrificios, midiendo por el mismo rasero a la leal y a la hipócrita, a la sufrida y a la quisquillosa, a la continente y a la depravada.

El hombre que se pasa la vida absorto en sus propias obras, y no piensa en perfeccionarse a sí mismo, ni en realizar más sacrificios que los que le imponen la Ley o la Nación, no es capaz de comprender esta compleja personalidad de la mujer, como ella misma no se la explique con toda evidencia. ¿Por qué—dice el hombre—si las mujeres tienen tanto empeño en que las comprendamos, no se explican con toda claridad? Y tiene razón el hombre; sólo que la cuestión no es tan sencilla como él cree; porque explicarse con claridad, resúltale a una mujer delicada y sensible tan difícil como a un hombre hablar una lengua extranjera; porque la mujer delicada, hecha a intuición por medio de emociones, siente, pero sin saber lo que siente; porque cuando logra penetrar en su interior y comprender lo que siente, se ve tan distinta de cuantos la rodean, que se avergüenza de sí misma, de sus sentimientos y sentimentalismos; porque el instinto femeníl que la impele a recatarse, a esconderse, es más poderoso todavía que la expansividad que la induce a hablar y declararse; porque sacar a plaza sus sentimientos por interés personal, parecele innoble, algo así como una violación, un pecado contra natura; porque, siendo capaz de ver en el interior de los demás, sin palabras, no comprende la mujer la escasa intuición del hombre que necesita de encerrar en palabras sus sentimientos; porque, sintiendo empacho cuando hablan claro los demás—de igual modo que los hombres cuando se les grita o se les repite a cada paso la misma matraca—, hace punto de honor el abstenerse de ello; porque quien mucho siente, es parco en expresiones; y porque,

finalmente, el hablar de nuestros sentimientos y dolores, equivale a resucitarlos.

De otra suerte, esta repugnancia a explicarse con claridad, hállese harto relacionada también con la personalidad femenina, con la delicadeza y el pudor y con cuanto forma la más hermosa urdimbre de la feminidad para que parezca lícito aconsejarle a la mujer que haga por triunfar de ella.

Porque si esa personalidad de la mujer, su imposibilidad de explicarse, el modo especial que tiene de considerar la vida, constituye una continua ocasión de desarmonías entre ella y el hombre, forman al mismo tiempo, juntamente con la belleza, y quizá en mayor grado que esta última, la principal atracción que la mujer ejerce sobre el hombre, su *hechizo*.

El hombre no comprende los motivos que inducen a la mujer a obrar y tilda de caprichosa su reserva; pero siéntese vivamente atraído hacia esa naturaleza misteriosa, precisamente por no comprenderla.

No siendo el hombre intuitivo ni emotivo, viendo a los objetos y personas según son, cual una máquina fotográfica, sin emociones ni interpretaciones, está fácilmente condenado a sufrir las emociones e interpretaciones de la mujer, que son tan vivas, rápidas y rotundas. Cuando me tropiezo con un hombre antipático o simpático, me resulta tanto más fácil convencer a los demás de que es así, cuanto menos emoción hayan sentido, al verlo. Si digo que ese hombre está triste o enamorado o enfermo, me es tanto más fácil hacérselo creer a los demás, cuanto menos se hayan fijado en el color de sus ojos y cabellos, en su estatura, etc.

Esta es la razón por qué en el matrimonio, aunque la mujer abandone oficialmente su apellido y su familia, concluye por atraer a su órbita al marido, comunicándoles sus afectos y sus ambiciones, su modo de vivir y de pensar, en mucho mayor grado que él a ella. Esta es la razón por qué la mujer, no obstante la inferioridad aparente de su situación, logró siempre hacer prevalecer en el mundo civilizado sus simpatías y sus juicios.

* * *

Pero toda cosa buena encierra en sí el germen de la mala que de ella se deriva. Y esta atracción, justificada por el recíproco interés que hombre y mujer tienen por integrarse, es germen de varios de los más graves defectos de la mujer, y lo que es peor todavía, de la preponderancia en este mundo de la mujer inferior sobre la superior y por ende del poco prestigio de que la mujer en general disfruta.

Dije más arriba que la personalidad de la mujer atrae al hombre, precisamente por ser tal personalidad distinta de la suya.

Pero los hombres son poco intuitivos y gustan, sobre todo, así en lo moral como en lo material, de las personalidades descollantes, de contrastes y colores varios, violentos, que no existen en la realidad. Y de éste, su gusto, aprovechanse en amplia medida las hembras peores, exagerando artificiosamente sus singularidades delante de los hombres.

Cuanto más vulgar y poco emotiva es la mujer, tanto más se esfuerza por fingirse muy singular y sensible delante de los hombres y tanto más recalca sus sentimientos, tendencias y movimientos, con la mira de hacer creer que es enormemente original.

Estas exageraciones, que son *afectaciones* y desagradan en general a las mujeres y a las personas más delicadas, capaces de distinguir el artificio de lo natural, son, por el contrario, muy del gusto de la mayoría de los hombres, que siendo poco intuitivos, han menester de singularidades de mucho bulto para verlas claro y de manifestaciones exageradas de sentimiento, para convencerse de que éste existe, prefieren diferencias de juicio superficiales antes que profundas y rehuyen el esfuerzo de comprender a las personas complicadas, es decir, diferentes de las otras, en realidad y no en apariencia. Así que con harta habilidad ceden al hechizo de las peores mujeres, de las más vulgares, que se aprovechan de su encanto para hacerles cometer a los hombres las mayores necesidades, al solo fin de satisfacer sus artificiosos caprichos.

* * *

Esta es una de las razones por las cuales el influjo de la mujer inteligente déjase sentir en este mundo harto menos que el de la mujer vulgar y ordinaria, y una de las razones porqué la mujer delicada, sensible, abnegada y modesta que sabe dónde tiene la cabeza, la mujer fuerte del Eclesiastés, la perla preciosa que Dios promete en recompensa a los hombres virtuosos, resulte tan difícil de hallar, mientras el hombre encuentra a cada paso hembras malas. Las mujeres fuertes del Eclesiastés resultan tan difíciles de hallar porque los hombres no las ven, o mejor dicho, porque para ellos no tienen hechizo alguno, teniéndolo, en cambio, y muy grande, esa hembra que hace alarde de su singularidad y sus emociones y sabe recargar así sus tonos morales como los materiales, a pesar de tener los defectos antipáticos y burdos que los hombres echan en cara a las mujeres, es decir, que son exigentes, despóticas, enredadoras vanidosas, cascarrabias, puntillosas, embusteras, etc.

Grave mal es éste. Las mujeres son mejores y menos afectadas y más serviciales y más sinceras y menos puntillosas, cuando están entre sí que cuando se hallan en presencia de hombres. Lo que prueba que el mal gusto de los hombres es causa directa de un empeoramiento artificial de la mujer.

Pero otra razón que depende de su personalidad estorba también al influjo de las mujeres mejores y es precisamente el ser éstas mejores; es decir, tener una moral más elevada, más refinada que la vulgar y exigir por lo tanto del hombre un esfuerzo mayor para elevarse a su nivel, inspirando también, aun sin exigirlo, una cierta reserva, un dominio de sí mismo de que no gusta el hombre, y que las hembras inferiores, las que no saben recargar sus tonos materiales y morales, no le exigen. No inspirándole horror con sus vicios, sino llamando a éstos virtudes, es como *la mujer que se sienta a la puerta* seduce al hombre en la Biblia.

De aquí resulta que por esta razón también prefieren no a las mujeres mejores—que pueden serles realmente útiles y completar su figura moral e intelectual, pero que les obli-

gan a esfuerzos y perfeccionamientos que repugnan—, sino a las hembras peores, de personalidad más artificiosa, que reúnen menos perfecciones, pero que también las exigen en menor número.

Esto es muy humano, responde a la ley del mínimo esfuerzo que rige todo el mundo animado y también el inanimado. Los pájaros y las flores han adoptado ellos también los deslumbrantes colores y los cantos lisonjeros para atraer la atención de los insectos y de sus compañeras, echando mano de ese recurso y no de la perfección de formas; lo que sí cabe hacer es inducirlo a dudar de sus preferencias, educarlo para que no confunda las mujeres que prefiere y parece que son las peores, a las mujeres mejores que no ve, pero que existen y son moralmente superiores al promedio de los hombres.

Muchas veces en la vida no es el *desprecio* sino una reacción contra la fascinación que no se quisiera padecer y se padece, o contra el ideal que se debería y no se quiere seguir.

Pero si el hombre tiene ese mal instinto que lo impulsa hacia las mujeres peores, esto no quiere decir que no se pueda ni deba reaccionar contra él. El hombre no es intuitivo; si no se les enseñan las cosas, no aciertan de por sí a comprender nada, pero tienen bastante desarrollada la facultad de aprender y son muy sugestionables—sobre todo mediante la mujer—. Somos, pues, nosotras las que debemos enseñarle a conocer las mujeres mejores, por medio directo, explicándoles nuestro mecanismo interno e indirectamente por medio de nuestros escritos y de aquellos otros que inspiremos y aprobemos.

Nosotras no podemos explicarnos claramente cuándo la emoción nos sofoca, cuándo sufrimos—no podemos expresarnos claramente con aquel que amamos—, pero sí podemos explicarnos luego que el sufrimiento pasó, con individuos extraños a nuestros dolores.

Podemos influir muy bien en la opinión todavía indecisa de los jóvenes que se hallen a nuestro alcance con la aprobación o la censura, con los comentarios que hagamos de las mujeres que nos rodean y de las heroínas de las novelas en boga; y podemos provocar y sostener una literatura sana que presente a la mujer normal en sus varios aspectos.

El jovencito que aun no conoce la vida directamente, empieza a conocerla por los libros que lee y las palabras que oye. Si halla delante de sí buenos modelos, los buscará y encontrará toda su vida; a él es a quien principalmente hemos de iluminar si queremos que las generaciones que nos siguen se ahorren sufrimientos y penas.

Pero para hacerse entender hay que empezar por entenderse una, y es algo así como salirse del buen camino y echar de él también al hombre eso de proclamarse sus iguales. Este error tiene la culpa de nuestros sufrimientos y no debemos contribuir a agravarlo.

* * *

No es además la causa de nuestros sufrimientos el ser distintas del hombre, sino el que éste no comprenda esa diferencia. Por lo que debemos procurar no suprimir a esta última, sino ilustrar al hombre acerca de ella. Ciertamente que esa diferencia nos hace sufrir y torna más dolorosa nuestra unión. Pero precisamente porque somos diferentes, es por lo que nuestra unión resulta más preciada. Porque limitándonos y completándonos, recíprocamente, podemos llegar a una armonía necesaria para nuestra perfección y para el progreso de la sociedad toda.

Esta armonía es la que debemos tener siempre a la vista, que en ella, sin buscarla, encontraremos nuestra felicidad, quizá más fácilmente que no en las reivindicaciones, perjudiciales para los demás y acaso para nosotras, inútiles.

SEGUNDA PARTE

ACTIVIDAD Y SUS CONSECUENCIAS

He hablado ya de la enorme importancia que para el alma femenina tiene la pasionalidad y la intuición. Pero no hemos de desatender el tercer puntal de su altruismo: la *actividad*.

¿Qué es la actividad? Pues el impulso que nos mueve a obrar, a traducir en realidades materiales nuestro pensamiento, concretándolo en algo visible. Es la necesidad de hacer, de crear, de obrar, con independencia del estímulo del lucro, del interés, de las necesidades positivas, que pueden inducir a obrar aún a aquellos que no tienen ninguna actividad latente.

Créese que la actividad es una cualidad del género neutro, que pertenece en igual grado, por lo menos, a hombres y mujeres. Trátase de una ilusión, debida a que los frutos del trabajo masculino suelen ser de mayor apariencia que los de la labor femenina, y a tener el hombre una facultad de producción superior a la de la mujer, a lo que hay que añadir que se confunde fácilmente esta que yo llamo actividad, pero que acaso sería más propio denominar *factividad*, con el espíritu de iniciativa y con el ardor intelectual, en que, sin duda alguna, aventaja el hombre a la mujer.

Tiene el hombre una potencialidad de trabajo enorme, siendo capaz, sin estímulos especiales, de hacer en un momento lo que la mujer en una semana, posee mayor espíritu de iniciativa e imagina más fácilmente objetos dignos de actividad. Piensa más que la mujer y dirigiendo mejor su trabajo, puede con el mismo esfuerzo producir más que la mujer, siendo, además, muy interesado y pudiéndosele, por interés, inducirlo mejor que a la mujer a trabajar.

Pero en el fondo, la actividad, o mejor dicho, la actividad genérica hacia el trabajo es una cualidad esencialmente femenina. Compréndese esto cuando se piensa que así el *altruismo* como la *intuición* y la *pasión* convergen en la actividad; el *altruismo*, multiplicando los estímulos para la acción; la *intuición*, porque siendo por su naturaleza confusa e inconsciente no tiene otro medio de explicarse que la acción; y la *pasión*, porque elimina la duda, principal estorbo de la acción. Basta para comprender esto, pensar en la función maternal de la mujer, la cual, en el fondo, puede reducirse a una actividad incesante en provecho de criaturillas inertes, incapaces de proveer en modo alguno a su subsistencia.

No sería, con efecto, posible criar un niño, que no tiene nada que ofrecer a cambio de toda la actividad que requiere, ni gobernar bien y con prudente economía una casa, sino poseyese la mujer ese voraz instinto de obrar, de trabajar, que hace que encuentre placer, no tanto en la consecución del fin, no tanto en la escasa recompensa que habrá de obtener, como en el poder dar pábulo a su instinto.

Reparad, además, en toda esa serie de bebidas y drogas excitantes y narcóticas: tabaco, opio, haschich, morfina, éter, aguardiente, que el hombre ha inventado para amenizar su ocio y pasar el tiempo, haciéndose la ilusión de ese *otium* intelectual, al que sólo pueden aspirar sin excitantes los verdaderos pensadores, y que es el sueño dorado e inconsciente de tantos pobres diablos.

Fijaos en toda esa serie de juegos, juegos de azar y de ciencia, juegos de pensamiento, o puramente maquinales, naipes, dados, ajedrez, ruleta, que ha inventado el hombre para matar el tiempo, no ya en la infancia, sino en la edad adulta.

Observad qué ansia muestra el hombre por asistir a las carreras, a las luchas, a los bailes y los teatros, que les entretienen sin obligarlo a trabajar. Ved cómo se disputan los hombres esos empleos públicos y esas carreras y profesiones en que no hay nada que hacer.

La mujer, normalmente, no fuma, ni bebe, ni se intoxica. Desde hace unos siglos nada más, asiste a los juegos y diversiones públicas y en número bastante menor que los

hombres; no llena los cafés ni los cines, no mostrándose tampoco codiciosa de empleos y oficios en que no haya nada que hacer.

Estudad a los niños y observad cuántas dificultades, cuántos premios, cuántas excitaciones se necesitan para despertar su actividad, mientras que bastan una palabra, un elogio, un beso, la sola persuasión de que podrá ser útil o grata a alguien, para que una niña haga al punto lo que se le pide.

Mirad a los chicos cuando están de vacaciones; no hacen más que leer, jugar o dormir; en cambio, las niñas, si no están ayudando a la mamá en las faenas domésticas o en el aseo de los hermanos, las veréis muy atareadas con sus muñecas, cosiqueando y arreglando sus trapitos, trabajando en broma para su hija adoptiva, mientras llega el momento de trabajar en serio; la aguja, el ganchillo, la rueca, el telar, son al mismo tiempo las herramientas de su oficio y sus juegos predilectos.

Observad en la escuela cuánto celo, cuánta continua actividad despliega la niña, mientras que los chicos se limitan a dejarlo todo para el último mes y el último día de clase.

Mirad cómo las feministas de todos los países, incluso de aquellos en que parecían más locamente empeñadas en conquistar el voto, aquietáronse sin dar señales de vida durante la guerra. Dejaron de agitarse porque habían hallado modo de utilizar su actividad altruística. Siempre que la mujer puede hacerlo así, no pide nada más. Con frecuencia oíréis a las mujeres quejarse de lo mucho que tienen que hacer, pero nunca las veréis delegar con gusto en otra persona sus tareas; y es que el tener mucho que hacer es para ella un placer que le proporciona íntima satisfacción, la persuade de su benemerencia social, y la engaña haciéndole creer que el mundo necesita de ella; porque para la mujer la actividad no es un deber sino un deleite, porque se siente vivir cuando está haciendo algo con la ilusión de serle útil al prójimo, porque el obrar es una necesidad para ella, lo mismo que el saciar el hambre o la sed.

En cambio, el hombre que es deductivo y reflexivo, no tiene conciencia de sí mismo ni puede sacar provecho de sus virtudes deductivas y razonadoras, más que cuando reflexiona, medita o huelga.

DEFECTOS Y VIRTUDES

Esta exuberante actividad de la mujer, es, quizá, una de sus virtudes más beneficiosas para la humanidad.

La Biblia no se cansa de insistir—quizá con la mira de ilustrar a los hombres que propenden a desdeñar esa virtud—sobre los innumerables beneficios que dispensa una mujer industriosa, económica, activa, poniendo en guardia al hombre contra la mujer holgazana, que suele ser viciosa. *La mujer sabia edifica la casa; la mujer necia la derriba. El niño abandonado es vergüenza de la madre.*

Pero no hay bien alguno que no vaya acompañado de su poquito de mal. Y la actividad, lo mismo que la pasión y la intuición, engendra en la mujer varios defectos y muchos desacuerdos que suelen amargares la vida a ella y a quienes la rodean.

El primer defecto que la excesiva actividad de la mujer engendra, es la *precipitación* en el hacer, de que se deriva la confusión que con frecuencia se observa en su conducta, así como la complicación.

Dadles algo que hacer a niños de ambos sexos y veréis cómo los chicos, antes de poner manos a la obra, se están pensando un rato si es o no necesario que ellos se molesten, hasta que, convencidos ya de que sí lo es, indagan y encuentran fácilmente el medio más breve de dar cima a su tarea. A las chicas, en cambio, ni siquiera se les ocurre que podrían dispensarse la molestia, como tampoco se paran a pensar si habrá algún atajo para llegar más pronto al mismo fin, sino que en seguida ponen manos a la labor, emprendiendo el camino primero que se les presenta, aunque sea el más largo e incómodo, el que requiere mayores sacrificios. Cualquiera podrá ver las ventajas y desventajas de uno y otro sistema. Precisamente por resolverse a obrar con tanto esfuerzo y mala gana, y buscar en todos sus actos el propio interés, procurando cansarse y molestarse lo menos posible, acostúmbrase el hombre a pesar bien sus actos antes de realizarlos, escogiendo siempre el camino más llano. Es decir, que su misma indolencia llévale al hombre a atinar con el mejor camino, con el más expedito y eficaz y que menos sacrificios cuesta, lle-

gando casi siempre a obtener diez trabajando como cinco y a alcanzar la meta con el mínimo dispendio de energías.

En cambio, la mujer que procede impulsivamente sin pensar mucho el pro y el contra, adquiere el hábito contrario, el de elegir con frecuencia el camino más largo y tortuoso, que la obliga a trabajar como veinte para obtener como diez.

* * *

Otro defecto que la excesiva actividad engendra en la mujer, es el de *hacerles perder tiempo* a los demás. La circunstancia de hallar placer en la actividad comunica a la mujer el hábito de pedirle con inmensa facilidad al prójimo que le sacrifique su tiempo, haciendo algo por ella; exigiéndoles a los demás una actividad, innecesaria a veces y a veces también—y esto es lo más frecuente—importuna; mientras que la gran aversión que el hombre siente a cederle a nadie su tiempo, hace que sea muy reacio a atentar contra el del prójimo, no recurriendo a él sino en un caso de absoluta necesidad, con lo que resulta menos importuno que la mujer.

Otro defecto que la actividad excesiva suele engendrar en la mujer es su *celo excesivo*—*quien mucho abarca poco aprieta*—, dice el proverbio y es mucha verdad, hasta cuando se trata de celo, de actividad dirigida con arreglo a las mejores intenciones. Nos sucede muchas veces en la vida acariciar un deseo, reclamar una ayuda, y encontrarnos perplejos luego que conseguimos lo que anhelábamos, pensando que acaso nos habrá de producir más daño que beneficio.

La princesa Dashkoff, que sin duda alguna fué una de las mujeres más inteligentes de Rusia y a la cual se debe en gran parte la subida al trono de la gran Catalina, confesábase a Diderot que temía haberles perjudicado no poco a sus amigos por el excesivo celo con que defendiera sus intereses, y haber hecho abortar proyectos espléndidos, por el demasiado entusiasmo con que los tradujera en actos. Con frecuencia en la vida resulta más útil el no hacer que el hacer; las madres suelen ser inferiores como educadoras a los padres precisamente por su excesivo celo, que hace que, en vez de li-

mitarse a vigilar a sus hijos, dejándolos adquirir por sí solos la experiencia, pretendan infundirles la suya. En más de una ocasión resulta la mujer peligrosa a la cabecera de un enfermo por el celo excesivo con que se presta a satisfacer todos sus antojos.

Es la mujer, en el fondo, semejante a un timbre eléctrico, al que le falta el aislador, por lo que no sólo suena a conciencia cuando se le toca, sino que sigue sonando mucho después de haber dejado de oprimirlo, cuando ya se desea que calle.

Otro inconveniente que nace de la excesiva actividad de la mujer es su *litigiosidad*. No cabe duda que las mujeres están siempre riñendo; ora con el marido; ora con sus iguales o sus inferiores; continuamente, con todo el mundo, y cuando no riñen, rebotan de rabia en su interior. Mirados bajo este aspecto, son los hombres mucho más pacíficos que las mujeres; las familias en que predomina el elemento masculino se llevan más bien que aquellas otras en que el elemento femenino es el que prepondera.

Pero, ¿por qué los hombres no riñen ni porfían tanto? Porque, como ninguno de ellos tiene ganas de hacer nada, todos están siempre dispuestos a hacer la vista gorda sobre lo que va mal hecho, con tal de no turbar su tranquilidad y tener que substituir al que no sabe hacer bien las cosas. En cambio, a la mujer le sucede todo lo contrario. Como gusta de la acción y siempre está dispuesta a obrar, no puede sufrir lo que juzga mal hecho y no vacila en declararlo y sostenerlo, encolerizándose con aquel o aquellos que no lo hicieron como ella quería, y ya la tenéis riñendo.

Pero quizá el mal más grande de cuantos engendra la actividad excesiva sea la prodigalidad, el espíritu de enredo, la morbosidad a que induce a las mujeres de las clases superiores. Una persona activa no puede volverse holgazana, ni llegar como los indolentes a saborear esos goces que el ocio concede a los meditativos; cuando no tiene ocupaciones útiles y necesarias que absorban su atención, invéntase otras inútiles y perjudiciales o enfermas. La mujer que no crea, destruye; siendo, como es, apasionada, cuando no puede dispensarles su protección activa al marido y los hijos, la concentra en los otros; como no tenga que hacerse los trajes, se

los mandará hacer; si no tiene que andar con economías, se dedicará a derrochar, y será tanto más celosa en el destruir, derrochar y enredar, cuanto mayor sea su potencialidad de obrar y hacer. Tal sucede en las clases superiores, donde la mujer, que no sabe crearse ocupaciones intelectuales y gozar de ellas, vese inducida por insanos convenios sociales a entregarse a la holganza.

Dadle a la mujer que os parezca más enredosa y mundana una ocupación seria y la veréis al punto, con el consiguiente asombro, tornarse filantrópica, económica, abnegada y generosa. En todas las épocas hanse visto madres, hijas y hermanas que parecían atentas únicamente a derrochar y enredar, sacrificar de repente sus diversiones, para por completo dedicarse al padre, al hijo o al marido, que, aquejados de alguna dolencia, necesitaban de su ayuda y de su actividad.

Las mujeres más mundanas que acaso hayan existido, las damas de la aristocracia francesa en vísperas de la Revolución, transformáronse de pronto en industriosas granjeras, en operarias de primer orden cuando la Revolución las expulsó de Francia y las despojó de sus riquezas; y eso con una conformidad y una alegría que les conciliaron la admiración de sus maridos y de los pueblos que las acogieron.

* * *

Este hecho de que la actividad sea un goce para la mujer explica mil enigmas del proceder femenino. Explica el hecho de que la mujer, que representa aquel de los sexos que al parecer disfruta más con la riqueza, más fácilmente la derrocha, sea la que a ella renuncia con menos pesadumbre y la que más fácilmente soporta los súbitos desastres que a trabajar la obligan; explican el hecho aparentemente tan extraño de que en Norteamérica las herederas de los grandes caudales suelen huir de los salones y casas mejor provistas para actuar de maestras o empleadas de oficinas lejos de la casa paterna, costumbre que se va generalizando también en Europa, donde las señoritas de alta burguesía empiezan a concurrir ya a cátedras y empleos de tercer orden, a despecho muchas veces de sus padres, y no movidas del afán de lucro

ni del ansia de independencia, sino por el prurito de ocuparse en algo. El anhelo de actividad bien dirigido explica el que las señoritas de la aristocracia ingresen con entusiasmo en las órdenes religiosas más humildes y activas; que a la mujer se le agrie el carácter en la edad madura, cuando, desperdigándose la familia, viene a disminuir su trabajo habitual o su energía para el trabajo, y asimismo esa tenacidad con que las suegras se resisten a delegar en las nueras los quehaceres domésticos. El afán de actividad explica esa ilusoria pasión por el piano de que parecen atacadas muchas señoritas que tienen mal oído y que no es en el fondo sino pasión por la agradable actividad que aquél requiere y no tarda en desaparecer sin dejar huella, no bien la señorita filarmónica halla otras tareas en que ocuparse.

Esto explica la dirección que las mujeres imprimen en general a sus estudios. Suelen gustar más de estudiar para preparar sus cursos, lecciones y exámenes, e instruirse allí donde son llamadas a obrar, que no de hacerlo por su propia cuenta, aun cuando puedan, lo que, sin duda, se debe a que estudiar para enseñar y sufrir exámenes es cosa que cae en la esfera de la actividad general.

Esta pasión por el trabajo explica el que la mujer se enamore con tanta frecuencia del hombre emprendedor, dotado del espíritu de iniciativa, que sabe utilizar su actividad y, en su defecto, del hombre enérgico, egoísta, despótico, que por lo menos trázale un fin a su actividad y, aunque no sea otra cosa, le deja saborear la ilusión de que su actividad es necesaria.

El afán de trabajar explica asimismo por qué la mujer se siente tan sola cuando le cae en suerte un marido sin energía, e indiferente, que la deja en completa libertad, no la exige nada ni en nada se mete, no muestra agradecer en modo alguno las manifestaciones de su actividad ni trata de encauzarlas. Por esa razón propende la mujer a poblar la casa de plantas, pájaros y bichos, de seres vivos que exigen un cuidado incesante, porque absorben gran parte de su actividad, recompensándola de sus atenciones con su belleza y muestras de gratitud. Por esta razón también emprende la mujer con tanta facilidad labores interminables de aguja, ya que ocupada en ellas ahórrase el tedio de tener que pensar lo que ha

de hacer. No hay mayor suplicio para la mujer que el no hacer nada, que el abstenerse de obrar en provecho de alguien; las diversiones más raras y costosas no logran infundirle la satisfacción íntima y plena que recibe de su actividad normal bien empleada al servicio de su familia y de la humanidad.

* * *

Esta actividad natural de la mujer explica muchos choques y desavenencias que acibaran su vida. La mujer, que cual todos los seres humanos cree que los demás están hechos y deben estarlo a su imagen y semejanza, no logra comprender el gusto contemplativo del hombre, su complacencia en la inacción, reputando su indolencia y despreocupación, defectos mucho más graves de lo que son en realidad. Resultan relativamente frecuentes los casos de conyugicidio de parte de la mujer, por verdadero odio engendrado de la indolencia del marido.

Por el contrario, el hombre que estima el ocio como el mayor de los bienes, no comprende que la compensación mayor a que la mujer aspira sea la de cooperar al trabajo de su compañero, creyendo pagarla de sobra concediéndole en premio ese ocio que tan poco ambiciona.

He dicho que para la mujer el obrar no es deber, sino un goce, pero esto no quita que, consciente de los beneficios generales que éste su instinto rinde, desea se lo reconozcan como un mérito sus deudos y allegados que de él disfrutan. Mas sucede que el hombre, en su calidad de padre, hijo, o hermano, de patrono o jefe de una industria, aprecia en su justo valor la actividad de la mujer, y la remunera con dinero y testimonios de admiración; y no estima esa actividad gran cosa, sobre todo en las clases superiores, cuando la muestra la mujer que él ama.

Por más que diga la Biblia que *la mujer activa edifica la casa* y que *quien encuentra mujer activa encuentra un tesoro*, piensa el hombre que la casa ya se la edificará él con su tesoro, y reclama un tesoro diferente del que le promete la Biblia.

Una mujer descuidada, cínica, que se preocupe poco de la casa y menos todavía de los hijos, pero que sea procaz, sensual, adúltera y ladina, logrará siempre obtener del hombre una suma de cariños y admiraciones mucho mayor que la mujer activa. Dirá más todavía y es que, siendo el ocio privilegio de las clases superiores, suele llevar a mal el hombre rico, y casi como una humillación, el que su compañera no sepa o no quiera aprovecharse de él, lo que irrita sobremanera a la mujer activa y laboriosa.

No creo sea posible hallar un radical remedio a estos contrastes; pero estimo, sin embargo, que la educación debe insistir en hacerle ver al hombre la benemerencia de la actividad femenina, y a la mujer los orígenes, nobles a veces, del ocio masculino, a fin de que ambos traten de suavizar sus respectivos juicios sobre este punto; así como juzgo de absoluta urgencia ver de encauzar la actividad de la mujer de las clases superiores en ocupaciones provechosas para la sociedad, sin lo cual, en vez de ser un elemento de progreso, la actividad femenina acabará por convertirse en elemento de regresión, tanto individual como social.

LIBRO TERCERO

LA INTELIGENCIA

La verdadera pasión de la mujer es la vida que palpita y tiembla, que goza y padece. El arte a que con mayor interés se dedica, es el de aumentar el número de alegrías y aminorar el de pesares.

PRIMERA PARTE

DIRECCION CONCRETA DE LA INTELIGENCIA FEMENINA

Son muchos los que afirman que la inteligencia de la mujer es semejante a la del hombre, salvo ligeras diferencias cuantitativas debidas sobre todo al hábito de no estudiar, y que estas diferencias van desapareciendo con la difusión de la instrucción, por la que, de otra parte, muestran las hembras un apasionamiento que, al menos en las escuelas secundarias, parece bastante superior al de los varones.

A mí, en cambio, el trato con las mujeres que estudian, las observaciones recogidas en Norte y Suramérica, y una sincera introspección, me han persuadido de que entre la **inteligencia de la mujer** y la del hombre existen diferencias, no de *cantidad*, sino de *cualidad* y de *dirección*, las cuales se fundan, no en costumbres o tradiciones, sino en la función máxima a que está predestinada la mujer, y que ninguna sociedad podrá cambiar nunca: la *maternidad*.

La maternidad determina en la mujer un altruismo fundamental, que impregna por entero su vida, e imprime así a su mente como a su corazón, diferencias radicales, tanto en las mujeres que tienen como en las que no tienen hijos, y lo mismo en los países donde la mujer hace siglos que estudia, que en aquellos otros donde nunca estudió.

De dichas diferencias podemos trazar dos grandes grupos: diferencias de dirección, engendradas de la peculiar pasionalidad; diferencias de cualidad, nacidas de la peculiar intuición.

Dije antes que la pasionalidad era *la atracción o repulsión instintiva, irracional, que nos acerca o aleja de una per-*

sona o cosa determinada; el amor o el odio que con ella nos une; el impulso que nos mueve, voluntaria o involuntariamente a obrar en determinada dirección, por más que la razón nos aconseje otra; el íntimo fervor que nos hace sentir placer, goce y alegría en medio de los más duros sacrificios realizados en determinada dirección y con miras a finalidad determinada y mostrarnos indiferentes a los bienes que podemos lograr renunciando a esos fines; una fuerza que se halla al margen del razonamiento y priva a éste de toda energía; ese sentimiento que se encuentra en la raíz de todo dolor, porque no existe mayor alegría que la pasión satisfecha, ni mayor dolor que la pasión defraudada.

Ahora bien: el objeto de la pasión femenina es siempre un ser sensible a la alegría y el dolor, o lo que supone tal; es siempre un ser vivo, algo semejante al niño, o por lo cual puede interesarse en modo análogo; por contraste con los objetos de pasión masculina, que pueden ser sumamente varios y diversos, ya puramente sensibles—paladar, vista, oído—, ya abstractos—filosofía, estudios, negocios, política—, ora cifrados en individuos remotos en el tiempo y el espacio—lectores, posteridad, electores, clientes—, dándose además en absoluta independencia del hecho de que aquéllos sufran o gocen.

Esta su pasión especial limita necesariamente el campo intelectual, natural de la mujer, aquel en que puede encontrar satisfacción, circunscribiéndolo al mundo concreto que vive y bulle en torno a ella.

La mujer, que tanta curiosidad siente por cuantos seres la rodean, y por cuanto puede ver y palpar, no siente curiosidad alguna por conocer las leyes que rigen los movimientos, ni por conocer y fijar las transformaciones de las cosas que la circundan. Siente avidez por penetrar, no la fría razón de las cosas, sino las cosas mismas; de averiguar, no el número de las pulsaciones del corazón que sufre, sino por qué sufre la criatura dueña de ese corazón. Siente ansias por conocer, no las leyes que rigen el mundo animado, sino las emociones que experimentan los demás seres y las demás cosas que la rodean. Desvívese por conocer, no los males que existen en este mundo, sino el modo de curarlos.

La mujer contempla el universo con ojos y corazón de madre.

Plantas, animales y hombres no le interesan en sí o de por sí, por razón de su forma, su voz o su belleza, cual objetos de estudio, por el afán de saber como son, sino como seres posibles de dolor y alegría, por el amor que pueden darle a ella y por el amor y los desvelos que ella puede brindarles. ¿Por qué choca tanto una mujer que deje ir a sus deudos con los codos rotos y tenga revuelta la casa? Pues, porque la mujer verdaderamente femenina tiene el instinto de cuidar de cuanto le rodea y no dejar que nada se estropee. No puede la mujer ver cojear un perrillo, deteriorarse un mueble o amustarse una planta sin concentrar involuntariamente el pensamiento en el modo de restituir a la vida normal esos objetos de cuya existencia siéntese inconscientemente guardiana y custodia. De aquí que la inteligencia de la mujer sea tan aguda para cuanto se refiere al mundo vivo, real y concreto, y tan desmayada y voltaria para todo lo teórico y general; porque el mundo real es el objeto de su pasión, mientras que el mundo teórico le es indiferente.

Hase afirmado que esta diferente dirección intelectual depende del hábito y de la educación, cuando no del hecho de hacer siglos que la mujer no estudia. Pero la pasión no tiene nada que ver con la cultura ni con las costumbres o las aptitudes. Vemos orientarse hacia las distracciones abstractas a los niños que prefieren jugar a las cartas, a las damas, al ajedrez o a cara y cruz—juegos de puro azar y matemáticos—antes que a las visitas, a la cocina o a la escuela, como las chicas de su edad. Vemos a los varones en la edad de la adolescencia forjarse un ideal abstracto de *gloria*, de eternidad, de ambición, mientras los sueños de la doncella concrétnanse en el *príncipe*, en el *hidalgo*, maltratado por la fortuna y en la *corona de hijos*.

Esta pasión por lo vivo y concreto, esta indiferencia por lo abstracto, considerado como inútil, las hallamos en mujeres que se señalaron en los estudios y en las letras: poseían aptitud para esos estudios y vivían en un ambiente adecuado, como madame de Stael, como madame Remusat, Sofía Kovalewski, Jorge Sand, Juliette Anam y la princesa Dashkoff, lo mismo que en cualquier pobre muchacha recién

salida del más anticuado convento de provincia. Estas diferencias las encontramos también así en la América del Norte, donde la mujer vuelve concretas las ciencias más abstractas, cuando emprende su estudio, como en la China y el Japón, donde la mujer se halla excluída del estudio de las ciencias abstractas.

La pasión por la ciencia, por el arte, por las teorías abstractas, se da, por el contrario, hasta en los hombres incultos, en muchos obreros y en los aldeanos, los que, al igual de los hombres cultos, sienten la necesidad de esos estudios, aunque no tengan el hábito de practicarlos.

Cuando no absorbía el trabajo ocho horas de jornada, los obreros y labriegos de la Edad Media entreteníanse discutiendo de arte y de religión, y aun hoy día hay por esas aldeas, a centenares, lugareños que prefieren ganar menos y tener tiempo de sobra para tocar algún instrumento, salir de caza y observar teóricamente el mundo que los rodea.

¡Y cuántos astrólogos y meteorólogos no hay entre la gente del campo y cuántos no son los lugareños que os saben nombrar una por una las estrellas y describiros sus parábolas! ¡En cuántas aldeas no os tropezáis con algún humilde relojero que a fuerza de infinitos sacrificios logró agenciarse un antejo de larga vista, que constituye la gloria del pueblo, y en el que los mozos se disputan la satisfacción de contemplar por turno el firmamento!

Cierto que no todos los obreros ni todos los lugareños filosofan; pero así y todo no nos choca que alguno lo haga, mientras que si juzgarían muchos extraño el que se pusiera a filosofar una lugareña.

Y es que para el hombre, tanto menos inclinado que la mujer a las emociones del afecto, la investigación de las leyes abstractas, la ciencia, el arte, la política, son emociones de que siente necesidad; pasiones tan impulsivas como las del amor y la mantención, tanto que a menudo se las sobreexcita con alcohol, lo que a la mujer no le sucede.

En América, en las Pampas remotas, encontraréis estancieros que llevan diez años lejos de Europa y suscritos a las revistas científicas más serias: siguen con pasión la lucha entre positivistas e idealistas, entre futuristas y pasadistas. Y en las lejanas *fazendas* encontraréis no pocas veces alguna ma-

ravilla de arte que el *fazendero* compró en Europa y os la muestra con orgullo, diciéndoos que es su paño de lágrimas.

La mujer no se lleva cuadros de Europa, ni procura animar su soledad con debates intelectuales; si es sola en el mundo, ni siquiera se interesa por la moda. La mujer reconcentra su inteligencia entera al fin de crear vida a su alrededor, a conservar la que existe y acrecentar su utilidad, prolongar su duración y realzar su belleza. La verdadera pasión de la mujer es la vida que palpita y tiembla, que goza y padece. La belleza con que disfruta es la hermosura de los seres vivos que la rodean; el arte a que con pasión se consagra es el de embellecer cuanto la circunda, de vestirse bien ella y tener bien y como es debido a sus hijos y la casa. El hombre gusta de decorar las paredes de su habitación con cuadros históricos y paisajes célebres . . . , la mujer prefiere su retrato, el de su esposo y los de sus hijos.

Experimenta la mujer un goce íntimo, una satisfacción mucho más grande, cuando contribuye a salvar a una criatura de la muerte que cuando logra resolver un problema del más alto valor científico.

Ante la preocupación por cuanto vive, resultan áridos y estériles para ella los fines abstractos de la ciencia, la política y el arte. Las mujeres que han dado a la historia tantos mártires de la fe, el amor, la abnegación y la piedad, no han dado de sí ni un solo mártir del arte o de la ciencia. La mujer que tiene el escrúpulo de la sinceridad, cuando se trata de sentimientos íntimos y que se dejaría encarcelar y hasta torturar antes que renegar de su amor, no comprende la tenacidad de Galileo que pone en peligro su vida por sostener que *la tierra se mueve*.

Entre todas las familias que durante la Edad Media trabajaron de padres a hijos en la delimitación de los meridianos no se encuentra ni una sola mujer.

Isabel Browning, en un curioso paso sobre la ciencia, escribe que *la ciencia es utilidad*. La ciencia, no obstante, es, en el fondo, lo contrario de la utilidad; es una abstracción nacida del afán de abstracción, que ha inducido a los hombres más inteligentes a fijar la escrutadora mirada en todos los fenómenos, a fin de descubrir sus reglas generales. Sólo que siendo los seres vivos y concretos la única pasión de la

mujer, no acierta ésta a explicarse el que se estudien las abstracciones, sino con esta finalidad secundaria de sacar de ello provecho para el mejoramiento de las condiciones en que los seres concretos viven.

Idéntico concepto tenía de la ciencia la Kovalewski, con todo y haberle granjeado la ciencia, celebridad y honores.

“El trabajo—escribe en su *Souvenirs*—, la creación científica no tiene valor alguno, puesto que ni dan la dicha ni hacen adelantar a la humanidad un paso. Es locura pasarse los años de la juventud estudiando, y una desgracia, sobre todo para una mujer, poseer capacidades que la impulsan a una esfera de acción en la que nunca habrá de hallar verdadero goce”.

Nótese que al hablar yo de seres vivos, entiendo referirme incluso a las cosas inanimadas o muertas a que la mujer ha infundido un alma, imaginándolas capaces de goce y sufrimiento, en tanto que comprendo en el número de las cosas muertas, que no logran interesarla, incluso a los seres vivos que ella no vivificó y a los cuales no les atribuye destellos de vida. Hay muchas cosas que no le repugnan en algunos estudios y que lógicamente deberían repugnarle lo increíble, porque no atiende a lo que hay de vivo y concreto en lo que estudia, porque lo vivo que ella no animó con la idea del dolor o la alegría, no existe para ella. Me explicaré aduciendo un ejemplo personal.

Yo he estudiado medicina y he tenido, por lo tanto, que seguir los cursos de anatomía. Acostumbrada desde niña a oír hablar de esas materias, no hacían ya en mí la menor impresión. No se me había ocurrido la idea de identificar algunos cadáveres con seres vivos; eran objetos de estudio, músculos, nervios y nada más; de suerte, que las lecciones de anatomía no me daban frío ni calor, me eran de todo punto indiferentes. Ahora bien; sucedió un día que un ordenanza, al prepararlo para la lección, hubo de abrir, en mi presencia, la mano rígida de uno de aquellos cadáveres, la cual dejó escapar un retratito de mujer, que sin duda estrechara en las supremas convulsiones. Y entonces yo, tan impasible de ordinario, fuí presa de tremenda emoción y no pude asistir ya a la conferencia. Merced a aquel sencillo acto de amor, aquel cadáver habíase vuelto vivo, había cobrado

un alma capaz de gozar y sufrir; era diferente de cuantos hasta allí viera. Y entonces fué cuando el estudio de la anatomía me inspiró esa repugnancia que generalmente se cree debe inspirar.

Lo mismo me ocurrió cuando tuve que ir al hospital. Aquellos enfermos puestos en hilera, silenciosos, en los que yo había de observar únicamente los síntomas de una enfermedad, no me parecían seres vivos ni los vivificaba tampoco la lección del profesor, el cual los trataba como casos clínicos, ni menos todavía el historial clínico colgado de la cabecera del lecho y que hablaba de enfermedades adquiridas o hereditarias. Eran pacientes, y no empezaban a convertirse para mí en seres vivos, es decir, a interesarme, hasta que no se ponían a contarme su vida, sus lacerías, dolores y alegrías.

Lo que a mí me sucedió con la anatomía y el hospital, sucédeles a muchas mujeres, en igualdad de condiciones. Para la enfermera, los pacientes de su turno son muy diferentes de los enfermos de los demás turnos, a los que personalmente no conoce.

INFLUENCIA DEL AMOR

El que la mujer no posea, como innata, la pasión por las ciencias abstractas o por el arte, no quiere decir que no reúna con frecuencia especiales aptitudes y no pueda dedicarse con fruto a esos trabajos. Aparte la necesidad—estímulo general para cualquier ocupación—, podrán impulsarla a esos estudios otras varias razones, despertando a veces en ella una verdadera pasión con todas las características de una pasión congénita, anterior a todo: *el placer de dar gusto* a los seres queridos que con ella conviven y sienten positivo amor a esos estudios; la ambición de poderles ayudar, el anhelo de participar en sus preocupaciones morales, intelectuales y materiales.

Si me permitís que aduzca otro ejemplo de introspección personal que, a falta de otro, tiene el mérito de ser absolutamente sincero, diré que yo he sentido harto bien el efecto de ese estímulo.

Habiéndome criado en un medio de médicos y naturalistas, que por lo general no hablaban de otra cosa sino de medicina, y queriendo a mi padre con todas mis fuerzas morales e intelectuales, de suerte que desde niña le ayudé en sus trabajos, arraigó en mí verdaderamente la pasión de la medicina y la antropología criminal. Estudié medicina con entusiasmo. Cada conferencia del catedrático era para mí una revelación, los enfermos un acicate continuo para pensar, enlazar ideas y discurrir; la psiquiatría, la antropología criminal, la homeopatía, que apasionaban particularmente a mi padre, parecíanme las ciencias más interesantes de todas, las únicas dignas de interés. Pero al faltarme mi padre, con el cual explayaba yo las ideas que aquellos estudios sugeríanme, vino a perder la medicina para mí todo interés; la única por la cual he seguido todavía interesándome, ha sido la antropología criminal; pero de sobra se me alcanza que es así por reflejo del interés que a mi padre inspiraba y porque representa un modo indirecto de continuar manteniéndome en comunicación con él.

Pues, de este mismo modo se apasionan por la política las mujeres e hijas de los reyes, ministros y diputados, que viven en un medio en el que se está siempre hablando y discutiendo de política, y se apasionan por la medicina las señoritas que entran como enfermeras en la Cruz Roja.

Si esas mujeres que sienten pasión por la medicina, la política o los estudios abstractos, analizasen bien sus sentimientos, caerían muchas de ellas, como yo, en la cuenta de que ésa su pasión es no pocas veces inducida.

Ese placer que siente la mujer participando en la vida intelectual de quienes la rodean, de ayudarles y fomentar sus obra, explica el hecho tan chocante para los hombres, de que muchas mujeres, dotadas de gran inteligencia, ambicionen mucho más ser inspiradas, reveladoras del mérito de un hombre de ciencia, un político o un artista, que no ser ellas mismas todo eso y darse a conocer en su verdadero valor; tendencia, como puede notarse, de gran interés general y a la que la Ciencia y el Arte deben más progresos que no si la mujer, dotada de la opuesta tendencia hoy en boga, se hubiese ocupado exclusivamente, como el hombre, en producir;

porque, ¿de qué sirve, con efecto, producir, si no hay alguien que sostenga, difunda y haga valer lo producido?

Muchas revoluciones políticas, científicas o literarias, han salido de los salones de las señoras, más bien que de los parlamentos, la plaza pública o la universidad maculinos, donde la fusión de generaciones de clases sociales, de inteligencias, ha constituido siempre un problema insoluble.

* * *

Este instinto que la mujer posee de enlazar sus estudios con los estímulos de un ser vivo, infundiéndole fuerzas para continuar un trabajo que en el fondo de su corazón juzga inútil, con respecto a las personas vivas y concretas que ella ama, ha dado pie a la leyenda de que todo trabajo intelectual realizado por una mujer es la obra de un hombre, y de que la mujer busca al hombre, no para que mantenga viva en ella la pasión por el estudio emprendido, sino para que se lo haga.

La importancia que da el hombre al trabajo intelectual, que para él constituye el objeto principal de la vida, y la poca importancia que la mujer le atribuye, considerándolo tan sólo como un fin secundario, así como la atávica costumbre de la mujer de ayudar al hombre antes que ser ayudada por él, bastarían sin más argumentación para convencer de inverosímil tal leyenda; más todavía: puede agregarse el poco atractivo que ejercen sobre el hombre las tendencias intelectuales de la mujer, atractivo que sería lo único que podría explicar el sacrificio, para él enorme, de renunciar una partícula de esa gloria, y ese mérito que tanto ambiciona, en favor de una mujer. A lo que todavía puede añadirse que la escrupulosidad de la mujer, y el alto sentido del agradecimiento no le permitirían recibir ayuda semejante sin pregonarlo a los cuatro vientos, de igual modo que por ése su especial orgullo femenino que la induce a vanagloriarse de que la amen, si recibiese el tal apoyo resultaría más orgullosa que humillada, al publicarlo.

El que la pasión de la mujer por la ciencia sea, en la mayoría de los casos, inducida, no quiere decir que no pueda tener también ideas individuales propias, no inducidas,

ya que por el hecho mismo de ser intuitiva y apasionada le es mucho más fácil a la mujer suggestionar al hombre que no lo contrario. No es raro que las mujeres, madres, hijas, esposas, de ministros, diputados o reyes, inducidas a apasionarse por la política a causa de la pasión de su respectivo padre, marido o hijo, se formen luego ideas independientes y las tomen con tanto calor, que concluyan por dominar a los hombres en vez de ser dominadas por ellos, o de mantener en ellos viva la pasión abstracta hasta cuando ya empezaban a entibiarse.

La Kovalewski, que sobresalió con tanta brillantez en los estudios matemáticos, dejónos en su vida la prueba de esa pasión inducida, de la que puede la mujer ser heroína y víctima, y de cómo esa pasión inducida puede dar lugar a las más originales creaciones. En diferentes pasos de sus cartas, esa mujer, que fué la más grande matemática del pasado siglo, declara que las matemáticas en sí y de por sí no le proporcionaban el menor placer, no pudiendo dedicarse a ellas como la rodeasen personas que no se interesasen por ellas. Sus admirables proposiciones resolviólas en París, Berlín y Cristianía, donde tenía a su alrededor personas que estudiaban matemáticas y se interesaban por ellas, no pudiendo resolverlas en Rusia, donde estaba rodeada de profanos e indiferentes.

—En Estocolmo—escribíale a la Loeffler, que porfiaba con ella para que diese remate a aquellos estudios que habían de darle la celebridad—; en Estocolmo, donde pasó por paladín de la emancipación de la mujer, acabo por creer que mi deber estricto se cifra en las matemáticas, y procedo en consecuencia, mientras que aquí me presentan a todo el mundo como la mamá de *Foufi*, lo cual ejerce deletéreo influjo sobre mi inteligencia matemática.

—El trabajo de por sí—dice la Loeffler, que fué la depositaria de los pensamientos de Sofía Kovalewski—, la búsqueda abstracta de una verdad científica *no la interesaba ni la satisfacía*. Necesitaba que la comprendieran y animaran, a cada nueva idea que en su cerebro nacía. Ese fruto de su cerebro no había de pertenecer a una humanidad abstracta, sino que ella quería dárselo a alguien del cual pudiera recibir algo análogo. Por más que fuera matemática, no existía pa-

ra ella el fin abstracto; que eran harto apasionados para eso sus sueños, sus pensamientos, y su personalidad.

Su ideal de trabajo—continúa la Loeffler—fué el trabajo en común de dos seres enamorados el uno del otro; y su sueño, encontrar este alterreco. Esta idea del trabajo en común nacía de su ardiente deseo de intimidad intelectual y del intenso sufrir que le causaba el sentimiento de la soledad.

El ideal de madame Kovalewski es el ideal de toda mujer inteligente. Y madame Stael, Jorge Sand e Isabel Browning, exprésanlo también en varias ocasiones.

INFLUJO DE LA ACTIVIDAD Y EL AMOR PROPIO

Es difícil que los contornos de la inteligencia femenina resalten claros y precisos cual aquí los diseña. El estudio, la moda y, sobre todo otros instintos, alteran fácilmente la rotundidad de estos contornos.

Tres cuartas partes de las chicas que estudian — y que ahora se cuentan por millares y millares—abrigan la sincera ilusión de estar apasionadas de la medicina, el arte, la filosofía o la música que cultivan.

Otras dos razones, además de la ya expuesta, pueden inducir a esas ilusiones: la mayor *actividad* de la mujer que suele confundirse con la pasión, y el *amor propio*, capaz de disimular cualquier resentimiento.

La *actividad* no es para la mujer virtud, sino una necesidad, una pasión semejante a la que el hombre siente por el ocio; pues sólo en la acción la mujer y en la ociosidad el hombre, pueden hacer valer sus facultades respectivas, de intuir la una y de reflexionar el otro. Pero a su vez, la actividad femenina y la indolencia del hombre son causa de ilusiones especiales.

Suele tomarse por *pasión* la diligencia, la constancia, la aplicación que la mujer pone en el estudio; y que, por el contrario, se derivan de su exuberante actividad; mientras que la supuesta repugnancia del chico a aprender suele ser indolencia, y a veces también verdadera pasión por el estudio, por las abstracciones y la reflexión, un anhelo estorbado en su satisfacción por el trabajo mecánico que se exige en la es-

cuela. Al revés que el hombre, la mujer que resulta una colegiala tan estudiosa, una maestra tan celosa y concienzuda en lo de preparar las lecciones... estudia luego poquísimo por cuenta propia, y eso precisamente porque cuando se trata de enseñar y aprender viene a caer el estudio en la categoría de la actividad genérica, de la acción necesaria para realizar un fin deliberado, mientras que el estudiar por cuenta propia es cosa que hace relación a la pasión abstracta por el estudio.

Obsérvese que la mujer prefiere los estudios que requieren mucha actividad, que se han de aprender mecánicamente, repitiendo unos mismos actos hasta lo infinito, hasta que se convierten en automáticos, antes que aquellos otros que demandan una gimnástica intelectual, reflexión; y que las mujeres que se dedican a estudios teóricos, conságranse, casi todas, salvo alguna que otra excepción, a trabajos eruditos, lo que confirma al público en su ilusión de que la mujer siente pasión por el estudio. Pero si existe algo contrario a la pasión por el estudio, son los trabajos de erudición, según se llevan a cabo en la mayoría de nuestras universidades, verdaderos catálogos minuciosos, en los cuales puede extinguirse toda una vida sin consumir dos adarmes de cerebro y de reflexión o intuición, y la actividad en punto de copiar citas y textos, suplanta al tesón que se requiere para seguir con insistencia un estudio determinado y llevarlo a la perfección.

La mujer que tiene cerrados tantos campos de actividad, hace música, pinta, escribe y a veces investiga, como antes dije, sencillamente por ocuparse en algo. Tres cuartas partes de esas señoritas que tocaban con supuesta pasión el piano, sólo sienten pasión por la actividad agradable y mecánica que ese estudio requiere. Efectivamente, la mujer del pueblo, que tiene otros muchos modos de matar el tiempo, no se dedica nunca a la música; la señorita, luego que se casa y encuentra ya otras ocupaciones, da de lado a la música, mientras que el obrero se consagra a ella aunque tenga que trabajar diez horas al día.

Muchos jóvenes que sienten pasión por la música, no se dedican a ella por no tomarse el trabajo de estudiar; pero

no hay ninguno que se deje persuadir como las muchachas a estudiar un arte que no les inspira ninguna pasión. Y obsérvese que el hervor de la actividad influye sobre el trabajo incluso de aquellas mujeres que poseen una gran inteligencia. Trabajo — escribíale madame Kovalewski a madame Loeffler—porque me consume el ansia de hacer algo; pero el trabajo no me procura satisfacción alguna.

¿Para qué pensar—dice madame Félix Faure Guyau—si el pensamiento no puede traducirse en acto? Necesito trabajar todos los días y todas las horas, y quizá de esa suerte se haga el orden en mi espíritu.

* * *

Otro sentimiento que puede inducir a la mujer a engañarse y, sobre todo, a engañar a los demás respecto a su pasión por la ciencia, es el *amor propio*.

Tiene el amor propio para la mujer una importancia enorme; muy natural si se piensa que la mujer concentra en los demás sus pensamientos y sus actos, teniendo, por consiguiente, el juicio ajeno, una importancia mayor que el propio, mayor a veces de la que tiene en realidad. Ya dije cómo un casamiento pésimo puede paracerle a la mujer muy singular, cuando los demás lo estimen inmejorable, y pésimo, por el contrario, aunque sea regularcito, cuando tal lo considera la opinión. Un sentimiento que influya sobre una aspiración tan real y de tanto bulto como la felicidad, pueden, naturalmente, infundirle a la mujer la ilusión de otro sentimiento cualquiera y determinarla a realizar cualquier sacrificio.

Madame Kovalewski, que se había dedicado ya a la literatura, confiesa que en los últimos años resolvió aspirar al premio Bourdin, que había de hacerla célebre, por puro amor propio. Tres cuartas partes de las mujeres que no lo necesitan, estudian para adquirir un título universitario, sometiéndose por espacio de años a cargar con una ciencia abstrusa que no les interesa lo más mínimo, sólo por puro amor propio. Y por puro amor propio también es por lo que muchas mujeres leen y estudian; por *hacerse* notar por su ciencia y sapiencia, por poder citar nombres y sentencias a tiempo y a destiempo, por sobresalir entre las demás mujeres.

CUALIDADES ESPECIALES DE LA INTELIGENCIA FEMENINA.—INTUICION

Pero si la pasión marca una primera diferencia radical entre la inteligencia del hombre y la de la mujer, orientándolas hacia dos polos distintos, determina también cualidades diversas, que responden necesariamente a esas dos orientaciones distintas.

La vida viva, que palpita y tiembla, que goza y padece, objeto de la pasión intelectual femenina, es bien distinta de la ciencia metódica, de las abstracciones artísticas y los codiciosos intereses personales objeto de la inteligencia masculina, a la que se puede llegar con método, flema y tranquilidad.

La vida viva cambia rápidamente, los términos están cambiando de posición a cada paso, y lo que hoy puede granjearnos una gran satisfacción, puede antojárenos inútil mañana. El enfermo puede venir a morirse mientras se discute el modo de curarlo, el niño depaupérase si no se adivina lo que necesita y se le da en el momento oportuno. Para secundar a la vida viva, es menester más que indagar maduramente, adivinar con rapidez, para ser capaz de resolver los problemas que le plantea su pasión, *debe atesorar la mujer una cantidad y una cualidad de inducción mucho mayor y más multiforme y diversa que la del hombre*. He aquí, pues, una primera diferencia cualitativa entre la inteligencia del hombre y la de la mujer.

Dije más arriba que la intuición "es algo semejante al oído musical que inconscientemente distingue y clasifica los sonidos; a la vista, que mide la distancia; al tacto, que distingue los pasos o la diferencia de los diversos gransos; al husmo, que encuentra la fuente en los áridos campos del llano, y a toda esa parte de la inteligencia que se encuentra más allá del razonamiento y también de la conciencia; es esa brújula que nos guía por los senderos de lo desconocido, esa aguja imanada que nos orienta a este lado y al otro sin

que sepamos el por qué; la facultad que nos permite adivinar sin conocer los datos de hecho que nos llevan a esa conclusión”.

La intuición existe también en el hombre. De ella se sirven el hombre de ciencias para sus experimentos; el literato, el historiador, para enlazar los hechos y los acontecimientos que se propone describir. Pero el órgano específico de la inteligencia masculina no es la intuición, sino la deducción. Hasta cuando se sirve de la intuición, límitala el hombre con el razonamiento, al que en todo caso la somete. No se fía de sus intuiciones, hasta que no se las ratifica la lógica. La intuición es en el hombre un canal cerrado, cuyas llaves tiénelas la razón y el interés; una guía que consulta, pero de la que puede prescindir. Para la mujer, en cambio, es la intuición verdaderamente el órgano específico de su inteligencia, y no sólo en el campo práctico a que de preferencia se dedica, sino también en la esfera teórica. Lo que no comprenda por intuición, no lo comprenderá nunca la mujer.

Si os tomáis el trabajo de estudiar las autobiografías de las mujeres que sobresalieron en su época, veréis que las grandes obras a que deben la celebridad, fueron espontáneas y las realizaron sin más ayuda que la simple guía del instinto. *Je ne peux puiser ma morale que dans mon coeur et l'édifier que dans mes sentiments*—dice Clotilde di Vaux—. Por modo análogo es de su corazón de donde las poetisas sacan su métrica y las artistas su arte. La intuición es la retina de la mente femenil. De este órgano, al que da el nombre de corazón, logra sacar la mujer la solución a los más abstractos problemas, aun de aquellos que no parecen tener con el corazón relación alguna.

He visto casas de una arquitectura maravillosa, jardines prodigiosos, poesías espléndidamente escritas, según las iba dictando la intuición, y sin que la autora supiese qué estilo, qué arquitectura o qué métrica había seguido en sus creaciones.

Muchas veces resuelve así la mujer, con la pura ayuda de la intuición inconsciente, lo que para el hombre será siempre un misterio, verdaderos problemas filosóficos, matemáticos, de Física y de Psicología, cuya resolución parecería im-

posible sin la ayuda de una técnica especial, sin el conocimiento de teorías especiales. Esta espontaneidad es parte tan esencial de la inteligencia femenil que la mujer avergüenzase, o poco menos, de cualquier obra suya, que no sea espontánea, y sea verdad o no, siempre tienen buen cuidado de declarar que aquello que hizo o díjolo, hizolo o díjolo así, sin saber cómo, por inspiración. La mujer tiene a cada paso inspiraciones o corazonadas de esta índole.

ESPIRITU DE OBSERVACION

La intuición es una facultad natural que se adquiere en la cuna, un don de Dios como la reflexión y la razón; sólo que, como las demás facultades intelectuales, tiene también órganos que la ayudan y acrecen su alcance: la observación y la introspección. Con efecto, si la intuición a veces fúndase en una nada, por lo general se basa en hechos, líneas o sonidos, observados en otros o en nosotros mismos y cuyo recuerdo sirve más o menos para comprender, o mejor dicho, para adivinar las relaciones y consecuencias de otros hechos, objetos o emociones.

Yo intuyo que tal o cual individuo padece de una cantidad de signos imperceptibles observados en mí o en otros que padecían. Adivino que en tal o cual período histórico debe de haber habido cataclismos, porque observo el efecto actual que los cataclismos exteriores surten sobre los acontecimientos contemporáneos. El artista intuirá la arquitectura que resultará más a tono con determinado ambiente, recordando el efecto de las líneas o de los monumentos vistos en un ambiente semejante, etc.

Es decir, que la intuición suele ser una solución obtenida por imitación de un caso semejante. Efectivamente, la intuición limitase al campo en que se acumulan las observaciones. El historiador resulta intuitivo únicamente para la historia; el aventurero, para sus particulares intereses, y el hombre escrupuloso, para los intereses ajenos. Pero, para imitar un caso semejante, para encontrarle a cada acontecimiento algún otro antiguo con que relacionarlo, es menester haber archivado un gran número de observaciones y de

introspecciones; es preciso poseer una facultad de observación y de introspección superlativa.

Tal es el caso de la mujer. Tiene el hombre para observar cinco sentidos; pero la mujer posee ciento. Ve, siente y observa por todos los poros de su piel. Bástale ver a una persona el espacio de cinco minutos, para hacerse cargo de todos los pormenores de su indumentaria, sin faltar uno, así como de su figura y calar sus más íntimos sentimientos.

El observar es para ella uno de los goces más delicados y gustosos, multiplicando las ocasiones de saborearlo; las flores, los pájaros, los animales de que se rodea, son para ella otros tantos filones preciosos e inagotables de observaciones curiosísimas. Comprobar que el pajarillo mudó la pluma, que la flor se abrió y dónde y cómo se posó un vilano, es para ella una alegría, un triunfo, semejante al que experimenta el hombre que sale vencedor en una partida de juego; y puede que la pasión que muestra la mujer por rodearse de cosas vivas y diversas, dependa del deseo inconsciente de multiplicar ese placer.

Haced que la mujer más humilde os refiera las observaciones que hizo en su vida, y descubriréis en ella un filón inexplorado que difícilmente hallaréis en un hombre que haya observado una vida mucho más rica en episodios. Si ha de escribir una carta, si ha de describiros cómo pasó el día, no sabe nunca el hombre qué deciros, no le ha sucedido ni visto nada. Y esto, porque, en sacándolo de su trabajo, no observa nada el hombre. Inconscientemente de otra parte, hombres y mujeres ponen más esmero en el vestir y en los modales cuando tienen que ver a una señora que no cuando han de presentarse delante de un caballero, porque inconscientemente saben ambos que la señora los mirará de pies a cabeza, mientras que el caballero apenas se fijará en ellos. La visita de una señora infunde más temores que la de un inspector, porque toda mujer, aunque no ostente ese título, tiene siempre algo de inspectora, mientras que muchas veces el inspector no ve jota. Las criadas de servir hacen mangas y capirotos cuando no está en casa la señora, porque saben que a aquélla no se le escapa nada, mientras que el señor de nada se entera.

Lo mismo puede decirse del autoanálisis, que es además una observación interna. El hombre se analiza algunas veces a sí propio y analiza a los demás cuando hace poesía o novela. La mujer se está siempre analizando. El análisis de los propios y los ajenos sentimientos es el objeto continuo de sus pensamientos, el tema favorito de sus conversaciones. Su espíritu mismo de observación anda sumergido en la oleada de autoanálisis que por entero la impregna. Hasta cuando os habla del libro que leyó, o de la comedia que fué a ver, sin saberlo, sin quererlo y sin notarlo, la mujer no hace otra cosa que hablaros de sí misma, o mejor dicho, de sus sentimientos. Tiende mucho más a describirlos la emoción, la conmoción que en ella despertaron el libro o la comedia, a expresaros su extrañeza o indignación por la emoción distinta de la suya que el suceso produjo a los demás, que no del suceso mismo. *He venido corriendo, he venido corriendo*—dícele la nodriza a Julieta, que aguarda ansiosa la respuesta de Romeo—, y sólo tras una larga descripción de sus emociones, acaba la mensajera por entregarle esa contestación. ¡Cuántas mujeres no llevan un diario o escriben cartas para desahogar al día las emociones placenteras o desagradables que durante la jornada hubieron de experimentar! Cuando un hombre escribe un diario o una carta, no hace sino redactar una sencillá crónica.

Al autoanálisis y a la observación deben añadirse la memoria tenacísima de las observaciones y análisis con la flaqueza casi amnésica de su memoria para los nombres propios, las reglas y las cosas abstractas; la mujer no olvida nunca las impresiones recibidas, los goces y dolores experimentados, siendo ésta la razón de que resulte tan agradecida al beneficio, y tan inexorable para el mal que la hacen. Y es que la memoria, lo mismo que el espíritu de observación, anda siempre junto con el interés. Los hombres no recuerdan sus emociones: olvidan fácilmente las cosas observadas, porque no se basan para reaccionar en el fruto de sus emociones y observaciones personales, sino en la razón. Para la mujer, en cambio, el fruto de la emoción y de la observación es vital; sabe y siente que esas son sus guías y sus sostenes; que constituyen todo su bagaje y se agarra desespe-

radamente a ellas. Las emociones son los peldaños por los cuales la mujer va subiendo con mil apuros, y si la memoria no la sostuviese, se despeñaría sin remisión.

M E T O D O

Estando dotada de una facultad de observación y análisis profunda y aguda, y de una memoria tan retentiva, tiende la mujer a proceder en la vida intelectual de lo concreto a lo abstracto, de la práctica a la teoría, siempre que puede poner por obra sus observaciones, más bien que de lo abstracto a lo concreto, y de la teoría a la práctica, como por razones opuestas hace el hombre.

La mujer que se empeña en componer novelas, comedias o poesías, no se pasa los días pensando lo que va a escribir, como haría un hombre, ni estudiando las reglas adecuadas o consultando libros, sino que entristra la pluma y arremete con las cuartillas.

Hará la prueba de sus aptitudes en un modo a veces absurdo, a la buena de Dios, siguiendo los dictados del instinto, y en ocasiones también con mucho seso, trasladando al nuevo palenque las experiencias y observaciones por ella cosechadas deliberadamente o no en otro campo: pero de todas suertes, comienza por probar fortuna, ni más ni menos que como la mujer que se empeña en implantar un nuevo cultivo en su huerto o cortarse y hacerse un vestido.

Inconscientemente, sin saberlo ni quererlo, aplica la mujer a la materialización del pensamiento los mismos métodos que emplea para resolver los problemas de la vida práctica, de igual modo que, por el contrario, el hombre aplica a la vida práctica los procedimientos que suele emplear para los estudios abstractos. Por algo el fundador del positivismo tuvo por inspiradora a una mujer. La mujer es realística y positivista por excelencia.

Naturalmente, no apoyándose en el razonamiento, cuando se ve obligada a explicar a los demás cómo y por qué hizo tal cosa en vez de tal otra, la mujer está expuesta a aducir explicaciones descabelladas. Los hombres, al ver ideas justas, hechos rectamente expuestos y soluciones exactas, acompañadas de razonamientos muchas veces erróneos y muchas más

incomprensibles, dicen que las mujeres cuando aciertan es por casualidad. . . Pero no; no es que las mujeres acierten por casualidad, sino que siguen un método distinto al del razonamiento, y se guían por una voz más o menos misteriosa, por una visión concreta, interna e inconsciente, que les presenta de pronto a la imaginación el problema ya materializado.

V E N T A J A S

Este proceder con la única guía de la observación más o menos consciente, dificultale a la mujer el empleo de los instrumentos materiales e intelectuales que se apoyan en el razonamiento, impidiéndole abarcar las grandes síntesis y las teorías generales, aprender sistemáticamente las reglas y forjarse teorías y comprenderlas; pero al mismo tiempo, la salva de incurrir en esa abstrusa ideología en que tan fácilmente cae el hombre. Suele la mujer ser exaltada en sus escritos y discursos, pero su exaltación misma no la aleja de la realidad; puede perderse y se pierde en ensueños de una vida real e imposible. . . pero jamás se remonta a las nubes.

Si la intuición limita la perfección de los estudios femeninos y su regularidad, concede, en cambio, a la mujer una ventaja inestimable: la de saber sin aprender. El hombre aprende mejor que la mujer lo que le enseñan; pero como no se lo enseñen, nada sabe.

Los hombres resultan mejores cocineros y mejores sastres que la mujer, aciertan mejor que ella a dirigir grandes almacenes y grandes industrias, cuando ambos hayan asistido a escuelas de cocina, corte y comercio. Pero la mujer es capaz de cortarse ella misma sus trajes y cortárselos a sus hijos sin haber tomado jamás una lección de corte, ni conocer la teoría de las proporciones, y aderezar una comida discreta, ignorando las reglas todas del arte culinario, y dirigir una pensión o una tienda sin haber aprendido contabilidad o economía política, cosas todas que es incapaz de hacer el hombre.

Los chicos aciertan mejor que las muchachas a desentrañar a fondo un argumento, a aprenderse con toda preci-

sión un arte cualquiera, a expresar con sujeción a reglas determinadas su pensamiento; pero cuando ni ellos ni ellas pueden ir a una escuela ni seguir método alguno, son aquellos hombres al agua, mientras que las chicas saben salir muy bien del paso. Y ésta debe ser una de las razones por qué ha habido antes escuelas para niños que para niñas, ya que aquellas representaban una verdadera necesidad, mientras las otras no eran tan precisas, ya que la mujer lograba a maravilla aprender de oídas, por pura intuición, cuanto le hacía falta para bandeárselas en esta vida.

No habrá quien no haya tenido ocasión de ver cómo la más encopetada señora se transforma dentro de su propia familia, en médico, cocinera o tapicera, no bien lo requiere la necesidad, y cómo toscas lugareñas, encumbradas de pronto, saben adaptarse perfectamente a lo que pide su nueva posición social.

Las damas de la aristocracia francesa, educadas únicamente para el enredo y la trapisonda, en la corte de Luis XVI, al verse expulsadas de Francia por la Revolución, sin un céntimo y con sus familias, hallaron en sus manos, que resultaron como por arte mágica, diestrisimas de pronto en el bordado y la cocina, la salvación de sus esposos e hijos que, con la mejor voluntad del mundo, no lograron, sin embargo, imitarlas.

Pero sin ir tan lejos, en aquellos instantes en que a todas las mujeres de los países en guerra, se les pidió la contribución de su actividad, tuvieron múltiples ocasiones los hombres de observar, con asombro no exento de envidia, cómo sus mujeres, a las que sólo creían capaces de coquetear o bailar el tango, se transformaban rápidamente en comerciantes de primer orden, en enfermeras habilísimas, en organizadoras de los más complicados y diversos géneros de artes y oficios; y todo eso merced a la intuición, sin haber aprendido nunca el arte o la industria que tan a fondo acreditaban saber.

La mujer—y la guerra lo ha demostrado—ha podido substituir rápidamente al hombre en muchos de sus oficios, siendo así que a duras penas logra aquél cuando se queda viudo, substituir a la mujer en esas sus, al parecer, tan modestas funciones de gobernar la casa.

* * *

Otra ventaja que el proceder por intuición tiene para la mujer, es el de permitirle obrar rápidamente, ocuparse a un tiempo mismo en las cosas más heterogéneas y cambiar de propósito sin demasiada molestia. El razonamiento requiere concentración para discutir el pro y el contra del acto que se quiere realizar y tiempo además para llevarla a cabo. El hombre que es lógico y razonador, tarda tiempo en decidirse; no quiere que le distraigan mientras está deliberando acerca de la resolución que ha de adoptar, y luego que ya la adoptó, resístese a cambiarla; por último, cuando se ocupa en una cosa, no quiere ni puede ocuparse en otra. La mujer, por el contrario, pasa con la mayor facilidad de uno a otro estudio, de una a otra tarea, y en cuanto una decisión se acredita de poco hacedera, ya está tomando otra con la mayor indiferencia. Obsérvese que estas posibilidades son infinitamente más útiles a la mujer para las acostumbradas aplicaciones de su inteligencia de cuanto pudieran serlo la perfección, la técnica. La familia viene a ser, en cierto modo, como el agua del río, que siempre es la misma y; sin embargo, cambia a cada instante. Crecen los nenes, aumenta o disminuye el caudal, varían los tiempos y los precios de los artículos, y cambian también los gustos de los familiares. Es preciso resolver en un día mil cosas diferentes, y obrar con rapidez en mil campos diversos. Pues bien, nuestra agilidad mental nos permite resolver problemas siempre nuevos y siempre cambiantes con mucho más acierto que un hombre. Y efectivamente: los criados resultan en una casa menos útiles y menos utilizables que las criadas, precisamente porque sólo las mujeres son *bonnes a tout faire*.

Por lo demás, los hombres que se encontrarían harto desorientados si hubiesen de andar cambiando de profesión cada día y a cada hora, cual les ocurre a las mujeres, se han especializado, por instinto. El uno hace de médico, el otro de abogado, y para subdividir más todavía sus quehaceres, el uno se dedica a la boca, el otro a los oídos, y así sucesivamente. La mujer, en cambio, lo hace todo en la casa, y hasta si es preciso, hace de médico y de abogado.

DESVENTAJAS

Siendo la mujer de una habilidad sorprendente para aprender las cosas de oídas, no quiere o no puede aprenderlas sino de ese modo. Dicen que las hembras son más precoces, pero que a los diez y ocho años se les para la inteligencia, pues donde más sobresalen es en las escuelas inferiores. Pero la razón de esto último es que en esas escuelas son los programas más prácticos y variados, prestándose más a ser aprendidos por observación directa que por método. La mujer no posee aptitud alguna para trabajos complicados de técnica difícil, o de amplio vuelo, que requieren un razonamiento complicado o una técnica.

Con efecto, aunque la mujer sienta tanta pasión por la música y hayan sido mujeres las que nos han transmitido y acaso inventado la mayoría de los cantos populares y en muchos países sean todavía las encargadas de improvisar las músicas fúnebres, son contadas las mujeres compositoras, mucho más raras que las escritoras y pintoras, con todo y hallarse más difundida entre las mujeres la pasión de la música que la de la forma. Pero es que la pintura y la escultura, igual que la poesía, son de una técnica fácil, que se puede saber sin aprenderla, mientras que la música es de una técnica difícil y de aplicación difícil, que ahoga la inspiración. Si se pudiese notar la música tan rápida y fácilmente como se hace con la poesía y la pintura, serían muchas las mujeres que se aplicasen a componer. Si las notas del canto pudiesen quedar grabadas en el aire como las palabras en el papel, entonces compondría música la mujer, pero el complicado proceso de transcripción musical hiela su pensamiento.

No quiero decir con esto que la mujer tropiece con dificultades especiales para comprender la teoría o aprender una técnica complicada. Nada de eso; que cuando ella quiere, puede comprenderla y aprenderla, sólo que le interesa menos que al hombre y no sabe sacarle el provecho que el hombre ni aplicarla, o mejor dicho, le enoja al aplicarla y no le pro-

cura ningún placer ni siquiera cuando lo hace por modo perfecto.

Leed las Memorias o las cartas de Sofía Kovalewski, que acreditó poseer las más brillantes aptitudes para las matemáticas, pues se la considera el primer matemático del siglo. Pasóse la vida repitiendo que no había cosa que la aburriese tanto como practicar las matemáticas. El año que debía dedicar a prepararse para aspirar al premio Bourdin, entróle tal pasión por el bordado que fué necesaria toda la paciencia de los esposos Loeffler para que por fin se dejase vencer de que debía aplicarse a las matemáticas.

Así suelen ocurrirlas también a muchas que llegan a conocer a fondo las matemáticas o el latín, lo que demuestra que poseen aptitudes para tales estudios, y sin embargo, los dejan apenas salen del colegio, por no encontrar en ellos el menor placer. Sofía Kovalewski no hubiera vuelto a acordarse en su vida de las matemáticas de no haberse arruinado su marido en los negocios. Esa aversión que a la técnica le tiene la mujer, lo mismo que a la teoría, hállase confirmada por la admiración sin límites o el supremo desprecio que a la una o la otra, respectivamente, muestra; pues al contrario de lo que muchos creen, es el desprecio muchas veces una forma del despecho que inspira algo que admiramos o comprendemos que está muy por encima de nuestras fuerzas.

* * *

Este proceder por inspiración, esta repugnancia a aplicar la técnica, no sólo le limita a la mujer el acceso a esas esferas en que la técnica es indispensable, sino que limita también su perfección. Para corregirse y perfeccionarse, es menester partir de un dato fijo—la regla o perfección ideal—e intentar alcanzarlo con un esfuerzo lógico en esa dirección determinada. Este esfuerzo resúltale sumamente penoso a la mujer. Esta tiene mucha más facilidad de inspiración que el hombre, pero no puede hacer nada, o mejor dicho, no halla placer en hacer nada como no sea a impulsos de la inspiración.—“*Mon Dieu, mon Dieu, pourquoi est-ce que tout me*

réussit si facilement?—dice madame Lauth Thomson en sus *Cahiers d'Yvonne*—*cela m'enivre et me lasse tout de suite*".

"Obtengo el efecto que quiero, y quiero lograr sin saber cómo y no sé corregirme sin destruirme. Lo que hago viene ello solo y me llena de estupefacción y me detengo de pronto; miro, y pasado aquel instante de embriaguez, ya no estoy satisfecha, veo defectos que quisiera corregir y es un dolor. No tengo técnica; abomino de mi talento."

Esta dificultad de sumar a la inspiración la técnica que madame Thomson tan francamente expresa, ocúltanla las demás mujeres a la sombra de ese desprecio que muestran por cuanto no es obra de la inspiración o diciendo así en globo, que *la perfección la aburre*. Madame Cottin, que introdujo en Francia en el siglo XVIII el género romántico, en el prólogo a su primer trabajo, *Claire d'Albe*, pergeñado en quince días, dice:—"El público estará en su derecho al hablar pestes de mi obra si le aburre, pero como más me hubiera aburrido yo corrigiéndola, la doy tal y como me salió".

Pero, ¿cómo la mujer que muestra tanta paciencia en labores menudas de aguja o de copiar, acredita de tan poca para perfeccionar sus propias obras y aplicarles la técnica? Es que el perfeccionar es para ella un trabajo contra natura, mientras que el obrar forma parte de su naturaleza.

Obsérvese que si el proceder por intuición limita las posibilidades de perfeccionar al modo masculino, no limita, sin embargo, todo perfeccionar en absoluto. El intuitivo suele tener la intuición de lo que no está bien, y cuenta con medios empíricos, semejantes a los mnemotécnicos, que le permiten saber cuándo un trabajo está bien o está mal, cuándo acertó o no a aplicar una teoría; medios que surten el mismo efecto que el razonamiento deductivo. Para mí, una cosa que escribo o leo está bien, cuando me parece brevè, es decir, cuando puedo resumirla sintéticamente en unas cuantas frases. Cuando tenía que prepararme para los exámenes—y me he examinado centenares de veces—, estaba segura de mi asignatura cuando me parecía breve.

Mi padre, que para hombre era muy intuitivo, disponía de recursos de esa índole. Encontraba bien un libro cuando hallaba en él todo lo que buscaba, cuando su idea gene-

ral resaltaba en todos los pormenores y cuando todos los pormenores podían conducir a la idea madre.

* * *

Otra desventaja de la preponderancia de la intuición es la *incoherencia*, la *poca claridad* que se observa en las obras literarias femeninas, lo mismo que en los razonamientos de la mujer.

La intuición no es un razonamiento en el que las ideas se vayan lógicamente desgranando las unas de las otras, sino una inspiración, un chorro intermitente, en que las ideas brotan a saltos sucesivos sin otro lazo entre sí más que la sucesión; por lo cual resúltale a un intuitivo mucho más difícil que a un deductivo imponer leyes y coordinar a sus ideas. La incoherencia a su vez engendra confusión. Las obras literarias de la mujer, sus discursos, sus cartas, suelen ser confusas por la falta de hilación; y lo son también porque, recibiendo todas sus ideas de la intuición, no tienen medio de distinguir su respectiva importancia, y porque para hablar con claridad, es menester formular un razonamiento consciente, expresar ideas intermedias y atinar con el enlace que las ha conducido a aquel punto; ideas y enlace que en el intuitivo son inconscientes y, por lo tanto, resultan ignorados para la mayoría de las mujeres. Pero nosotras resultamos confusas sobre todo porque permitiéndonos la intuición comprender las cosas al vuelo y acostumbrándonos a que al vuelo nos comprendan, no sentimos pleno estímulo que nos mueva a hacer el esfuerzo necesario para ser claras. Explícase claro el hombre porque no comprende a los demás cómo no le hablen claro. Obsérvese, por el contrario, que la confusión suele ser clara para nosotras, mientras que nos resulta oscura la expresión técnica precisa, abstracta de los hombres. Los estatutos de una sociedad, los reglamentos y leyes, y hasta las explicaciones de las cajas de juegos infantiles que por fuerza han de ser claras, nos resultan a veces a nosotras confusas.

Para concluir:

La enorme preponderancia que en la vida intelectual, práctica y teórica de la mujer tiene la intuición que es rápida, variable e inconsciente, apoyándose siempre en la realidad, hace de la femenina una inteligencia *sui generis* que tiene algo de espontáneo, impulsivo, vario, saltarín, imprevisto e imprevisible más allá del razonamiento y de las reglas, que de entrambos huye, todo lo contrario de la inteligencia del hombre, reflexión, lógica y deducción toda ella, que se basa en las reglas y sin ellas no da un paso.

La intuición de lo vivo, de lo concreto, la superior capacidad de observación y de análisis, hacen que la mujer sobresalga más allí donde se trata de improvisar, de obrar rápidamente y como a saltos, de aprender sin reglas, de oídas y tumultuariamente, como sucede en la vida práctica, donde, sin duda alguna, se acredita de superior al hombre, más no así cuando tiene que habérselas con los libros, las teorías y los fríos cálculos de la razón.

La deducción, el razonamiento, superiores en el hombre, hacen que éste sobresalga en punto a teorizar, desentrañar a fondo un argumento, perseverar en una dirección determinada o llevar una ciencia o un arte a la cumbre de la perfección. Pero en cambio, su escaso espíritu de observación, lo induce con harta facilidad a incurrir en lo abstruso, volviéndole ciego para las más claras realidades. La necesidad que tiene de tiempo y reflexión lo hace incapaz de obrar, de moverse y orientarse, cuando ha de improvisar y atinar rápidamente con una nueva solución, cambiar de oficio, estudio y función como continuamente le está sucediendo a la mujer.

La pasión especial que mueve a la mujer a orientar su inteligencia a esferas distintas de las masculinas y las cualidades especiales que le confieren superioridad en esas esferas, dan por resultado que hasta en el dominio intelectual hombres y mujeres se completen, sin poder andar sueltos. Huyendo de las abstracciones, propende la mujer a neutralizar los excesos teóricos del pensamiento viril, dirigiendo sus fines prácticos y concretos. Aceptando con alegría los cometidos de la vida práctica, que serían hartamente gravosos para el

hombre, permítale la mujer consagrarse más libremente a los estudios abstractos.

Ocupándose en las cosas generales y abstractas, propende el hombre a neutralizar el limitado concretismo femenino, dilatando sus horizontes. Remontándose a las síntesis más necesarias, a las reglas y las teorías, capacítase para asumir en la vida la parte directiva que resultaría la más gravosa para la mujer.

ACTIVIDADES MAS ADECUADAS A LA MUJER Y SU INVENTIVIDAD

Las características de la inteligencia femenina y sus diferencias con respecto a la masculina, marcan muy distintos cometidos al hombre y a la mujer, suministrando una base para distinguir las artes que resultan más propias del hombre o la mujer.

Todas las artes laboriosas—que requieren actividad, ingenio, intuición, pasión, rapidez y variabilidad de decisiones—acomódanse mejor a la índole de la mujer que a la del hombre y proporcionan a aquélla mayor placer que al hombre; mientras que las otras artes contemplativas que exigen reflexión unilateral, energía, esmero y trabajo intenso y, sobre todo, aquellas que parecen especialmente alejadas de una finalidad viva y se explayan en una esfera teórica, compadécense mejor con la naturaleza del hombre.

La aversión que siente la mujer por las abstracciones, debería apartarla en condiciones ordinarias de aquellos estudios en que falta el contacto con la vida práctica y emotiva o en que es preciso abstraerse del reducido mundo que nos circunda, cual sucede entre otras, en la política. La satisfacción de complacer—que impele naturalmente a la mujer a la inventividad práctica, a la beneficencia, a la propaganda—debería encauzarla hacia esas artes o profesiones intelectuales en que resulta útil el contacto directo con el mundo viviente que la circunda y con sus emociones: la *beneficencia, medicina, agricultura, enseñanza, literatura* y otras análogas. La

medicina, porque gracias a ella puede la mujer proporcionar alegrías, aliviar dolores y acrecentar la vida que la rodea. La *agricultura*, porque requiere amoroso cuidado y esa preocupación constante, esa intuición, esa pasión por la actividad que la mujer siente por instinto y, además, porque se asemeja a la puericultura que es su principal misión en la tierra. La *enseñanza*, porque no sólo puede utilizar en ella todos sus instintos intelectuales y morales, sino también desfogar su ansia de mando—de ser la primera—, que es en ella tan poderosa. La *literatura*, en fin, por ser la única arte abstracta que se puede transformar en concreta y que permite hacer autopsicología y crear vida y vida inmortal, continuar viviendo con los personajes de la fantasía como con las personas vecinas, desahogar en ellos los propios sentimientos y revelar por su medio la fuente de los propios goces y pesares. Que la mujer, hasta cuando no escriba novelas, las sueña y las vive.

Pero sobre todo, el espíritu de observación de la mujer, su pasionalidad, hácenla soberana en esa esfera que hoy parece desdeñar más, pero que es en realidad la suya por excelencia: la esfera de la maternidad y el gobierno de la casa.

* * *

La pasión que siente la mujer por los seres vivos, o por las cosas que ella vivifica, el intenso placer que experimenta cuidándolos, multiplicándolos y mejorando sus condiciones, unidos a su actividad, a su ya indicado espíritu de observación, reciben en el campo intelectual la aplicación más cumplida de su inventividad, en su ingenio práctico que es, sin duda alguna muy superior al del hombre.

El vulgo engañase fácilmente sobre el particular, por ser contadísimos los nombres de mujeres que van unidos a inventos registrados. Pero eso no depende del menor número de sus descubrimientos o de su menor importancia, sino más bien del poco valor que ella concede a sus inventos; del restringido espacio que abarca su esfera de acción, de la dificultad con que tropieza una pobre mujer para re-

gistrar y dar a conocer algún descubrimiento suyo; y sobre todo, de su poca ambición, que hace que se considere más orgullosa y bien pagada con la admiración de quienes constituyen el reducido círculo de su altruísmo que con los homenajes del mundo entero.

En los paquetes que se enviaban al frente, en los innumerables laboratorios de guerra que se establecieron, os encontrábais con tal cantidad de innovaciones como para enriquecer a más de un inventor norteamericano. Tratábase unas veces de nuevos modelos de calcetines, cuellos, guantes y camisas, que resultaban especialmente útiles para determinados individuos en las condiciones especiales en que se encontraban o podían protegerle mejor esta o la otra parte del cuerpo; otras, de una clase nueva de correa que ceñía más y

apretaba menos; otras, en fin, de mantas refrigerantes y tónicas, confeccionadas con las más diversas yerbas. Y también acreditábase el ingenio femenino en la fabricación de juguetes hechos, con los desperdicios y sobras de toda suerte: monedas rotas, guantes desteñidos, pámpanos, plumas de gallina, cáscaras de huevos, amén de colchas pergeñadas con papeles retales, paja y flores. Todas estas invenciones las veáis en el mismo en los humildes paquetes que procedían de modestas cabañas, perdidas en alpestrés villorrios, que en aquellos otros salidos de los espléndidos talleres a cuya cabeza se encontraban grandes señoronas educadas en las mejores escuelas del país.

Pero ninguno de estos inventos había pasado por el negociado de patentes, ni debía su nacimiento más que al deseo de ayudarles al hijo, al marido, al padre, a la familia o sociedad a que se les destinaba. . . Pero aun prescindiendo de esto, ¿qué hace la mujer en su casa, sino inventar continuamente? Cualquier ligero cambio de domicilio, de tiempo, de estación, de régimen alimenticio, dan motivo a la mujer hacendosa para una serie de observaciones e inventos.

La economía doméstica consta de una serie de continuos inventos con los cuales se trata de alcanzar un fin determinado—el bienestar de los deudos y allegados—con elementos que están sin cesar variando: alimentos, tiempo, materias primas, recursos pecuniarios y hasta gustos de los fam

liares. ¡Cuántas invenciones no habrá discurrido en estos meses la mujer para seguir dándoles a los suyos comidas igualmente substanciosas y bien cocinadas, con la mitad del condimento y la materia prima que antes de la guerra empleaba! ¡Y cuántos nuevos procedimientos no habrá ideado para elaborar y restaurar muebles o ropas sin tener que recurrir a los obreros ausentes! ¡Cuántos panes de papel, de papel secante y de residuos de carbón no habrá inventado para ahorrar leña y carbón y cuántos sucedáneos no habrá urdido también para economizar la sosa y el jabón!

Otis Mason ha demostrado que la mujer es la inventora de casi todas las artes máspreciadas de que nos servimos; que en el mundo primitivo asumen las mujeres las funciones industriales, siendo carniceras, cocineras, curtidoras de pieles, y quienes elaboran las tiendas de campaña y cortan y cosen los trajes y el calzado. Y la mujer—dice el autor citado—fué quien descubrió en los campos las yerbas comestibles y las cultivó por vez primera, en sus huertos. Y quien cuidó a las crías de los animales muertos por su esposo y acostumbó al perro a guardar la casa y al gato a defenderla de los ratones. Y quien descubrió que la vaca y la oveja podían dar a sus hijos una leche tan nutritiva cual la suya. Y quien trenzó la esterilla sobre la cual se tendían las criaturas; y tejió por vez primera la fibra del lino, del cáñamo y la lana, para resguardarse del sol y la intemperie; y halló modo de hacer castillos de mimbres para guardar en ellos lospreciados frutos; y coció por primera vez la tierra al sol para hacer tejas. Y quien descubrió cuáles harinas eran las más apropiadas para los niños de pecho y el mejor modo de cocerlas, e inventó las cataplasmas y los ungüentos y encontró las yerbas medicinales que fueron el fundamento de la medicina. Y quien halló modo de domesticar al gusano de seda y de retorcer el tenue hilo con que aquéllos tejían su capullo: y quien descubrió las yerbas textiles e imaginó el hilado del algodón y la lana ovejera; y encontró las plantas, los animales y los procesos de donde se podían extraer los colores para teñir. Y quien, muy verosímilmente, inventó también todos los diversos modos de cocer y conservar las carnes y de curarlas

y salarlas, y de hacer mermelada con frutas y hortalizas; y quien inventó, finalmente, todas las artes y esas preciadas aplicaciones caseras, que se han conservado hasta hoy.

En la esfera de los inventos no pueden los hombres, pese al número preponderante de sus patentes, competir con las mujeres. En las épocas y en los países industriales y mercantiles, ocupó siempre la mujer un lugar eminente, siendo aquellas épocas y países dichosos para ella. Y si actualmente no ocupa ya la mujer el primer puesto, débese a que los inventos han emigrado de la humilde esfera doméstica en que se trataba antes de elaborar la materia concreta, con el fin directo de agradar y prolongar la vida de algún ser amado, para entrar en la esfera de la teoría donde la mujer no recibe ya los mismos estímulos que antiguamente recibía.

No quiero decir con esto que los hombres no puedan hacer nada en la vida práctica ni las mujeres en la vida teórica. Las circunstancias, la necesidad o alguna particular inclinación suelen poner al hombre en contacto y a la greña con la vida práctica y a la mujer con la vida teórica, pudiendo suceder que ambos salgan muy bien del paso. Pero de todas suertes, eso de inventar cosas prácticas, de hallar modo de mejorarles la vida a los seres pasibles de alegría y de dolor, proporciona un placer, una íntima satisfacción mucho mayores a la mujer que al hombre. No halla éste mucho placer que digamos en los inventos prácticos que logra y no se aplicaría a la tarea de inventar, si no fuese con la mira de alcanzar honra y provecho; mientras que lo encuentra y muy grande en el razonar, a lo que espontáneamente se entrega. Por el contrario, la mujer, cuando consigue realizar un invento práctico, experimenta una verdadera alegría, una satisfacción que no guarda relación con la economía obtenida ni con la gloria que pueda valerle, sino con el desfogue de una pasión.

Todo esto es, después de todo, providencial. La mujer ha nacido esencialmente madre; y la lógica, las ideas abstractas y las deducciones no podrían servirle para criar a sus hijos. La mujer aspira esencialmente a amar y ser amada y admirada del reducido círculo de personas que la rodean,

y no habían de servirla para esos fines la síntesis, la deducción ni el espíritu crítico.

El hombre no le pide a la mujer sino que le endulce los sinsabores de la vida práctica, que le alegre la existencia y sepa administrar bien su patrimonio y educar a sus hijos, evitándoles el mayor número de molestias posible. Y a todos estos deseos provee admirablemente la inteligencia femenina con la intuición, la actividad, el espíritu de observación y el ingenio de que se halla dotada, mucho mejor que las prerrogativas del talento masculino que, fatalmente, de no usufructuárselas, se desviarían de su fin con grave daño para el individuo y para la sociedad.

CULTURA

Dije que la mujer es intuitiva y el hombre deductivo; que éste para saber ha de estudiar, es decir, aprender y reflexionar, mientras aquélla puede saber sin haber aprendido. El hombre que no ha estudiado ni recibido enseñanza de nadie, no sabe nada, o mejor dicho, sabe infinitamente menos que un hombre que haya leído muchos libros y frecuentado con cierto éxito las aulas. Y es que el hombre, cuando estudia a conciencia, adquiere por este medio una suma de conocimientos, un hábito de reflexión y una facilidad para orientarse que antes no tenía, pudiendo decirse con toda verdad que cultiva su cerebro.

De aquí el prestigio de que con razón, goza entre los hombres la cultura, que señala una diferencia positiva entre un hombre y otro, entre una y otra clase social, entre una y otra nación.

No ocurre así con la mujer. El agudísimo espíritu de observación de que se halla dotada, su pasionalidad, su intuición, hacen que sin libros ni escuelas, con sólo que en torno suyo existan un mundo diverso que pueda interesarla, y cosas vivas y concretas sobre las cuales pueda ejercer influjo, aguce la mujer su inteligencia, acreciente sin cesar sus conocimientos, dilate sus ideas, dándoles mayor profundidad, y cultive, en una palabra, su cerebro. Por el contrario, la aversión que por la reflexión siente, la dificultad con que

tropieza para prestar atención, hacen que saque poco provecho de aprender teórica, ordenadamente, de absorber la experiencia ajena condensada en reglas. La aversión que siente por las cosas abstractas impídele casi por completo aprovecharse de los ajenos estudios, y descubrimientos, para pasar a otros, integrar las dotes de la propia inteligencia con la ciencia ajena, según el hombre hace, dificultándole grandemente el aguzar la inteligencia y cultivarla por medios análogos a los que el hombre emplea.

Para aprender teóricamente, para tomar de los libros principios de los que deducir consecuencias y coordinar los varios resultados de los propios estudios, se necesita reflexión, cualidad bastante floja en la mujer; siendo preciso, ante todo, esa pasión por las síntesis y teorías de que la mujer carece casi por completo, a no ser que la estimule el medio. De donde se sigue que las mujeres dotadas de inteligencia verdaderamente femenina—obsérvese que hay muchas mujeres dotadas de inteligencia varonil y viceversa—aunque hagan los mismos estudios que el hombre, alcanzan una cultura muy distinta.

Y no se diga que esa diferencia depende del atavismo—Dios sabe cuánto se ha abusado de la palabreja—o de la diferente educación que hasta ahora recibió la mujer. La educación, la instrucción tradicional son diferentes porque los antiguos—que tenían más sentido común que nosotros y nos aventajaban en punto a ver la realidad—, vieron al primer golpe de vista que la mujer era diferente del hombre y necesitaba, por lo tanto, de instrucción y educación diferentes; porque las mujeres antiguas no se avergonzaban de confesar que sentían más afición al bordado, la cocina, el címbalo o el pincel, que no a la historia, la política, el latín o el griego y de reconocer que tenían en la vida una misión distinta de la del hombre, que reclamaba, por lo tanto, un programa distinto y de proclamar que para pensar, necesitaban de voces vivas que las entrasen por el corazón y no por el cerebro.

Hoy rigen opuestas teorías, pero el alma de la mujer sigue inmutable. Prescindiendo de un inútil baturrillo de cifras, nombres y palabras que sirve únicamente para deslumbrar a los necios con citas eruditas, no va gran diferencia en cuanto a bagaje intelectual, a comprensión de los problemas de arte, historia y literatura—que ya se salen del estricto campo a que se han consagrado—de la mujer del pueblo a la gran dama, de la tímida colegiala educada en el convento a la estudianta que frecuentó la Universidad, cuando ambas viven en el mismo ambiente y tratan a unas mismas personas mientras que existe una diferencia intelectual hartamente acusada, entre las mujeres de dos medios distintos, que traten personas diferentes y tengan ocasión de hacer observaciones distintas y de recoger experiencias diversas.

La paleta que por un capricho de la suerte vese encumbrada alguna vez a la más alta esfera social; la cortesana, la actriz, la cantante, que con frecuencia proceden del pueblo, no hacen en lo intelectual mal papel, al lado de esas otras mujeres que estudiaron bajo la dirección de los más ilustres profesores de su tiempo, como no hace mal papel, comparada con los más grandes políticos de su tiempo, Santa Catalina, que no sabía leer ni escribir.

A los veinte años, la muchacha del pueblo, la sastra, la modista, que han aprendido a fondo su oficio, y tenido que tratar con mucha gente y encontrándose en muchas ocasiones de ver, oír y callar, poseen un mayor número de ideas, experiencias y observaciones personales, de reglas generales e intuiciones, es decir, tienen la inteligencia mucho más desarrollada que no esas señoritas que estudiaron a la ligera latín y griego en su casita, a buen recaudo de toda emoción e inquietud.

La madre de familia numerosa, ocupada y preocupada con sus hijos y con la casa, por más que no tenga tanto tiempo para estudiar, acredita más listeza y amplitud de ideas e ingenio que no la solterona de su misma edad, que no hizo en toda su vida sino revolver libros en la Universidad o en las Bibliotecas.

Y es que sabe más quien sabe a la perfección alguna cosa, aunque sea el oficio de sastra o de bordadora o el arte de gobernar una casa; y a la perfección sólo puede saberse lo que interesa y apasiona. Ahora bien; el estudio teórico no apasiona a la mujer lo más mínimo, mientras que sí la apasionan la costura y las faenas de la casa. Coged a las bordadoras, las modistas y las mujeres hacendosas; sacadle la conversación de sus tareas y veréis cómo os ponen de manifiesto un gran entusiasmo por sus trabajos respectivos, una preocupación constante por perfeccionarlos, por inventar alguna cosa, una pasión, en suma, que no encontraréis casi nunca en las estudiantas. La mayoría de las señoritas que obtienen un título universitario, abandonan los estudios el día mismo que abandonan las aulas, no estudiando mientras están en ellas, sino las materias del programa y limitándose cuando se gradúan de maestras a mantenerse al tanto de lo que tienen que enseñar.

Todo cuanto la mujer aprende en la escuela o en los libros es pura teoría que deja una débil huella en su cerebro. Y es que leyendo o estudiando, no ejercita la mujer más que la memoria o su cerebro neutro, no tendiendo ni por asomo las cuerdas de su arco. Y cuando sufre, cuando se le alborota el corazón, cuando tiene otros seres a su cargo, y ha de obrar en la vida y se dedica a un trabajo que la obsesiona, es cuando aguza el ingenio y se afana por observar, intuir y aprender y empieza a poner a contribución las especiales cualidades de su cerebro femenino, admirables para la misión a que la mujer está destinada, y para devanar la complicada madeja de la vida práctica mucho más que las cualidades masculinas, cualidades que la educación de la escuela no logra infundirle, empañando a veces, en cambio, la luz de sus dotes naturales.

Habiendo frecuentado por largo espacio de tiempo las escuelas masculinas, he tenido muchas ocasiones de observar el extraño fenómeno de que mientras que el estudio profundo de las ciencias abstractas, filosofía, matemáticas, economía política, etc.—aguzan la inteligencia varonil, embotan por el contrario la de la mujer. La mujer que estudia estas ciencias y mientras las estudia tiene la mente más turbia y anieblada

que la que no las estudia, y eso porque pierde la fe en su facultad observadora, que constituye su fuerte, y en cambio, cifra la demasiado en la facultad deductiva, en su ciencia, que es su flaco. Tiene la mente más llena de brumas porque esas ciencias abstractas la desvían por completo de la orientación práctica e intuitiva en la vida y no las substituye con nada, y porque, careciendo de sentido crítico, cree la mujer cual si fuera el Evangelio, todo cuanto le enseñaron y no pasa a admitir la existencia de cuanto no sea aquello.

La mujer que estudia empieza a ser de nuevo inteligente luego que olvida su ciencia y su aplicación; cuando se consagra a la práctica, es decir, cuando completa la ciencia aprendida con el espíritu de observación, de ingenio y maña que posee; cuando el alma femenina toma otra vez la delantera. Todo lo contrario sucede con los hombres; jóvenes inteligentísimos en las aulas, mientras sólo se trata de poner en juego las facultades intelectivas, pierden muchísimos quilates de valer cuando llega el caso de poner por obra las cosas aprendidas. Obsérvese que las mujeres que han dejado un nombre en la historia: Jorge Sand, Elliot, Beecher, Stowen, Matilde Serao, Ada Negri, fueron mujeres sin estudio, que pergeñaron sus novelas y sus poesías, espontáneamente, tal y como su fantasía las engendraba; mientras que de tantas mujeres como hace años siguen los estudios masculinos, contadas son las que se han distinguido en ellos.

Para cultivar su mente, necesita la mujer medios diferentes que el hombre. Necesita hallarse colocado en condiciones de observar mucho y bien, tener ocasión de conmover y, sobre todo, ha de ejercitarse en cosas que la interesen y apasionen y acostumbrarse a agudizar sus observaciones directas, con las cuales puede aportar verdaderamente un preciado tributo personal a la ciencia.

*

* *

No soy, a pesar de todo, opuesta a que las niñas frecuenten las escuelas de niños, según es moda hoy. Los programas de las escuelas varoniles no se acomodan mucho a la

índole femenina, pero tampoco los de las escuelas de niñas adáptanse mejor. Y además, por el hecho de ser mixtas esas escuelas, ya ofrecen muchas más ventajas prácticas que no pueden hallar fuera de allí ni la niña ni el niño. La chica que frecuenta las escuelas de chicos, pierde mucho de ese sentimentalismo que podía resultarle nocivo en la vida, convirtiéndose insensiblemente de que no existe ese joven ideal con que sueña su hermanita, educada en las escuelas femeninas. De otra parte, el muchacho obligado, a reconocer la mayor sensibilidad de su compañera, empieza por reírse de ella, acabando por respetarla y exigir a los demás que la respeten, con lo que insensiblemente vasa humanizando.

Además de esto, la intimidad que se establece entre los bancos de la escuela, hace que niñas y niños se conozcan más a fondo, en otros aspectos que el del amor. Los estudios comunes obligan a la mujer a habituarse al árido y viril lenguaje de la ciencia, que va diferenciándose más cada vez del normal, capacitándola para ser la compañera intelectual del hombre que el día de mañana elija.

Estos estudios tienen aún otra utilidad práctica nada despreciable, pues pueden ofrecer a la mujer un medio de ganarse la vida, induciéndola a seguir alguna carrera de su gusto: enseñanza, medicina, agricultura; y puede, además, realzar no poco su prestigio. Los hombres, que son tan lógicos en el razonar, lo son poquísimos en la práctica, y no estiman lo que aman, lo que es para ellos cómodo y provechoso; haciendo, en cambio, mucho aprecio de lo que les impone sujeción, y a veces hasta de lo que detestan. (De aquí la gran importancia de la etiqueta, que han concluído por adoptar todas las aristocracias, y que observa rigurosamente la Iglesia). Por lo que revisten mayor prestigio a los ojos de aquéllos, esas mujeres papagayos que los miran desde lo alto de sus eruditas citas, que no esas otras más modestas, a las que ellos miran desde lo alto de su útil ciencia, sin percatarse de los preciados servicios que cada día les prestan, con sus juiciosas observaciones, fruto del afecto.

Aparte de esto, si el estudio no aguza la inteligencia femenil, dilata, sin embargo, el campo de sus observaciones, permitiéndole sacar más provecho de la experiencia de la vi-

da y expresar mejor sus ideas, viniendo a ser algo así como el estudio de una lengua extraña que no aumenta los conceptos, pero sí acrece los medios de mantener comunicación con el mundo externo.

Además, si estos estudios no aguzan su cerebro, presentan la ventaja de no fatigarla en demasía ni causarla excesivo tedio.

La memoria y la intuición permiten por sí solas a las mujeres seguir los mismos programas escolares que los hombres y alcanzar el mismo grado de cultura exterior que el hombre, es decir, poderse licenciar en alguna carrera y hasta hacerlo con mayor brillantez y fijar en su mente toda la ciencia y la experiencia que los hombres aprenden en los libros con el razonamiento, la deducción, la lógica, la reflexión y la atención.

Si la muchacha es de mediano ingenio, esto es, de intuición no más que mediana y ha de llegar a licenciarse con ayuda de la memoria, el aprender le costará mucho trabajo; pero atendida su pasión por la actividad y su amor propio, mucho mayores que en el hombre, puede resultarle agradable incluso esa *empolladura*.

Pero el alcanzar, por el contrario, el mismo grado de sapiencia que el hombre por medio de la intuición, es la cosa más distraída y menos fatigosa que existe. La ciencia en este caso se adquiere por sí sola, como por ensalmo, sin saber cuándo ni de qué manera. Se oyen lecciones, se hacen ejercicios mecánicamente, se siente, se trabaja y no se entiende jota. De pronto se tiene como una revelación y por intuición nos penetra una gran marejada de nociones. Se comprende entonces una suma de hechos y de reglas que ya antes se nos explicaron o más tarde se nos explicarán. Sigue luego a este estado de erupción otro de reposo; y vuelta de nuevo a la revelación y así sucesivamente. Y suelen ser esas lecciones que menos les interesan a los muchachos, lecciones de ejemplos, las que precisamente brindan a las chicas estas revelaciones. En el fondo ese es, después de todo, el mecanismo con que de viva voz se aprenden las lenguas exóticas. Isabel Browning, que aprendió griego, sólo de oír las lecciones que le daban al

hermano, hasta el punto de traducir de corrido, confiesa que *no sabía cómo se las arreglaba*. Tal modo de aprender tiene muchas ventajas incluso sobre aquel otro mecánico, tanto más cuanto que no lo excluye, y también sobre el procedimiento masculino, ante todo la de no cansar. Sólo que la ciencia aprendida de esta suerte no resulta estable ni comunica nunca esa seguridad que al hombre le infunde el haber aprendido lógicamente las cosas.

Poseyendo un cierto grado de intuición y una memoria normal, puede una muchacha seguir los estudios varoniles con mucha menor fatiga que un chico; mas no puede obtener de ellos los mismos resultados. La ciencia es, en estas condiciones, una verdadera distracción, una novela cuyo desenlace estamos a cada paso buscando y encontrando, no un medio para elevarse más arriba.

En ninguno de esos dos casos aguza el estudio la inteligencia femenil, ni le infunde, como algunas veces al hombre, el amor al estudio; es decir, que en ninguno de ambos casos hace el estudio que la muchacha se acostumbre a pensar, reflexionar, deducir, abstraer, enlazar y coordinar sus ideas. El estudio no modifica la forma de su mente que se estimula al trabajo, no mediante abstracciones, sino por la fuerza de la emoción.

Y ésta es la razón de que la mujer necesite entrar en el mundo abstracto de la ciencia, la política y las letras por la puerta de lo concreto y de que en otros siglos, cuando no la acuciaba ese extraño deseo de ser, fúndase para su sexo otras universidades distintas de las masculinas y cuya importancia social no fué ciertamente menor, no obstante no exigirse formalidad alguna para ingresar en ellas ni expedirse tampoco ningún título a quienes cursaban sus estudios: los salones. Allí en su propia casa o en otras casas análogas, en el trato con personas a las que conocía personalmente, pudiendo discutir con ellas de historia, de filosofía y de política, sin citar nombres ni fechas, era donde la mujer de los pasados siglos aprendía y hasta sin advertirlo enseñaba las ciencias, asimilándose cuanto de concreto podían ofrecerle los hombres estudiosos y poniendo, en cambio, a su servicio su intuición sutil y su rápida adivinación. Los salones literarios, donde

todos podían conocer e interesarse personalmente por el que hablaba; donde la mujer podía juzgar de la inteligencia del interlocutor sin más ayuda que la de su fino husmo, prescindiendo de los consejos de la crítica, y todos podían ayudarse material y moralmente los unos a los otros, sin más aspiración que el placer de ayudar al prójimo y recibir en retorno su ayuda, y los literatos noveles podían hallarse en igualdad de condiciones, en contacto con los de las generaciones pasadas; esos salones donde el ingenio femenino podía fermentar y completar el masculino, y viceversa, ejercieron en el progreso de la cultura general un influjo harto mayor que muchas academias con ese fin fundadas, porque allí encontraba verdaderamente el genio, en la sutil intuición de la mujer, quien supiera distinguirlo antes que se manifestase en público y en la femenina generosidad quien lo apoyase antes que tuviese en sus manos la gloria o el poder, a veces cuando los demás lo desdeñaban y ponían en entredicho, lo que es muy raro suceda nunca en los varoniles ateneos. Obsérvese que en siglo alguno rayaron tan alto hombres y mujeres, en punto a cultura, como en el 700, época que marca el apogeo de los salones, con todo y no recibir entonces la mujer sino una instrucción totalmente rudimentaria y ser harto escasas e inadecuadas las enseñanzas públicas ofrecidas a los varones.

SEGUNDA PARTE

APOYOS Y FRENOS MORALES DE LA MUJER

FUNCION DE LA RAZON

Dije antes qué cualidad característica, dependiente de la pasión y la intuición de la mujer es su falta de lógica, su tendencia a regular sus actos, no de acuerdo con la razón y la reflexión, sino con el impulso, con la intuición, en una palabra, a obrar siguiendo los dictados del instinto. Nosotras, las mujeres, tenemos todas una dificultad enorme para comprender que en la vida a una premisa determinada, han de seguir irremisiblemente determinadas consecuencias, y una repugnancia instintiva a acomodar nuestros actos a una teoría preestablecida; lo cual se nos antoja algo artificioso, algo así como una falsificación de nosotras mismas; y aun diré más: casi todas nosotras sentimos aversión instintiva a aceptar lo que en nuestro propio interés nos aconseja la lógica. Realizar lógicamente una acción determinada, porque pudiera sernos provechoso abstenernos de ella, porque pudiera redundar en nuestro daño, nos parece indigno de una mujer honrada.

Ahora bien:

Esta falta de lógica, que dicho sea de pasada, no dejan de reprocharnos los hombres, es un defecto mental que conviene combatir y atenuar o una de esas misteriosas deformidades cuya corrección acarrearía otra deformidad aun mayor, en sentido contrario. Teóricamente debería ser la lógica el razonamiento sano, el eje en que se apoyasen todas nuestras ac-

ciones, y en este caso, nuestra escasez de lógica resultaría un defecto que importaría combatir.

La irreflexión con que procedemos en la vida recalca mucho algunos de nuestros defectos; la intolerancia, los celos, la parcialidad y ese no estar nunca contentas, cosas todas que acaso el razonamiento pudiera atenuar. El hábito de no razonar nos impide, a veces, plantear el problema de la vida en sus verdaderos términos y aceptar nuestra situación tal y como es, dando lugar en ocasiones a esa irritación sorda e irracional que engendra las xantipas insufribles para ellas mismas y para los demás.

Y es que para vivir con razonable tranquilidad precisa hacerse una idea clara de la propia situación, darse razón de ella, y atendidos esos datos inmutables entre los cuales se hallan la familia, el ambiente, las riquezas de que disponemos y las aspiraciones de que tenemos conciencia—tratar de resolver lo menos mal posible el problema de la vida. Eso es lo que por regla general hace el hombre, que es lógico y razonable, logrando una relativa tranquilidad de espíritu, que a los ojos de su egoísmo puede parecer la dicha misma.

En cambio, la mujer que carece de lógica y de reflexión, no distingue o no quiere distinguir lo posible de lo imposible, las condiciones variables de las inmutables de su vida, obstínase en estarse engañando y desengañando continuamente y lucha con sañudo ahinco así contra las unas como contra las otras. ¡Oh, y qué feliz sería yo—sigue pensando—si mi marido fuese de este modo, si viviese en ese otro medio! Y se empeña en querer resolver el problema de la vida, intentando alterar estas condiciones inmutables; y como casi nunca lo consigue, concluye llenándose de bilis y sufriendo ella y haciendo sufrir a los demás. En el fondo no hace sino repetir el razonamiento de muchas cocineras durante los años de penuria, las cuales se ponen a lamentarse y echar de menos los ingredientes que les faltan, en vez de aguzar el ingenio para aderezar una buena comida con aquellos de que disponen. Sólo que no siempre resulta descabellado en la vida el razonamiento de la cocinera.

¡Cuántas veces con su desesperada falta de lógica no logra la mujer el triunfo en empresas que la lógica de los hom-

bres declaraba imposible? Y es que la pasión subvierte con frecuencia y fácilmente los límites de lo posible, cambiando por modo increíble los valores de las fuerzas.

Prácticamente, pues, varía la importancia del razonamiento, según los objetos a que se aplica y los fines que se aspira a conseguir. Para hacer progresar las ciencias, en las que hay que seguir teorías y se puede y se debe deducir de las premisas, consecuencias fijas e inmutables, resulta indispensable la lógica. Quien no sabe valerse de la lógica en sus estudios o en su arte, no es apto para los unos ni para el otro, ni obtendrá nunca en ellos nada sobresaliente. Para vender mercancías, organizar una industria, una sociedad o un estado y sostener un determinado orden político-social, es la lógica la única guía segura. Y lo es también para alcanzar un puesto, obtener una distinción, conquistar un grado académico o un premio ambicionado. Pero, ¿de qué pueden servirme a mí la lógica y el razonamiento, si lo que quiero es amar y ser amada, mirar por los demás y que los demás miren por mí? ¿De qué me puede servir la lógica si sólo aspiro a cumplir mi misión de mujer, es decir, alcanzar un fin cuyo placer cífrase por entero en creerlo espontáneo? Para desear ardentemente hijos que criar, niñitos pequeños por los que velar noche y día, lo que es el sueño de toda mujer, sueño en verdad útil y conveniente para todos, es menester que la pasión altruística raye en ella a mayor altura que los propios intereses, que su pasionalidad predomine sobre su lógica. Para criar hijos que no saben expresarse y velar por la salud y por el bienestar material y moral de quienes nos rodean, de bien poco en verdad sirve la lógica.

Las personas vivas no se acomodan a los marcos de la lógica con tanta facilidad como los teoremas matemáticos; en los seres vivos, las necesidades, los deseos, las capacidades físicas y mentales cambian a cada instante, y estos cambios son difíciles de ver y de determinar, tratándose a veces de simples matices, que sólo la intuición puede coger al vuelo, sin siquiera darles estado de conciencia. Este niño que hoy me resuelve a maravilla un problema matemático, no sabrá hacer mañana una simple división, y este otro que hoy digiere cualquier alimento, es muy posible que no pueda ma-

ñana digerir la leche ni los huevos. Este chico, que hoy recorre sin cansarse 40 kilómetros, quizás no pueda mañana llegar a los 20. A este niño hay que tratarlo con el látigo; a este otro, se consigue todo a fuerza de mimo. Este muchachito de doce años es ya todo un hombrecito; aquel otro de veinte, es todavía un rapaz. Este juguete, que hoy tiene un valor estimulante como veinte, quizás mañana ya no tenga ninguno.

El hombre y la mujer que ejercitan una profesión, que se dedican a la ciencia, han de servirse de la lógica si desean triunfar; pero quienes se dedican a la vida viva, sea cualquiera su sexo, pueden prescindir por entero de la lógica.

De otra parte, con un mediano ingenio, hombres y mujeres sin distinción, pueden aplicar la lógica a los negocios, a los estudios, al arte o a la ciencia, porque así en los unos como en los otros, es fácil advertir cuándo cambian los términos, y cuándo, por lo tanto, han de cambiar las consecuencias; pero usar la lógica en la esfera en que ha de actuar la mujer, es empresa hartó más difícil. Para criar y educar a los hijos, para gobernar una familia, y darle a cada cual el apoyo material y moral que necesita; para amar y hacerse amar a fuerza de lógica, y para calcular con exactitud, minuto por minuto, los cambios de conducta que los rápidos y continuos cambios de las circunstancias hacen inevitables, según sucede en la realidad viva, sería menester realizar cálculos gigantescos, a lo Pearson, de que sólo son capaces las inteligencias superiores, tanto femeninas como varoniles, mientras que, por el contrario, a todo eso se llega con facilidad maravillosa, merced a la pasión y la intuición, que nos permite adivinar al minuto, sin el menor esfuerzo, los placeres y dolores de nuestros semejantes.

La pasión, la intuición, son instrumentos más burdos, si se quiere, o menos exactos, que la razón y la lógica, pero en la vida práctica nos resultan tan útiles, o quizás más que estas últimas, pues poseen la gran ventaja de ser rápidos, de impulsarnos al acto, en vez de retardarlo, de responder por modo perfecto a las necesidades cotidianas y ser de aplicación fácil, lo que no puede decirse de la lógica. De donde resulta, que muchas veces una mujer, de mediano talento, sin

instrucción, ni pretensiones de razonadora, que se deja guiar del instinto y la pasión, y no de teorías generales o razonamientos, condúcese y conduce a los suyos mejor que esas otras mujeres que se dicen instruídas, y tienen la cabeza atiborrada de teorías, que se empeñan en llevar a la práctica, a todo trance, al modo de los hombres. No hay cosa peor en esta vida que las mujeres teorizantes. ¿Cuántas veces no hemos visto amustiar, ya de hambre, ya de indigestión, a pobres nenes, víctimas de la lactancia tasada, que resulta escasa para unos, y para otros excesiva?

En el fondo, si me fuera lícito expresarme con una paradoja, diría que la mujer es de una lógica perfecta, cuando obra inconscientemente, a impulsos del amor, mientras que pierde todo hilo conductor, en cuanto se pone a razonar o teorizar.

Y es que la mujer del promedio, cuando ajusta sus actos al amor y a la intuición, labora con datos que todavía no alcanzaron en ella el estado de conciencia, apenas perceptibles, pero que son verdaderos, reales y contemporáneos, pudiendo sacar de ellos consecuencias adecuadas; mientras que la mujer que se obstina en teorizar y no hacer cuenta sino de aquellos datos de que tiene conciencia plena, apóyase en hechos que a veces no son ya verdaderos en el momento en que los examina, conduciéndola fácilmente a conclusiones descabelladas.

Y aparte esto, cuántas ventajas no tiene para la mujer su falta de lógica. Precisamente por dejarse guiar del instinto y no de la razón es por lo que, en general, se muestra tan alegre, tranquila y llena de ilusiones, mucho más que el hombre. Pues mientras que el razonamiento requiere una tensión cerebral, una preocupación constante que quita fuerza a la acción y bríos a la alegría; la pasión y la intuición no exigen tensión ni esfuerzo alguno. El teorizar con harta sutileza en vez de obrar súbitamente, el haber de afrontar las continuas dudas que delante le pone la lógica, sería por lo tanto para una mujer ávida de actuar en la vida e impaciente por conocer los resultados de sus actos, más doloroso que cuantos yerros pudiera acarrearle su improvisación, su falta de lógica. Esta, además, ocúltale a la mujer lo trágico de su

posición, permitiéndole vivir al día, sin pensar y disfrutar de las humildes alegrías con que debe darse por satisfecha, aunque sean pasajeras e ilógicas. La falta de lógica libra a la mujer de esa desconfianza que para una criatura activa es más dolorosa todavía que una desilusión, porque esta última siquiera tiene la limitación del hecho consumado, en tanto que la otra no tiene ninguna. La falta de lógica que impulsa a la mujer a satisfacer sus instintos antes que sus intereses, la permite también cumplir su cometido mucho mejor que un gran desarrollo del razonamiento, que fatalmente la conduciría a perseguir sus intereses a expensas de sus pasiones.

La ilogidad es, finalmente, el fundamento de la plasmabilidad de la mujer. Cierto que algunas veces obstínase la mujer con ilogidad desesperada en querer cambiar los límites de lo imposible; pero en muchos otros casos aplica la misma ilogidad desesperada a encontrar magníficas y gratas las más ingratas condiciones, a que haya de someterse por dar gusto al hijo, al padre o al marido, que exigen ya compañía, ya soledad, ora lujo, ora modestia, y le imponen tan pronto la plácida vida provinciana como la vertiginosa de una gran metrópoli. Este continuo cambio, este continuo doblegarse al ajeno deseo, es doloroso y difícil para quien razona y más doloroso y difícil todavía para quien se empeña en ajustar su vida a teorías generales; mas resulta tarea llana y suave, que no implica sacrificio alguno y se realiza como sin sentir, para quien no razona y se deja arrastrar al minuto, de la intuición y del amor. Que amor y lógica andan casi siempre a la greña.

Y para un ser que fatalmente depende de los otros en razón del amor que les tiene, esa plasmabilidad no es poca cosa.

P E L I G R O S

Pero si la lógica, el razonamiento, no nos son a nosotras, las mujeres, tan necesarios como a los hombres, para

lograr los fines diversos de nuestra actividad, ¿no nos serán tampoco igualmente necesarios que a ellos cuando se trate de emplearlos como guía y freno moral para la dirección de nuestra vida interna?

Creo que no.

Cuando el individuo no es intuitivo ni apasionado, cuando no tiene impulsos espontáneos que le muevan a obrar, como por lo general acontece al hombre, cuando el individuo persigue únicamente sus propios intereses y únicamente goza en perseguirlos, cual al hombre le ocurre, el razonamiento que le muestra cuál es su deber y la lógica que lo impele a un acto antes que a otro, son la guía y el freno mejor, quizá el único que pueda haber a mano. Cuando no es uno altruísta y no siente dentro de sí ese terrible acicate que lo impulsa, quieras que no, a ocuparse en el bien o el mal ajenos, resúltale no sólo útil, sino hasta indispensable el razonamiento que le da a conocer dónde pueden sus actos ser provechosos o nocivos al prójimo. De otra parte, el razonamiento que debe indicarle al hombre cuáles son sus defectos y cómo es menester que ponga un freno a su egoísmo, es un razonamiento sencillísimo que cualquier hombre puede hacerse. Los defectos más corrientes del hombre: su grosería, su falta de generosidad, su carácter feroz, su indiferencia para el mal ajeno, su indolencia, su volubilidad en el amor, su sensualidad, su pasión inmoderada por el alcohol y el tabaco, no se pueden confundir con virtudes, pues saltan a los ojos de todos, incluso a los suyos. No es raro el que verdaderos delincuentes reconozcan que sus actos son reprobables, y que así lo confiesen también incluso hombres sencillamente malos, que no han caído en las redes del Código penal. Hasta da pie esto para que muchos malvados no titubeen en reconocer sus defectos, y que haya mujeres sentimentales que se enamoren de ellos; entusiasmándose ante la idea de convertirlos al bien, cual se convertirían ellas si se hallasen en el mismo caso. Pero de otra parte, precisamente por ser defectos de todos conocidos y que el razonamiento le descubre al mismo que es su víctima, es muy difícil que este último pueda servir para aumentar su alcance. No es el razonamiento el que acrecienta la falta de generosidad o la sensualidad del hombre; sí el

razonamiento no es nunca un freno suficiente, tampoco es nunca un excitante; y con efecto, un gran promedio de delincuentes sale de los individuos deficientes, que delinquen porque no saben medir el alcance de sus actos.

Mas la mujer encuéntrase en condiciones muy diversas. Sus defectos, como sus buenas cualidades, proceden casi siempre del altruismo, o mejor dicho, del alterocentrismo que informa casi toda su vida moral e intelectual y que con facilidad resulta invertido, desviado o excesivo. La intolerancia, el chismorreó, el feroz rigorismo de la mujer, su vehemencia en la venganza, su irritabilidad, su sentimentalidad y su tozudez, su excesivo amor propio, su litigiosidad y otros defectos propios de la mujer, no proceden de un egoísmo excesivo, sino de un alterocentrismo excesivo o desviado de su verdadero cauce, de una pasionalidad excesiva.

De suerte que el razonamiento que hubiera de hacerle comprender a la mujer que estos son verdaderos defectos, resulta tan complicado que casi sobrepasa los alcances de una inteligencia corriente. Con la lógica ordinaria, toda mujer podría demostrarse a sí misma que la sed de venganza es sed de justicia; la intolerancia, legítimo celo por el bien ajeno; la curiosidad, el chismorreó, indicio de interés por el prójimo, y los celos, amor; es decir, que podría demostrarse a sí misma, merced al razonamiento, que sus defectos son otras tantas virtudes.

No le he oído jamás a ninguna mujer, ni a la más consumada delincuente, confesar, como tantas veces se le oye al hombre, que fuera mala. Ninguna mujer acaba nunca de convencerse de que sus defectos lo son. Y no sólo no le sirve a la mujer el razonamiento para reconocer sus propios defectos y corregirlos, sino que a veces incluso la impulsa a servirse de ellos en el modo más cruel. Nada más sencillo que emplear el razonamiento para agravar la venganza o las coacciones inspiradas en la tolerancia o la envidia, y la facilidad con que apelando a la razón podría la mujer satisfacer sus peores pasiones, debe ser la causa principal que nos hace sentir algo así como espanto ante la idea de emplear la razón en la práctica de la vida, y al hombre le inspira tanta instintiva desconfianza hacia las mujeres que razonan. Desparramad a

vuestro alrededor la mirada y decidme si no os han hecho más daño esas mujeres frías y calculadoras que razonan, que no esas otras impulsivas, irreflexivas y apasionadas, que, al parecer, son las peores.

MEDIOS QUE PUEDEN SUBSTITUIR A LA RAZON

Pero si el razonamiento no le sirve de estímulo y de freno a la mujer, ¿no existirán otros medios que puedan substituirlo? Yo opino que sí y creo que son los mismos a que hombres y mujeres han recurrido siempre por instinto: los ejemplos, las tradiciones, los ideales. Las mujeres, y quizá también los hombres, cuando se disponen a la acción, si el instinto no los guía por modo seguro, antes que teorizar lo que hacen es agarrarse a los ejemplos de casos semejantes que vieron, leyeron u oyeron referir, y con el pensamiento se imaginan lo que habrían de decir, en caso semejante, la decisión que habrían de adoptar las personas de su estimación y cuyo aprecio ambicionan.

Por la pasión que la mujer tiene de amar y ser amada, por la avidez con que desde los más tiernos años, propende a granjearse el afecto de quienes la rodean, esa tendencia es en ella más fácil y espontánea que en el hombre. Sin hacerse fuerza alguna, sin ningún razonamiento, por el solo deseo de que la amen lo más posible, trata la mujer de corregir, de celar, de reprimir todos esos instintos que las personas con quienes convive llaman vicios, y los desprecian, propendiendo, cualquiera que sea el sacrificio que le cueste, a fomentar todas esas otras tendencias que las referidas personas ensalzan y llaman virtudes, aunque no lo sean.

Sea cualquiera el ambiente en que la niña viva, y el grado de razón que posea, concluye por encarnar el ideal que de la mujer se forjó su ambiente o el ambiente en que aspira a vivir y por el que siente admiración, propendiendo a orientar inconscientemente sus actos hacia ese ideal, mucho más que hacia el razonamiento.

De suerte que los ejemplos, los desenlaces que ha presenciado, así como también los juicios que en las diversas contingencias de la vida oyóles formular a las personas que la rodean, son sus naturales hilos conductores. La mujer propende a modificar sus instintos en la dirección que ve más estimada, a fraguarse un modelo ideal de la mujer, que responda al aplauso de quienes la rodean y a encarnarlo en su persona.

De aquí la enorme importancia que para la moral de la mujer tiene el medio en que vive, los libros que lee, las comedias que ve representar y los actos de que es testigo; y, sobre todo, *el juicio de aquellas personas que componen su medio sobre las protagonistas de esos libros, esas comedias y esos actos*: porque con arreglo a esos juicios, gobernará su vida. Y yo creo ciertamente que la gran boga de la literatura ibseniana, con su relativo poner por las nubes a la mujer que busca a todo trance ser feliz, ha contribuído no poco a la desorganización familiar de que somos observadores impotentes. Verdad que las tradiciones, los ejemplos y juicios son un medio de acción indirecto y por lo tanto harto más complicado y difícil de aplicar que oportunamente que la razón. Pero merced a ese equilibrio que espontáneamente fórmase en todas las cosas, la mujer que ha de aprovecharse de ellos, hállese en posición privilegiada por lo que a este respecto atañe. Quizá sea difícil establecer ejemplos y tradiciones a las que haya el hombre de ajustar su conducta, sobre todo en los tiempos modernos, porque su profesión le coloca en condiciones que pueden variar hasta lo infinito, ya que los cambios de lugar que emprende con miras al lucro y al fomento de sus intereses, suelen imponerle diversas condiciones de vida; pero nada es, por el contrario, que establecerlos para la mujer, en quien, profesión y misión se confunden, siendo cosas fijas e inmutables.

Los casos en que la mujer puede encontrarse, los problemas y contrastes con que haya de tropezar su inteligencia y su corazón, son fijos y fatales; limitado es el campo en que habrá de emplear sus talentos y dirigir su vida, como limitadas y fijas las tareas a que ha de consagrar sus horas e invariables sus pesadumbres y sinsabores. Redúcense éstos, en

suma, a sus choques con el hombre al que ama, sin reciprocidad o que la ama sin amarle ella o no ama, pagándole él en la misma moneda; la aspiración a un amor ideal que no llegará nunca a encontrar un compañero con el cual arreglar su vida lo menos mal posible, organizar la nueva familia y mantenerla en equilibrio con los recursos y el medio.

La represión de un amor que no puede satisfacer los desvelos materiales y morales de la crianza y educación de los hijos, sus desencantos y vicisitudes, resumen las tribulaciones y las tragedias de su vida.

La vida de la mujer, limitada por todo lados en acción e ideación, por los límites mismos de su misión uniforme, es una función *sui generis* que sólo remotamente puede asemejarse a la del agricultor, dedicado también todas las horas del día a velar por las tiernas vidas que le están confiadas y crear otras nuevas; vida difícil de cumplir en modo perfecto y, sobre todo, de innovar, pero facilísima de ser medianamente desempeñada. En el fondo, una mujer que tenga, aunque sea una inteligencia menos que mediana, como no tenga pretensiones especiales, y esté bien impuesta en sus deberes domésticos, como no le sean demasiado desfavorables las circunstancias exteriores, podrá desempeñar su cometido de dueña de su casa tan bien como una mujer de superior talento. En la tradición que con la educación le transmitieron, podrá hallar la clave de todas aquellas situaciones en que le acaecerá encontrarse incluso de las que parezcan más complicadas y personales. Y quizá sea ésta la razón por qué muchas mujeres, que podrían vivir muy bien sin preocupaciones y hacer pasar una vida muy agradable a su familia, concluyen por acarrearse a sí mismas y a los suyos la desgracia, llevadas de su prurito de *salirse de lo vulgar*, que creen muy por debajo de sus capacidades; todo por emplear su inteligencia en introducir innovaciones que no saben ni pueden realizar allí donde lo mejor sería atenerse al modelo convenido; siendo ésta la razón de ese espanto que las mujeres de talento suelen infundirles a los hombres.

Atendido, pues, que los casos en que la mujer puede encontrarse son tan limitados, y tan fijas las dificultades, resultala mucho más provechoso y cómodo imitar los ejem-

plos legados por las mujeres modelos y seguir las tradiciones sobre estos modelos calcadas y refrendadas por la sociedad, que no devanarse los sesos por idear novedades.

Más que acostumbrar y obligar, pues, a la mujer a una reflexión que le repugna, y que, si no está dotada del necesario talento, puede conducirla fatalmente por extraviados caminos, importa a la sociedad no perder de vista el ideal que vaya forjándose, y los modelos que imitar se proponga. Ideales y modelos harán veces de guía y freno, mucho mejor que no las teorías y la lógica. Efectivamente, si el ideal que la mujer se forjó, es malo, no servirá la lógica sino de hacerla hipócrita, mientras que si el ideal es bueno, aunque carezca por completo de lógica, ese ideal le guiará a través de la vida, por entre las más adversas peripecias, mucho mejor de como pudiera hacerlo la lógica, despertando en ella esa aversión invencible, aunque no razonada, al mal, que es un freno mucho más seguro que toda lógica y todo razonamiento.

Obsérvese que el ideal, el miedo a la opinión ajena, el hábito de ajustar la propia conducta a determinado modelo, pueden servirle de freno incluso a quienes tienen instintos perversos, mientras que en tales casos resulta por completo impotente la lógica.

En la práctica, en la vida, resulta mucho mejor que la mujer se abandone a su instinto, a su intuición, a su amor y a los ejemplos, que no se esfuerce por adquirir una lógica, que como no vaya acompañada de un esfuerzo superior a sus fuerzas, no habrá de conducirla nada bien al través de la vida.

* * *

Pero la tradición, los ideales, no le bastan siempre en la vida a la mujer. Esta suele necesitar también de consejos, de apoyos directos, que en ciertos casos puede y debe buscar en la razón.

Ya dije que el egoísmo es un guía inmejorable para conducirse en la vida, y que los infelices que no lo tienen, son como hojas al viento, presas siempre de las circunstancias ex-

teriores. Precisamente por esto, porque en general los instintos egoístas resultan débiles en la mujer, y con más razón cuanto más débiles sean, necesita aquélla apoyarse en alguien que la dirija y sostenga. En la infancia, en la primera juventud, encuentra a su lado ese sostén en el que la niña apóyase más que el varón. Pero, al correr el tiempo, empieza a flojear el apoyo de los padres, ya porque la edad los rinda, ya por separarlos toda una generación. No es fácil que los padres puedan rastrear los deseos y aspiraciones de sus hijos, ya adolescentes, y encauzarlos y dirigirlos con oportunidad, requiriéndose a tal fin alguien que tenga su misma edad aproximadamente. La niña fía y se confía mejor a la hermanita que a la madre; siendo ésta la razón porqué, al salir de la adolescencia, búscanse con tanta avidéz los jóvenes de ambos sexos. Es en esa época de su vida cuando la mozueta siente más agudo el deseo de un compañero, porque otro ser de su misma edad, que tenga con ella comunidad de ambiciones y de intereses, resultará verdaderamente el más a propósito para apoyarla el resto de su vida, por lo que el feminismo deberá proceder con la mayor cautela, al reclamar cuanto pueda hacer difícil y raro el matrimonio, pues fuera de éste, no podrá encontrar nunca la mujer ese apoyo que le es tan necesario.

Cuando la mujer tiene la suerte incomparable de encontrar un hombre que la dirija y sostenga, que se interponga entre su excesivo altruismo y las necesidades de la vida y la defensa con el propio egoísmo en que la envuelve, ya no ha menester nada más. Pero suele ocurrir que la persona que debería sostenerla, no resulta capaz de cumplir tal misión. En este caso, cuando la mujer que tiene instintos altruísticos, encuéntase sola, sin apoyo alguno y sin saber a dónde volver los ojos; cuando se encuentra en la más amarga de las situaciones, porque todo eso que llamamos desgracia es nada comparado con el sentimiento de estar sola y haber de conducirse sola en la vida, entonces sólo dos caminos se ofrecen a la elección de la mujer: o seguir al pie de la letra los dictados de la tradición y el ejemplo, sin meterse a discutirlos, o esforzarse por razonar. En la mayoría de los casos es aquél el mejor camino; pero si la que en esa situa-

ción se encuentra es una mujer dotada de superior talento, que posea esa capacidad verdaderamente rara de poder discutir con el propio cerebro, y poder calcular al minuto las rápidas variaciones de la realidad viva, no sólo le está permitido razonar, sino que tiene el deber de hacerlo, pues ha de serle provechoso. Provechoso a ella, porque tanto más difícil habrá de resultarle continuar atendida a la pauta de la tradición, cuanto más inteligente sea; y porque si no razonare, el instinto, cuyo estímulo crece a proporción de la superioridad, impulsaría con toda la fuerza de su pasión centuplicada a buscarse un apoyo humano fuera de la tradición, cosa que le vedan, no sólo por su propia conciencia, que se lo estaría recriminando toda la vida, sino también el instinto innato en toda mujer superior de circunscribir a ella misma los males que padece. Y está en el deber de razonar, porque a esas mujeres que podrían salir muy bien del paso con el ingenio y que por falta de suerte se ven obligadas a razonar, les está encomendada la misión de renovar o afianzar las tradiciones, que sólo puede modificar o innovar quien sufre y sabe razonar elevándose por encima del propio sufrir. Y está también en el deber de razonar, porque es increíble cuánto mal puede hacerse y hacerles a los demás el altruismo, incluso bien entendido, cuando excesivo es siempre en una mujer superior, no se encuentra dirigido ni refrenado por la propia o la ajena razón. No hay magnificencia de vida que el altruismo no pueda tornar trágica, si no lo contiene la razón. No hay situación, por sencilla que sea, que no logre complicar; porque mientras que el egoísmo, que sólo quiere complacer a una sola persona, sigue una línea recta, el altruismo que aspira a complacer a muchas y por diversos modos, sigue líneas sinuosas y fácilmente va a meterse en laberintos de difícil salida.

Así, pues, quede para las mujeres normales el gusto de poder vivir según las tradiciones, sin meterse en razonamientos difíciles y amargos. Y quede para las mujeres dotadas de inteligencia y corazón superiores, capaces de medir las repercusiones de sus actos, las variaciones que introducen en la vida, a cada minuto, las circunstancias externas, la obligación, cuando sufren, de razonar, de forjar los modelos y las

tradiciones a que habrán de ajustar su conducta las demás mujeres; deber modesto e ingrato, si los hay, porque pensar, medir, calcular tan en lo vivo, es causa de inauditos dolores y de angustias terribles, sobre todo a quien, como la mujer, es sensible al mal ajeno cuanto al propio. Sólo que en estos casos el dolor resulta aminorado por la incalculable repercusión de bien que un consejo, una tradición, un modelo, pueden tener en los demás.

TERCERA PARTE

La sociedad no nos exige a nosotras, las mujeres, que brillemos, sino que hagamos brillar cuanto nos rodea.

LA MUJER SUPERIOR

El concepto teórico que el vulgo se forja de un individuo superior—hombre o mujer—, es el de un ser dotado de corazón e inteligencia superiores al promedio, siendo ésta la razón por qué el concepto lombrosiano de la locura del genio ha encontrado tanta resistencia y despertado tamaña reacción. Pero en la práctica, lo que el vulgo espera de sus hombres superiores—héroes, sabios, santos, innovadores o genios—por él ungidos con la celebridad, es algo muy distinto. Generosidad, altruismo, delicadeza, sensibilidad, cualidades morales, familiares beneficios, todo eso queda inconscientemente relegado a segundo término en su juicio, mientras toda la atención se aplica a calcular hiperbólicamente sus cualidades intelectuales y el efecto práctico que surtieron en la sociedad. Wallisneri, Spallanzani, son menos célebres que Stephenson y Aüer, cuyos descubrimientos presuponen una inteligencia infinitamente menor; la azarosa vida de Cellini no merma en lo más mínimo la admiración que le profesa el vulgo. Las historias antiguas, los poemas heroicos, las fábulas y tradiciones no titubean en ofrecer a nuestra admiración genios, héroes, hombres de ciencia, cuyo valer moral es negativo y su valer intelectual, fuera del reducido círculo de su profesión, harto dudoso.

Si leéis los epígrafes destinados a conmemorar a los grandes hombres, si fijáis la atención en los epitafios que decoran los mausoleos, ya de los antiguos columbarios romanos como de los cementerios modernos, doquiera la piedad de los vivos quiso eternizar ante el público una existencia pasada, en la forma que más deseaba el difunto, veréis recordar el talento, el ingenio y los triunfos obtenidos por el hombre en su vida profesional, mucho más que su inteligencia en general o las virtudes familiares que eran ornato de su corazón. Lo que es muy natural, porque la inteligencia general del hombre y sus virtudes privadas tienen para la sociedad mucha menos importancia que el trabajo de sus manos o los descubrimientos que opera su cerebro; siendo fatal que así sea, porque la función que el hombre desempeña como marido, hijo y padre, desaparece en la sociedad ante la función que realiza como ingeniero, artesano o inventor. Pero si así caen las pesas para el hombre, no ocurre lo mismo con la mujer. A un hombre puede considerársele superior, con sólo que lo sea parcialmente, en su oficio, aunque en lo demás resulte moralmente inferior; mientras que no puede decirse otro tanto de la mujer.

Si leéis la historia antigua, si escucháis las tradiciones populares o leéis la Biblia, y los poemas sacros y profanos, donde se hallan descritas esas mujeres que hicieron más mella en la imaginación del pueblo, y más admiradas fueron de sus contemporáneos y de la posteridad, veréis cómo se las ensalza principalmente por las empresas que fomentaron, las alegrías que proporcionaron a sus semejantes y las lágrimas que les evitaron, por sus cualidades estéticas y morales, por su altruísmo, por su virtud.

Y no se diga que eso depende de la circunstancia de no haber existido nunca mujeres grandes desde el punto de vista intelectual. La mujer que crió la primera el gusano de seda o añadió levadura al pan, las mujeres que inventaron los innúmeros labores de aguja, que ahora ya son tradicionales, y las que inspiraron las determinaciones de reyes y ministros, eran no menos grandes que los poetas y ministros que pasaron a la posteridad nimbados de gloria. Esta no arroja su luz sobre los grandes talentos femeninos por la sencilla ra-

zón de que la inteligencia femenil no es tan apreciada como la masculina ni es la inteligencia pura lo que a la mujer se le pide.

Mucho se ha clamado contra semejante hecho, considerándolo como una injusticia. Pero no se trata de ninguna injusticia, sino de un instinto social, tan tenaz y necesario como el egoístico instinto individual. La sociedad paga con ilimitada admiración aquellas cualidades que resultan socialmente más útiles. Celebra la valentía del soldado, la profundidad del hombre de ciencia, el ingenio del inventor, la fuerza de la lógica en el filósofo, el sentido estético del pintor; porque estas cualidades, aunque parciales, son provechosas al progreso de las ciencias y las artes, y merced a ellas se acrece el prestigio de la nación. Y no se preocupa para admirarlos o celebrarlos de averiguar primero si el soldado o el inventor son generosos, sinceros, justos, amantes de su familia, si son o han sido buenos padres o buenos hijos, o si son o no genéricamente inteligentes, porque el ingenio en general o las virtudes particulares de los distintos ciudadanos, son, o a ella le parecen, de ninguna importancia social.

Por el contrario, antes de admirar y celebrar a la mujer quiere saber la sociedad a qué empresas dió aliento, quiere penetrar en su vida privada, hacerse cargo de sus cualidades estéticas y morales, exige ante todo que su heroína sea hermosa y buena, y como no lo sea, tendrá que fingirla tal para poder ensalzarla, porque ésta es la misión que inconscientemente le asigna. Si la sociedad hace mal en esto, cosa es que no me atrevo a resolver de plano; pero lo cierto es que el ser hija, madre, esposa e inspiradora, no es para la mujer una función privada cuya excelencia sólo hayan de apreciar sus deudos y allegados, ni una aspiración individual, en la que descansa sencillamente el corazón de un ser humano, sino una función social, que reviste general importancia, ni más ni menos que la del médico, el maestro, el artesano y el soldado. De otra parte, la diferente dirección de nuestro amor y nuestra inteligencia, nos traza una misión distinta, que el vulgo conscientemente no ve, pero que inconsciente y prácticamente exige. En todos los tiempos ha hecho burla el vulgo de la mujer marisabidilla, de la hembra macho, habiendo

admirado en cambio—y nótese que la admiración sigue siempre a la satisfacción de una necesidad—a la mujer madre, humilde y abnegada, a la inspiradora y propagadora entusiasta. Y es que, habiendo sido creada la mujer para ser algo de alguien, más que para pertenecerse a sí propia, para ser hija, madre y esposa antes que mujer, las luces y las sombras que acierta a difundir en torno suyo, son más importantes para la humanidad que la lámpara misma que esas luces proyecta.

No nos indignemos ni nos engañemos; la realidad es como es. Desde que Dios nos sacó de la costilla de Adán— a fin de proporcionarle una ayuda conveniente, y un apoyo—, hemos continuado siendo, excepción hecha de la maternidad, un apéndice del hombre y nada más; de igual modo que en razón de la maternidad, no es el hombre otra cosa que un apéndice de la mujer. Y si la vida material no podría continuarse sin nosotras, las mujeres, la vida moral, científica y artística, no nos necesita para nada. Con respecto a la ciencia, a la cultura, no pasamos de ser unos seres subsidiarios.

No es, pues, en el campo exclusivo de la cultura, el arte y la ciencia donde se han de buscar las mujeres superiores. No menos superiores que éstas son:

Las mujeres sublimes e ignoradas que crearon con su esfuerzo las tradiciones morales que hoy nos rigen, las mujeres que con sus dolores y sus sacrificios, conquistaron el prestigio y el respeto que hoy todavía disfrutamos nosotras; las mujeres que llegaron a dirigir a los hombres, inspirándoles acciones generosas y nobles propósitos; las mujeres que supieron ofrecer en aras de la idealidad el propio sacrificio, endulzando las amarguras de la vida, sosteniendo y consolando a quienes por el ideal luchaban.

Las mujeres que lograron establecer las tradiciones caballerescas varoniles que dotaron al mundo de tanta dignidad; las castellanas de la Edad Media, las princesas de nuestros minúsculos estados italianos que tanto protegieron las artes y las letras; las mujeres que a costa de sus dolores hicieron triunfar ese romanticismo, hoy menospreciado, y que, sin embargo, marcó en la historia una tan grande sublimación de la mujer.

Las mujeres que lograron imprimir la huella de su fino discernimiento en el arte, la ciencia y la política de su tiempo; las discretas ninfas egarias de los filósofos y los poetas, las alentadoras e inspiradoras de los genios de todas las épocas, cuyo perfume, conservados en los versos de los poetas, sus contemporáneos, combate todavía tan victoriosamente en las nuevas generaciones el vulgar prosaísmo de nuestros días; las mujeres que florecieron el mundo de alegría e hicieron por cegar las fuentes del dolor.

No; estas mujeres no hicieron ninguna obra maestra, pero las inspiraron y alentaron y las hicieron posibles. Aplicaron la alteza de su genio no a describir su angustia, sino a penetrar la angustia profunda que los ojos de los más no veían, a describir nuevos modos de conciliar la trágica y dolorosa posición de los mortales, y a hallar nuevos lenitivos a las fatales desigualdades físicas y sociales que tanto nos afligen. No; esas mujeres no hicieron ninguna obra maestra; pero emplearon lo mejor de su genio en la labor de hacer comprender a los incomprendidos y luchar por el triunfo de la realidad y la verdad, cuya supresión representa uno de los males más terribles y peligrosos que a la parte mejor de la humanidad aquejan. No; no han dejado tras de sí ninguna obra maestra; pero la firmeza de su síntesis ha contribuído a atenuar las fatales desigualdades que somos obligados a sufrir y esas odiosas injusticias contra las cuales debemos rebelarnos, al par que su corazón y su talento aplicáronse a despejar la confusión moral de su siglo—haciendo prevalecer el dechado de lo bueno y lo bello—y ofrecer a la mujer modelos con los cuales conciliar la misión, siempre la misma, de madre con aquella otra, eternamente mutable, de inspiratriz educadora.

* * *

Pero, teóricamente, impulsados por la fuerza de la costumbre de considerar al hombre como la suprema perfección de todo lo creado, escritores y pueblos de los tiempos modernos hanse dejado inducir a engaño, concluyendo por medir la valía de la mujer con el mismo metro que la del hombre, reservando sus alabanzas y públicos encomios para aquellas mu-

jeros que acertaban a producir obras literarias, científicas, artísticas o sociales, semejantes a las del hombre y que mejor habían asimilado la varonil cultura; para aquellas mujeres que vulgarmente se llaman las intelectuales, eliminando del torneo por la superioridad a aquellas otras que brillan como mujeres y que socialmente son las más importantes.

Escritores y pueblos modernos han dado en la flor de considerar como superiores precisamente a esas mujeres que han buscado un derivativo a sus propios instintos comprimidos o desviados en la esfera masculina; o a aquellas otras que, no habiendo podido florecer como mujeres, han aplicado parte de su inteligencia y de su corazón a esas esferas exteriores profesionales, peculiares al hombre. De aquí el general afanarse de las mujeres modernas, sin consultar para nada sus inclinaciones, por copiar con todas sus fuerzas al hombre, que venía a ser el modelo admirado y apreciado de ambos sexos.

Las consecuencias de esto no han sido nada livianas, pues el hombre, por el hecho mismo de tener una constitución diferente y haber sido creado para un cometido muy distinto, no puede ser un buen modelo para la mujer, que precisamente por haberse aproximado a ese modelo imperfecto, con relación a ella, ha empeorado notablemente.

En época alguna decayó tanto la mujer como desde que se empeñó en imitar al hombre y la leyenda de la inferioridad de la mujer nació precisamente en el momento de creerse, como hoy día, superior; porque en esta época actual, las mujeres mejores, las verdaderamente superiores, quédanse obscuras bajo el relumbrón de las medianas, en quienes puede más la ambición que el amor, el frenesí de gloria supera al placer de agradar y la porción varonil del ánimo ahoga a la femenina.

Este error de juicio, que ha hecho que la sociedad quisiera medir por el mismo rasero a hombres y mujeres, ha sido lo que ha dado pie a la leyenda de que son pocas numerosas las mujeres superiores y que cuando existen son astros de segunda magnitud, *hombres frustrados*. Lo cual es exacto, partiendo desde el punto de vista de la superioridad masculina: pues por el hecho mismo de ser nosotras mujeres, so-

mos hombres inferiores, de igual suerte que seríamos caballos inferiores si la piedra de toque fueran los caballos.

Lo mismo sucedería si tomando como único tipo de perfección a la mujer buscásemos los grandes hombres entre aquellos que saben cumplir mejor con los deberes femeninos, entre los mejores padres y los hijos mejores. En tal caso, iríamos a parar a idéntica conclusión, a saber: que el número de los hombres grandes es inferior al de las mujeres; que son de segunda magnitud, y cuando existen hombres superiores, presentan caracteres semejantes a los de las mujeres.

Sí, cierto es que entre las mujeres no se cuenta un Dante, ni un Shakespeare, ni un Newton; pero es que eso de componer poemas o descubrir las leyes del mundo, no es de nuestra incumbencia. Es que la mujer, ya se llame Kovalewski o madame Stael, no puede consagrar a la obra maestra más que el tiempo que le dejan libre sus tareas femeninas y el ánimo que le quede después de atender a sus preocupaciones familiares, pues jamás excelencia alguna la podrá eximir del cumplimiento de sus humildes funciones de madre a que el instinto la impulsa y la naturaleza la destina. Es que la pasionalidad impele instintivamente a la mujer a ayudar a los demás antes que a mirar por sí misma, y que para crear la obra maestra es menester tener ambiciones de hacerla y ambicionar la gloria, los honores y el poder, y en la mujer "mujer" la ambición de ser amada supera con mucho a la de ser célebre o poderosa.

Leed las cartas femeninas, las Memorias, las notas que nos han dejado las Ramusat, las de Stael, Recamier, Belgioioso, Jorge Sand, Julieta Lambert y la hija de Hokusai, esas mujeres que dieron pruebas de admirables aptitudes para las letras o las artes; repasad las cartas y las Memorias sobre madame Kovalewski y sobre Cayetana Agnesi, con todo y haberse acreditado de insignes matemáticas; y las de Isabel Browning y Clotilde de Vaux, que demostraron poseer ideas sintéticas y poéticas filosóficas, verdaderamente grandes, y ya veréis el poco lugar que la literatura, las matemáticas y la poesía ocupaban en sus corazones, los cuales palpitaban con ansia harto mayor por la vida y el afecto de quienes las rodeaban que no por la gloria de las obras que escribían. Y ve-

réis cómo si esas mujeres cultivaron el arte, la poesía, las matemáticas, fué o porque a ello las obligó la necesidad o simplemente por agradar a alguien.

* * *

Este concepto de la superioridad femenina tiene una gran desventaja, y es que resulta harto vago e ingrato, y esta es una de las razones que atrajo, y atrae, a tantas mujeres a la órbita varonil. Escribir libros, pintar cuadros, esculpir estatuas, son cosas perfectamente claras y definidas; pero, ¿y eso de forjar tradiciones, y acrecer el prestigio ajeno, qué es? ¿Cómo se hace? ¿Qué compensación nos granjea? Ninguna. Las heroínas mencionadas no tienen monumentos consagrados en las plazas públicas, sus nombres son desconocidos; a diferencia de los hombres superiores, que andan en lenguas y en ojos de todos, para ellas todo es anónimo y confuso. Siéntense sus actos, pero no se ven ni se tocan: viene a faltar la luz y a nacer el desorden en el siglo o en el país en que su función cesa; pero resulta, sin embargo, harto difícil decir quiénes son, ni en qué consista su influjo. Rayos de discreto calor que penetran inobservados, al través de las paredes, y cuyo fuego central escapa a la burda mirada del vulgo, nótase más su presencia cuando vienen a faltar, que mientras existen. Su virtud no da casi nunca motivo a la celebridad de poder comparar su alteza con los genios varoniles; no reside su superioridad en sus obras, sino en su vida. Su virtud, no parcial, sino total y armoniosa, suele pasar inadvertida a los ojos de los contemporáneos, mucho más propensos a encontrar grandes las desigualdades desproporcionadas, que no las grandezas homogéneas. y aun algunas veces, a los ojos de parientes y deudos, que no aciertan a aprovecharse de ella. Pero discreta y sutil, cual un perfume que no se sabe de donde viene, su actividad envuelve a cuantos seres la circundan; y sobre sus figuras de heroínas, reverberan premios más que todo otro alguno ambicionados; amor de deudos y allegados, simpatía de cuantos la conocen, y la viva llama de bien, la acción purificadora que en torno suyo ejercen. Bórranse sus nombres y no llegan a ilustrar

las páginas de la historia del mundo; que sólo perduran los nombres de aquellos que quieren que perduren y por ello se afanan y por ello luchan. Revelarles la realidad a los hombres, descubrirles lo que hay debajo de las formas que más impenetrables parecen, hacer triunfar los mejores ideales, no significa para ellas un modo de hacer méritos para la celebridad ni un medio para pasar a la historia y tener el día de mañana un monumento que su memoria perpetúe; sino sencillamente el cumplimiento de su propia y natural misión; la expansión de ese instinto de bien que la abrasa, la resolución de un aspecto de ese problema que es el único que a todas las mujeres interesa: el problema de la alegría y del dolor.

Esta diferencia radical entre hombre y mujer superiores, esta diversa misión presupone cualidades intelectuales y morales diferentes.

Las cualidades puramente cerebrales, las particulares aptitudes para esta o aquella ciencia o arte, tan preciosas para establecer la superioridad profesional masculina, representan un valor infinitamente más pequeño para la mujer superior. Es la superioridad de todas las principales dotes del corazón y de la mente femeninos a la que esa debe aspirar; la superioridad del altruísmo unido al razonamiento que sin cohibirla en sus volentades hacia el bien, le proporcionan los frenos necesarios para no extralimitarse demasiado; imaginación, delicadeza, rápida percepción del presente y clara visión del futuro, que la capaciten para servirles a los otros de guía firme y segura; una superioridad de intuición, de espíritu de observación y de introspección, que le permita coger al vuelo y participar activamente en la solución de los grandes problemas de su siglo. Los dolores, las reflexiones sobre las empujadas a sensibilidad que le haga perceptibles los más leves sufrimientos ajenos, generales y particulares, para mitigarlos y aliviarlos, y un conocimiento profundo del alma humana, merced al cual pueda distinguir la realidad que bajo la apariencia se esconde; una superioridad, en fin, general y armónica, de mente y corazón, que le permita atemperar la moral con la estética, la justicia con la piedad, con la realidad la abstracción y conciliar entre sí los caóticos progresos

logrados por los abstractos genios masculinos y los contradictorios influjos que en todo país y en toda civilización se manifiestan.

Sólo que, por desgracia, no puede lograrse todo eso sino al precio de grandes dolores. Esa intuición, esa sensibilidad que sirve para mitigar los sufrimientos, esa experiencia, ese equilibrio que conduce a la armonía, sólo se alcanzan a un precio terriblemente caro.

El hombre se beneficia de la ciencia que le legaron genios pretéritos para remontarse a nuevas teorías y engendrar sus inventos y obras maestras. Pero la mujer superior, por el contrario, ha de aprender y capacitarse para su misión, precisamente a consecuencia del choque con el mundo vivo contemporáneo que vibra y bulle en torno suyo, y por efecto de los dolores por ella sufridos.

¡Oh! No será consultando los libros en que están condensadas las experiencias ajenas ni atiborrándose a duras penas en las celdillas cerebrales toda la ajena ciencia, como se capacitará la mujer para distinguir lo verdadero de lo falso y la realidad de la apariencia, cobrando las fuerzas necesarias para hacerlas triunfar. No será en los libros donde podrá distinguir y hacer distinguir las injusticias contra las cuales es deber rebelarse ni las desigualdades fatales a que no hay más remedio que someterse. No será en los libros donde encuentre la palabra que consuela, el gesto que enardece, el bálsamo que aplaca, sino pasando por la experiencia y por la angustia de los desencantos; pasando por el duro y punzante trámite del dolor.

Las emociones que desgarran el corazón, las alegrías que embriagan, son los volúmenes por entre los cuales se eleva penosamente la mujer, los que le comunican las ideas generales y las impulsan a encarar y resolver los grandes problemas de su siglo. Los dolores las reflexiones sobre las emociones propias y ajenas son las enseñanzas que de hito en hito la llevan a la cumbre.

El dolor es la escuela de la mujer. No piensa ésta ni reflexiona sino cuando sufre o ve sufrir, cuando ama o quiere ser amada. Pero la mujer superior no puede ver la realidad, no puede amar sin sufrir.

Al decir yo que la mujer superior se refina en el dolor, no quiero dar a entender que sólo sean superiores las mujeres infortunadas. Las mujeres que inspiraron dignamente a guerreros, novelistas y poetas; las capaces de dirigir y sostener a un filósofo o un político, de fundar nuevas tradiciones o de afianzar las antiguas, y de expresar las verdades por ellas descubiertas—todas esas mujeres pueden ser muy afortunada en la vida y hasta puede decirse que lo son con mucha más facilidad que las otras—; sólo que aunque el tacto, el discernimiento de que están dotadas, suelen granjearles con frecuencia muchas de las llamadas venturas, vienen a neutralizar estas últimas su clarividencia, su sensibilidad e intuición, en una palabra, sus buenas cualidades.

Sólo quien, por desgracia, posee estas terribles dotes, sabe las infinitas congojas que proporcionan y el gran peso que representan para andar desembarazadamente por la vida, qué imposibilidad significan de ser feliz, cuando todavía se suma a ellas la pasión necesaria para querer hacer triunfar lo que revelan, o sea, lo que creemos es verdadero y justo.

Este mundo es diáfano para las mujeres superiores. Todas esas recónditas razones que impulsan a los otros a obrar, toda esas ocultas pasiones que un grosero barniz cela a los ojos de la mayoría de los seres, todas esas injusticias, más o menos inconscientes, que se cometen en provecho del poder o la mentira, resaltan para esas mujeres superiores con absoluta evidencia. Ven con toda claridad cuán poco apreciada es en el fondo esa virtud que tanto oye ponderar de boquilla, y de cuánto prestigio disfrutaban los vicios ajenos, en que cada cual busca apoyarse; ve cuántas veces pasa la cuquería por genio, la bajeza por superioridad, y cuántas otras es tildada de cobardía la digna timidez de aquel a quien la intuición y el altruísmo vedan el dañar a los otros y aspirar a puestos importantes; ve cuántos hombres corrompidos se lanzan contra la corrupción; siente hartos bien que aquel que alardea de despreciar el amor y la gloria, suele resultar después el más vano, ambicioso y sentimental; que el individuo que declara sentir sed de olvido y de sosiego, no desea sino excitantes, trabajos y emociones; que el hombre que más altruísta parece, suele resultar con frecuencia el más

egoísta e indiferente para con el prójimo; que el filántropo es, con harta frecuencia, un vulgar vanidoso, y que el verdadero valor suele morir a manos de aquellos mismos que se las daban de sus más entusiásticos mantenedores. La mujer superior ve con absoluta claridad que aquellos que blasonaban de querer sacar a la luz del día el verdadero mérito, resultan luego una gentecilla envidiosa, comida de los celos, enemiga de todo lo bueno y hermoso, que el hombre que dice amarla, no ama sino el placer que ella puede proporcionarle; y por esto, por penetrar así la realidad de las cosas, es por lo que puede distinguir, a la primer ojeada, los verdaderos genios de los falsos, las ideas realmente buenas, de aquellas otras que sólo tienen de tales la apariencia, y por lo que puede también brindar un lenitivo al que sufre y abrir nuevos caminos a la vida, y armonizar las cosas que más dispares parecen.

Pero el contraste entre lo que la mujer superior ve y lo que no ven los demás; entre la realidad y la apariencia, el pesar, la timidez que de este contraste se engendra, las torturas con que paga las alegrías que proporciona, son verdaderamente terribles.

Sí; la mujer superior ve la realidad, pero la mayoría de los demás sólo ve la apariencia, y a ella ajustan sus actos, y ella, no la realidad, reina como soberana en el mundo. No son los sacrificios que hacemos, sino los que sabemos hacer resaltar en nuestra ventaja, los que nos granjean reconocimiento. No son los bienes reales que proporcionamos, sino los aparentes, los que fuerzan a la admiración. No es tenido por benéfico y superior quien hace sacrificios reales, sino quien obliga a los demás a hacerlos, y siendo esto así, ¿cómo conducirnos en la vida? ¿Habremos de hacer sólo sacrificios aparentes? ¿Ofreceremos no más que bienes de pega y relumbrón? ¿Procederemos, no como es el mundo, sino como los otros se lo imaginan? Si la mujer superior estuviese dotada únicamente de intuición y no de pasión, cierto que muy bien podría conducirse de esa suerte; muchos genios varoniles, hombres y mujeres, cimentan su celebridad en su superioridad de intuición no acompañada de una correspondiente superioridad de pasión, empleando la intuición en su propio

y exclusivo provecho, lo cual es mucho más cómodo y personalmente muchísimo más útil. Si seguimos la apariencia, la vida nos resulta llana y fácil, con reglas fijas y seguras de conducta; los sacrificios que hacemos hallan al punto gratitud, y nuestra actividad y altruísmo nos son pagados con usura. Pero, ¿cómo una mujer dotada de algo más que intuición, podrá seguir la apariencia, cuando ve sin ningún linaje de sombras la verdad? ¿Cómo podrá dar consejos falsos y lisonjeros cuando ve que los que más hacen al caso son los enérgicos y desagradables? ¿Cómo podrá darles a los hombres lo que abiertamente le piden cuando sabe que lo que se saca en realidad es todo lo contrario?

El proceder con arreglo a la apariencia determina en una mujer superior, apasionada e intuitiva, sufrimientos atroces. Sublévasele la conciencia cual si hubiera cometido un delito; de suerte que ha de verse impelida inevitablemente a conducirse según la realidad, a hacer el bien verdadero, procurarse reglas de vida sanas y adecuadas y dar a los demás consejos provechosos. Pero, ¡cuánto esfuerzo, cuánta gimnástica mental para lograrlo! ¡No hay estudios semejantes para desarrollar la mente y el corazón! ¡Qué difícil resulta conducirse de acuerdo con la realidad! Pues al querer hacerlo así, os encontráis sin reglas fijas a qué ajustar vuestros actos, sin siquiera el indicio del efecto obtenido, puesto que aquellos mismo en cuyo favor os afanáis, dándoos óptimos consejos—mal recibidos a veces—, aquellos mismos por los cuales sacrificáis vuestros más vitales intereses, luego que lo hayan logrado, os dirán que no deseaban lo más mínimo de lo que consiguieron. ¡Mienten tan fácilmente todos, hombres y mujeres, luego que voló su palabra, cuando de sus deseos no hay pruebas escritas!; ¿cómo recordar un pensamiento, un deseo, que después de satisfecho, no se quisiera haber tenido?, ¿ni cómo recordar un consejo, un sacrificio que os puede menoscabar a los ojos del mundo? De suerte que si queréis conducirnos de acuerdo con la realidad, habéis de encontraros a merced únicamente de vuestra conciencia, de vuestra sensibilidad, que os indica vagamente el bien y el mal verdaderos que vuestros actos pueden engendrar, sin posibilidad alguna de apoyaros en nadie, sin más guías que vues-

tras emociones y vuestro instinto, continuamente perplejos entre la duda, el pesar y el remordimiento.

Pues, estas dudas, estos pesares, estos remordimientos, estos dolores atroces y continuos, son los que la mujer superior encontrará cada día en su camino, aunque no esté erizado de espinas; estas dudas son el medio con que se eleva, y las que la mueven a reflexionar, deducir, abstraer, sintetizar y sacar conclusiones; a establecer comparaciones y generalizar; ellas son las que aguzan su inteligencia original y su espíritu de observación, y la inducen a combatir y a reaccionar, haciendo que su superioridad se manifieste. La mujer que no ha sufrido, que no conoce la emoción divina de haber hallado el modo de conciliar la apariencia con la realidad, que no ha pasado por la duda atroz de la doble senda abierta ante sus pies, que no ha sufrido con los espectáculos de que cada día es espectadora y actriz, ni ha visto el mal que la rodea, y sentido su repugnancia, esa no es una mujer intuitiva ni una mujer apasionada, no es una mujer capaz de resolver los obsesivos problemas de la alegría y el dolor; no es una mujer capaz de penetrar y resolver los grandes problemas generales de su época; no es una mujer capaz de fundar nuevas tradiciones; no es una mujer superior.

LIBRO CUARTO

EL AMOR

La palabra amor tiene un sentido diferente para la mujer y para el hombre. La mujer piensa en ser amada según su criterio; y el hombre la ama con arreglo a un criterio totalmente opuesto.

QUE ES EL AMOR

Las diferencias que he señalado entre el hombre y la mujer, no limitan su acción al campo moral e intelectual, sino que informan toda su vida, y triunfan hasta en esa pasión que más fría parece, la *justicia*, y en aquella otra que más altruísta parece, el *amor*, diversificando los conceptos que hombre y mujer fórjanse de estas pasiones.

Aparte el hecho de que con la palabra *amor* entendemos igualmente la sed de amar y la de ser amados, designamos también con ella varios sentimientos bastantes distintos entre sí, que pueden clasificarse de esta suerte:

La atracción hacia un objeto que *puede satisfacer una necesidad nuestra*, el amor del sediento por el agua, del niño por la madre, del inferior por el superior, y al que llamaremos *amor egoístico*.

La atracción hacia un objeto *al cual podemos serle útiles o que nos lo ha sido a nosotros*; sentido mixto a su vez de abnegación, protección, reconocimiento, con cierta dosis también de orgullo de la propia superioridad, de ambición por mostrarle al mundo aquello de que somos capaces, de la conciencia de serle necesarios a otros seres y del instinto de supervivencia—el amor de la madre por el hijo, de la hermana de la Caridad por el enfermo, del maestro por el discípulo, del artista por su obra, del hijo por la madre anciana—, que llamaremos *amor altruístico*.

La atracción hacia una forma, un sonido, un perfume que *proporcionan deleite* al uno o al otro de nuestros sentidos; la atracción hacia todas aquellas formas y armonías que nos ofrece la naturaleza animada o inanimada, y que llamamos *bellas, graciosas, arrobadoras, etc. Amor sensual*.

La atracción hacia un individuo que atesora o creemos

atesora una gran inteligencia y un gran corazón—la atracción hacia el amigo, el héroe o el poeta—compuesta por entero de admiración y aprecio y que a veces puede llegar hasta las más altas cimas del amor, *amor espiritual*.

La atracción brutal y ciega que nos hace desear espasmódicamente en un momento determinado un determinado objeto, sin ninguna razón específica—el amor del morfinómano por la morfina, de la urraca por las cosas que relucen, del borracho por el vino y de los seres vivos algunas veces entre sí—y al que llamaré *amor pasional*.

La atracción ardiente hacia un determinado objeto que deseamos y del que hacemos nuestra meta, el fin de nuestros esfuerzos: el amor del alpinista por las altas cumbres inaccesibles, por el *edelweis* que florece en una roca peligrosa, *amor de conquista*.

El amor a un objeto que poseemos, que hemos conquistado, que acrece nuestro prestigio, nuestra fuerza, o en el que hemos cristalizado una suma de sentimientos indistintos. El amor a nuestra casa, a nuestros muebles, a las cosas de nuestra propiedad, *amor de posesión*.

La atracción hacia un alma que vibra al unísono de la nuestra, hacia un individuo con el cual creemos poder compenetrarnos y completarnos y que gusta de dejarse penetrar y compenetrar—atracción hacia el alma gemela—de los poetas y de los sueños.

Estos sentimientos y otros más compréndense todos en esa atracción que une al hombre con la mujer y a la mujer con el hombre y que se suele designar con la palabra *amor*, aunque éste entra en ella en proporción hartó desigual, según se trate del hombre o la mujer.

* * *

En el amor del hombre es la atracción sensual la que predomina, junto con la pasional, y el amor de conquista, de lo poseído, amor egoístico, atracciones todas al margen de la razón.

Por *amor* entiende el hombre la atracción hacia una mujer cuya apariencia exterior le agrada y en la que le cau-

tivan las formas, la gracia, los andares, la voz y los gestos; hacia una meta que excita todos sus esfuerzos; hacia un objeto cuya posesión acrece su prestigio y su poder; la atracción invencible, a veces, irracional, hacia un objeto que momentáneamente responde a sus deseos.

La gratitud, la estima, el razonamiento que nos impulsan a amar a la persona que nos fué útil y que de tales sentimientos creemos digna; el altruísmo que nos estimula a pensar en los demás y a procurar la felicidad del ser amado, entra en proporción mínima en ese concepto del amor. El hombre que en la vida social resulta capaz de tan generosos altruísmos, es de un egoísmo feroz en el amor. Es capaz de sacrificios inmensos por la mujer que ama; pero siempre que se trate de sacrificios que satisfagan su ardor de conquista, su ambición, que le permitan lucirse, de prodigios que redunden en su gloria y honor. Por la mujer amada, llegará a ser diputado, académico, hará un descubrimiento científico, conquistará nuevas tierras y nuevas minas, irá a batirse de guante blanco—como antaño iba a la guerra santa o luchaba en los torneos—, porque éstas son empresas en que gustan de adquirir prestigio y que realzan su figura, allanándole la conquista de la mujer amada. Pero si ésta le pidiese, no el sacrificio de la vida, sino el más menguado de los honores que afirma no haber conquistado sino por ella... ya sería otra cosa muy distinta.

El hombre será capaz de morir de amor, de matarse o matar—incluso lo hace con más facilidad que la mujer—, pero no para salvar, hacer feliz o dar realce al objeto de su amor, sino por el dolor de no poder conquistarlo, por vengarse, por considerar en entredicho su honor y creer que le han quitado algo que era suyo, y no avenirse a la idea de que otro lo disfrute.

Los heroísmos, las manifestaciones de grandeza moral o intelectual de parte de una mujer, provocan el sentido de la estima, de la admiración en el hombre, pero casi nunca el del amor.

Los hombres, como las mujeres, admirarán a la joven-cita que se lanzó al fuego, al agua, o en medio de una riña, por salvar a una criatura humana; alabarán a la que renun-

ció a los gozes de la vida por consagrarse a ayudar al padre infortunado, se interesarán por los grandes problemas históricos, morales o matemáticos resueltos por una mujer; pero ninguno sentirá palpar su corazón por una de estas heroínas, sólo en concepto de tal, ni sentirá el irresistible impulso de conocerla y amarla, que sentiría el noventa por ciento de los hombres ante la descripción de un prodigio de hermosura o por una heroína de teatro o de cinematógrafo.

Ningún hombre estaría dispuesto a arriesgar su vida, a aventurarse en empresas peligrosas por una Kovalewski, una Mme. de Stael o una Jorge Sand, movido únicamente de admiración ante su talento, mientras que miles de ellos tendrían a gala hacerlo por la *Princesita Soñada*.

Esta distinción que hace el hombre entre estimación y amor, resulta tan marcada que a veces frisa en antagonismo. El hombre, en efecto, siéntese atraído hacia aquellas mujeres que ejercen una profesión que estima en poco, mucho más que no hacia aquellas otras cuya actividad resulta estimable a sus ojos. En el fondo, encuéntrase más a gusto cuando se casa con una mujer de clase inferior y de inteligencia y moralidad no más que medianas, que cuando toma por compañera una mujer de clase social superior a la suya o de una inteligencia y moralidad superiores que exigen deferencia y respeto. Este antagonismo entre amor y estimación es tan común en el hombre que no sólo es muy difícil se enamore de la mujer que estima, sino que a veces acaba por despreciar a la mujer que estimaba, amaba y admiraba, por el solo hecho de amarla o por dejar de amarla, por el sólo hecho de que la estima; como si el sentimiento de placer que el hombre une con el del amor sufriese menoscabo, al unirse con el de la admiración o el aprecio.

Es muy frecuente ver que el hombre que tiene una mujer a la que ama, estima y admira, trate de desquitarse de la sujeción que la estima le impone, recurriendo al amor de otras mujeres a las que no estima, pudiendo amarlas por lo tanto a sus anchas, cual con frecuencia les sucede a los monarcas.

En el fondo, débese a esa distinción entre amor y aprecio el que el hombre establezca una diferencia tan rotunda

entre el sentimiento que le inspira la hermana, la hija o la madre y el que le une con la mujer en general. Y por eso desea y exige en la hermana y la madre, condiciones, cualidades y modos diferentes de los que le seducen y atraen en la mujer que ama.

Esta idea especial que el macho se forja del amor, este predominar en él de los sentimientos, placer, pasión—sentimientos momentáneos, pasajeros, violentos, al margen de la razón—, hacen de su amor un incidente de la vida, una llamada de breve duración que alcanza el máximo de intensidad en su comienzo.

Por esto, por hallarse al margen de la razón, resulta su amor voluble y efímero, hasta cuando es sincero y violento; y se enciende ardoroso en su pecho en la edad juvenil en que está más ávido de gozar, y se entibia bastante en la edad madura, luego que ya se le apagó esa sed de goce; y por esto tienen tan poco valor sus juramentos, porque nadie manda en esos sentimientos que se hallan al margen de la razón.

Por esto—por escasear en su concepto del amor el elemento altruístico y predominar el elemento estético y posesivo—ama el hombre con más ardor a la mujer cuanto más hermosa, agraciada, perfumada y elegante la encuentra, cuanto más satisface su sentido estético, cuanto más representa una buena presa; por esto se cansa tan fácilmente de la mujer que ama, cuando cae enferma o se queda pobre o lo necesita, en una palabra, cuando amenaza con resultarle un motivo de tedio en vez de un placer, un objeto de conmiseración en vez de un objeto de orgullo; y se entibia o aviva tan fácilmente su afecto, según cambien para mal o para bien el aspecto exterior, las condiciones físicas de la mujer amada, y puede además extenderse al mismo tiempo a tantas mujeres, porque su sentido estético puede hallar fácilmente otras perfecciones estéticas que le atraigan en el mismo grado.

Por predominar en el amor del hombre el placer de la conquista, ama el hombre a la mujer que no posee, más que a la que ya posee; a la novia más que a la esposa, y a la mujer que haya de costarle riesgos y peligros, más que a aquella otra que tiene al alcance de la mano; y por esa misma razón, cree estar en el derecho de conquistar a su mujer con

el estudio, el heroísmo y los honores, y hasta con la fuerza de voluntad y con el dinero, como los demás bienes egoísticos.

QUE ENTIENDE POR AMOR LA MUJER

Pero si el amor es una simple exaltación estéticoegoística, y por lo tanto un mero episodio de su vida para el hombre, no le sucede lo mismo a la mujer.

Son elementos totalmente diversos, o, por mejor decir, los mismos elementos, sólo que combinados en proporciones distintas, los que se dan en ella.

Son el elemento *abnegación* y el elemento *aprecio*, orgullo, elementos basados en la *razón* los que predominan en ella, pasando a muy secundario lugar los elementos estéticos, pasionales.

El hombre que se acredita de tanto más razonable que la mujer en sus relaciones sociales, no concibe siquiera que la razón pueda influir en el amor. La mujer, tan poco razonable en la vida cotidiana, no comprende que amor y razón puedan andar separados. La mujer fundamenta su amor en la razón; se empeña en sostener que es posible establecer en el amor una suerte de balanza, en la que el amor del amado haya de crecer en proporción de los sacrificios que por él hace ella. ~~de los beneficios que le dispensa, lo cual desconcierta a~~ pocas veces al hombre que, cuando se halla en el apogeo de la salud, la riqueza y el poder, comprende la relación, antagónica entonces para él, entre amor y sacrificio.

Debido a que es para ella el amor un sentimiento razonable, obstínase la mujer en su pretensión de que se han de cumplir rigurosamente las promesas de amor, y ha de subsistir el sentimiento en el hombre, hasta cuando ya sólo quedan de él pavesas.

Por este predominio de la razón, resultan también cualidades esenciales del amor femenino, la estima y la admiración, que tan poco representan en el amor del macho.

Una mujer puede estimar a quien no ama, o comprimir al menos su pasión, que instintivamente la llevaría a amarlo, pero no puede amar a quien no estima o admira.

Suele la mujer enamorarse de un hombre despreciable, pero no por creerlo tal, sino por creerlo blanco de la calumnia, víctima de acontecimientos que ella está llamada a conjurar; pues, cuando se convence de que efectivamente no es digno de aprecio, deja al punto de amarlo.

Todo lo contrario sucede con los hombres: ¡cuántos de ellos no aman, hasta el suicidio, hasta el crimen, a la mujer que desprecian o reputan indigna!

Por esa causa de ir amor y estimación indisolublemente unidos en la idea que la mujer se forja del amor, es por lo que ésta se siente atraída, a pesar de los graves inconvenientes que le pone ante los ojos la experiencia, hacia los hombres que descuellan celebridad y a los que ocupan una jerarquía superior—nobles—, o que no sucede casi nunca con los hombres.

Cierto que a veces en esta atracción de la mujer hacia el hombre célebre o encumbrado, entran por mucho la vanidad artificial, el deseo de sobresalir, de ingresar en un ambiente más brillante, sobre todo cuando la mujer no puede descollar con sólo sus fuerzas; pero no puede negarse que también tiene gran parte en esa atracción el sentimiento real y sincero, el deseo natural, ya que amor significa para ella la abnegación de consagrarse a un ser que lo merezca. Esta atracción llega, efectivamente, a ser tanto más irresistible cuanto más perseguido parece de los hombres o de la fortuna el honor que descuella y brilla.

A ningún grande hombre, sañudamente combatido, faltaronle nunca la admiración y el amor sincero y desinteresado de las mujeres que lo conocieron.

Obsérvese, no obstante, que si la mujer siéntese atraída a cifrar su amor allí donde razonablemente puede cifrar su estimación, sus juicios, en cambio, suelen diferir de los del público, compuesto de hombres en su mayoría.

En el fondo, todo ser humano, hombre o mujer, desprecia las dotes de intelecto y corazón que posee, cuando menos en germen, y faltando las cuales resulta imposible todo parangón. Por lo tanto, y hallándose más desarrolladas en la mujer las cualidades morales que las intelectuales, atraénela más en el hombre célebre las cualidades morales que las otras.

Estima principalmente la mujer al hombre que cree más elevado moralmente sobre los demás: al idealista, al filántropo; y de los intelectuales, al poeta, al novelador, al artista, que son intuitivos y observadores como ella, y parecen mirar por los demás como ella misma.

El físico, el químico, el inventor, el explorador, por más grandes que sean los descubrimientos que hayan hecho en sus respectivos dominios, no la emocionan lo más mínimo. La mujer no admira los actos, ni siquiera los sacrificios, realizados con mira a fines teóricos.

El hombre que se aísla diez años en un desierto para estudiar los movimientos del meridiano terrestre, o que se deja morir de hambre por resolver un problema geológico o matemático, muévela antes a piedad que a admiración.

Por esta misma razón de ir el amor en la mujer tan unido a la admiración y la estima, resulta en ella tan tenaz y duradero, porque la admiración y el aprecio son sentimientos que se basan en la razón y, por lo tanto, eternos, o en todo caso, mucho más perdurables que la caprichosa atracción estética del hombre.

Y no nos dejemos engañar a este respecto de esas completas que hablan de la ligereza e inconstancia de la mujer. La mujer es voluble, cuando es viril, cuando ama por modo semejante al del hombre, cuando finge amar o cree que ama, confundiendo el amor con el amor propio, la imitación, el despecho, la negra honrilla o el interés.

Es voluble por ese mero punto de honor, el amor de Carmen; pero no es voluble el amor de Micaela, ni el de la hija de Rigoletto, que se sacrifica por el amado, precisamente mientras éste está cantando la volubilidad de la hembra.

Por ir en la mujer el amor tan ligado a la admiración y la estima, es por lo que la compenetración moral e intelectual, que al hombre le resulta indiferente, constituye la parte más vibrante del amor femenino. Son el alma, sus buenas cualidades y hasta sus defectos, los que la mujer quiere sean el blanco del amor, porque estos son los elementos principales de la atracción que hacia el hombre siente, los elementos razonables del amor; porque no es un simple placer

estético lo que ella denomina amor, sino el cumplimiento de la propia personalidad, el logro y consecución de un ideal determinado; una estimación recíproca y la admiración moral e intelectual.

* * *

Pero además del predominio de la admiración y el aprecio, hay otro elemento que distingue el amor femenino del amor del macho, y es el elemento material que va implícito en la *enorme importancia que para ella tiene la abnegación*. La mujer necesita estimar para amar; pero amar es para ella desear que la cosa o persona determinada, objeto de su amor, sea feliz y coseche la admiración que le es debida; la atracción hacia alguien a quien poder ayudar, a quien poder consagrar por entero su actividad, su altruísmo, igual que con el hijo le sucede a la madre.

El placer de la posesión entra también a formar parte de su afecto, lo mismo que en el hombre; sólo que aquí se trata de la posesión de algo que le está encomendado a ella, que depende de sus cuidados y desvelos, que absorbe por entero su inteligencia y su alma.

Por esta razón de ser el amor para la mujer, protección a otro individuo, consagración a él, entera y absoluta, puede suplírsele tan fácilmente con la beneficencia o con el cuidado de los propios deudos, que absorban esta necesidad de consagrarse a alguien, que la mujer llama amor. Por esto, la mujer malherida de amores métese tan fácilmente de hermana de la Caridad o monja, mientras que el hombre en igual caso se mata o se consuela, o se lanza locamente a probar fortuna; porque para la mujer el ansia de amar es más intensa que la de ser amada.

Por ese carácter de devoción y sacrificio del amor femenino, ama la mujer con más intensidad al enfermo, al desgraciado y sin ventura, que necesitan de sus cuidados y afecto, más que al afortunado que no ha menester de ella; de igual suerte que ama al nene pequeñín, enfermo o desdichado, que requiere un cuidado continuo e incesante, más que al mozo fuerte y robusto que lisonjea todos sus senti-

mientos de vanidad y orgullo. Y por ser tan semejante al maternal, puede la maternidad suplir a la mujer a todo otro afecto. En China, la muchacha a quien se le muere el novio y que quiere permanecerle fiel toda su vida, recibe como homenaje de sus parientes un niño de pecho, al que podrá criar como suyo, concentrando en él todo su amor.

Por este carácter de devoción que reviste el amor femenino, nace tan precozmente, y con tanta facilidad se difunde por todos los objetos que a su alcance encuentra, conservando luego toda su viva llama en la edad madura, cuando la sed de placeres dejó apenas rescoldo.

Por esa misma razón aviva y afina tanto el amor la inteligencia y el sentido moral de la mujer, y reviste tanta importancia para ella cuanto al amado se refiere. Por eso absorbe el amor tan por completo, por modo tan incesante y continuo, la vida toda de la mujer, ahuyentando de su corazón todo otro sentimiento y toda otra ambición.

Y por ser así para el hombre, por buscar éste en el amor, no la felicidad de la amada, sino la suya propia, no le absorbe tan por entero, sino únicamente, de soslayo, algún rato del día, algún añito de su vida, pudiendo afirmarse que hasta el hombre más enamorado deja pasar las tres cuartas partes del día sin acordarse de la mujer amada.

Finalmente, por ser amor y abnegación sinónimos para la mujer, apégase ésta tan desesperadamente, cualquiera que fuere el sentimiento inicial a quien—padre, marido, hijo—consagróse, y por quien puede o pudo sacrificarse; de esta suerte, la nodriza adhiérese al niño ajeno con la misma intensidad de afecto que si fuera hijo suyo y le cuesta más trabajo separarse del crío al que sólo prodigó un año sus cuidados, que el que le costara separarse de su hijo recién nacido, y toda la vida le guardará ya cariño a ese hijo tan alejado de ella en el espacio y en la escala social, por el solo hecho de haber estado consagrada a él una temporada.

RAZON Y CONSECUENCIAS DE ESTA DIFERENCIA

Este hecho de ser el concepto femenino del amor tan diferente del varonil, no depende, según con harta ligereza, suele concluir la mujer, de la maldad del hombre. Débese al hecho de ser el hombre, intelectual y moralmente, distinto de la mujer y a este otro hecho de ser la misión social del hombre diferente de la de la mujer y establecer aquél una distinción rotunda entre las funciones de hermano, padre y esposo que requieren amor, y su profesión o cometido social, que al amor son completamente extraños, mientras que en la mujer, las funciones de madre, hermana, hija y esposa, resultan compendio y cifra de profesión, cargo o cometido social.

El amor es para el hombre un sentimiento totalmente egoístico. Busca el hombre en el amor un placer, una ayuda, un alivio, porque tiene que reconcentrar su escaso altruismo en la misión externa que la naturaleza le tiene encomendada, y si se dejara absorber del amor, cual le sucede a la mujer, habría de resentirse la vida externa en su raigambre intelectual y social. La mujer puede olvidarse del mundo entero por el amado, y cifrar en él todas las energías de su inteligencia y de su corazón, porque su misión en este mundo es amar, y el amor no la distrae, sino que, antes al contrario, la vivifica, le allana el desempeño de sus habituales quehaceres, la nimba de resplandores.

El concepto femenino del amor va indisolublemente unido a la admiración y al aprecio, porque el amor de la mujer va unido a la razón y a la inteligencia, lo que es posible por estar formada por entero su inteligencia de pasión y de intuición. El concepto del amor resulta en el macho tan divorciado de la razón, porque su inteligencia lógica, razonadora, no tiene nada que ver con la pasión y el amor.

Pero aun viene otra razón a aumentar la discrepancia entre el concepto femenino del amor y el masculino; y es que la naturaleza ha asignado a la mujer la misión de la maternidad y al hombre la de la selección de la especie. Y de ahí

la necesidad de que en él predomine el elemento sensual, estético, egoístico, que da lugar a tantas injusticias morales, filosóficamente justificadas por la misión selectiva, y de que en la mujer preponderen la razón y la abnegación indispensables para su cometido maternal.

La maternidad, para que ha sido hecha, impregna tan profundamente el espíritu femenino, que hace que en la mujer el amor maternal, con toda su secuela de sacrificios, se confunda con todo otro amor, hasta el punto de considerar aquélla el amor recíproco entre madre e hijo como el único dechado de amor. Referid al amor maternal el amor de la mujer, y os explicaréis casi todas las diferencias que existen entre los respectivos conceptos que del amor se forjan el hombre o la mujer. Pensad otra vez en cuantas exigencias tiene el niño, y os explicaréis la confusión que la mujer establece entre amor y abnegación y entre amor y sacrificio, así como también el exclusivismo de la mujer, ése su empeñarse en serlo todo para el amado, sus celos, y esa suerte de balanza de la justicia que por su gusto reinaría en las relaciones de los amantes; exigencias, pretensiones, celos que respondan al concepto que del cariño se hace el pequeño por la madre, y al que es necesario que se forme la madre por el niño.

Este entiende por amor la consagración completa de los otros a su cuidado; acapara por entero a la madre para su exclusivo servicio, y no sufre que atienda a nadie sino a él, siente celos de todo y de todos, aspira a ser el único centro de su vida, y durante algunos años hace de ella el único centro de la suya, cifrando en la madre el cariño, la admiración y la gratitud que se les puede tener a la nodriza, la amante y el amado. Ni que decirse tiene que si el niño no contase con la completa abnegación de la madre, que por entero se le consagra, no podría vivir; y si para la madre no fuese la palabra amor sinónimo de devoción absoluta, sino se le avivase el amor a medida de los sacrificios que por el hijo lleva a cabo, no podría criarlo, o por lo menos no encontraría placer alguno en su crianza.

La mujer se engaña suponiendo que el hombre establece entre amor y sacrificio, entre amor y exclusivismo, la

misma relación que el infante, lo que no es así; engañase al creer que el hombre la exija toda para sí, cual hace el niño, y que habrá de pagar sus beneficios en la misma moneda de amor que el niño, lo que luego no ocurre.

* * *

Estos diversos conceptos del amor tienen, no sólo orígenes diversos necesarios, sino también funciones vitales diferentes.

El concepto femenino de que el amor no puede darse sin el aditamento de la admiración y el aprecio, ha sido, y es, una de las más poderosas atracciones que la mujer ejerce sobre el hombre.

Siendo como es el hombre, muy amigo de granjearse la admiración y el aprecio ajenos, siéntese muy lisonjeado y agradecido ante la ilimitada admiración que le demuestra la mujer que ama; su corazón, exacerbado por la hostil indiferencia de los hombres, halla un consuelo enorme en esa admiración desinteresada y sincera. Y esto de fingirle admiración y adularlo, constituye uno de los más corrientes recursos que emplean las coquetas cuando quieren seducir a un hombre, imitando, o mejor dicho, simulando sentimientos que son naturales e instintivos en la mujer, verdaderamente enamorada.

El concepto femenino de que el amor va unido indisolublemente a la estimación es uno de los medios más eficaces para educar a la mujer. Mientras que los chicos se entregan con pasión a la lectura de los novelones policiacos y detectivescos que fomentan sus instintos de conquista, las niñas se echan al colete toda esa serie de libros edificantes de las colecciones para señoritas, donde se describe a la *Petite Fille Modele*, y se las ve afanarse por imitar a costa de duros sacrificios físicos, mentales y morales ese modelo de mujercita ideal a fin de alcanzar esa perfección que a sus ojos representa el mejor medio de granjearse amor.

El concepto femenino de que la atracción moral e intelectual predomina sobre la física, o cuando menos no puede desglosarse de ella, es el más seguro baluarte contra la co-

quetería que le permitiría tan fáciles victorias sobre el hombre. Con efecto, la eterna ilusión de que el hombre ha de tener una idea semejante sobre el particular, hace que la mujer repugne y desdeñe el empleo de las fáciles e indecorosas armas que tiene a su alcance para excitar los sentidos del hombre, en vez de impresionar su inteligencia.

Este concepto es una de las armas más preciosas con que la humanidad cuenta para perfeccionar moral e intelectualmente, incluso a los hombres mismos. Pues, por el hecho de ser una sola cosa para la mujer aprecio, admiración y amor, es por lo que con frecuencia sirve aquélla de acicate para que el hombre lleve a cabo las grandes obras morales e intelectuales que lega a las generaciones siguientes; porque sabe que puede conquistar a la mujer que ama, no directamente, preséntandole servicios, sino por modo indirecto, partiendo a la guerra, realizando grandes hazañas, escribiendo libros, esculpiendo o pintando; mostrándose generoso, compasivo y bueno; en una palabra, dispensando beneficios a la humanidad.

Constituye, con efecto, un instinto en el hombre el anhelo de que su amada sea espectadora de los actos más hermosos y brillantes de su vida, que sabe son aquellos más propios también para fomentar su amor. Es instintivo en el hombre poner freno a su lengua, modales y gestos, y abstenerse de toda acción mala en presencia de la mujer.

Merced a esto pudieron progresar y refinarse los hombres de la Edad Media, pues la importancia que la mujer daba a su estimabilidad los obligaba a hacerse dignos de estimación para resultar dignos de ser amados.

El concepto femenino de que el amor no puede existir si no va acompañado de aprecio y admiración es sumamente útil para la formación de un grupo familiar concorde, unido y duradero; pues el aprecio y la admiración son sentimientos estables que engendran un afecto tenaz y permanente, y del número de los que estimulan la sumisión y la concordia; por contraste con el concepto brutal y materialístico del hombre, que fomenta la volubilidad, el capricho, la intolerancia recíproca, como ocurre con la mujer cuando adopta el concepto varonil del amor.

Otro tanto puede decirse del concepto que la mujer se forja del amor como consagración de la persona, como devoción y enaltecimiento del amado; ilusión preciada para la familia y para la humanidad, y que le hace fáciles y gratos los sacrificios que diariamente se ve obligada a realizar, reforzando todavía más su monogamia, su moralidad, por el hecho de avivársele el amor en el alma, en vez de enfriársele con el transcurso de los años y el mayor número de los sacrificios hechos o por hacer.

El concepto femenino del amor como devoción, admiración y aprecio, es la garantía de la familia, sin la que el mundo humano se transformaría en una orgía de pasiones desenfrenadas e incoherentes, de amores volubles y violentos, en que resultaría imposible educar a las nuevas generaciones.

* * *

Pero con ser tan útil a la sociedad el concepto altruístico que del amor se forja la mujer, no resulta tampoco inútil el egoístico y sensual que de ese mismo sentimiento tiene el hombre, ya que el predominio en su amor del ardor de conquista, del placer de la posesión, presenta la gran ventaja de reducir a mínima expresión sus celos.

Créese, por lo general, que el hombre es ferozmente celoso, y feroces son en verdad los actos en que se manifiesta, sólo que no son los celos del hombre por la mujer, sino por su propiedad, por su nombre, por su dignidad y hasta por su posición social en el mundo. La mujer y la hermana son una propiedad que la sociedad ha confiado tácitamente a su vigilancia. El deshonor de su honra recae más sobre él que sobre ellas. Y este mal papel que se ve obligado a hacer en la vida, es lo que pone furioso al hombre, antes que el escozor de la deslealtad amorosa. Esa responsabilidad, que confusamente adivina, aunque no se le haya hecho una entrega oficial, hace que desea y exija de la hermana y la esposa modos y condiciones distintos de los que tanto le agradan. Pero sus celos cesan en cuanto deja de estar su dignidad en entredicho. El que la mujer haga ostentación de su belle-

za y despierte en los demás la misma atracción que en él despertara, y siga granjeándose el aprecio y la admiración de los demás, que les consagre su inteligencia y su corazón a otros que a él y continúe queriendo y estimando a sus padres y sus hermanos, es cosa que no excita ni por asomos sus celos, al contrario de lo que a la mujer le ocurre en caso semejante. Considérase en el fondo como algo raro que el hombre le exija a su mujer el que se aisle de su familia y sienta celos del cariño de los hijos, como a menudo le sucede a la mujer. Sería ridículo que el hombre sintiera celos del cariño que la mujer les guarda a sus padres, mientras que aun les choca que la mujer esté celosa del cariño que el marido le profesa a su madre. Tan poco celoso es, por lo general, el hombre en punto al cariño que su esposa le sigue conservando a su familia, que suele entenderse y llevarse mejor con ella que con la suya propia. Ahora bien; esta casi completa ausencia de celos en el hombre constituye no escasa ventaja para la vida familiar, según puede verse muy claro en aquellas familias donde no ocurre así.

Todo lo contrario sucede con la mujer.

El concepto femenino de que el amor ha de ir unido al aprecio y la admiración, es la razón primera de los terribles y universales celos femeniles, los cuales se extienden, no sólo a cuantos objetos excitan la atracción física, sino también a cuantos excitan la admiración y estima del amado, constituyendo la pesadilla entera de su vida. Los celos del hombre límitanse, según dije, a cuanto se refiere al honor de la mujer. Pero ésta siente celos de todos y de todo, de cuantos objetos puedan despertar la admiración y el aprecio del ser amado, haciéndole sospechar que no es ella el único objeto de su aprecio y admiración; de cualquier sentimiento o cualquiera ocupación que venga a interponerse entre ella y él, entre ella y el mundo y del mundo mismo, sufriendo horriblemente cuando ve que aquél tiene más importancia a los ojos del amado o que hay algo, que no es ella, que puede serle provechoso.

Y como en ella se confunden el amor conyugal y el materno, siente celos del hijo, igual que del marido, y concibe aversión por los conceptos que atraen la admiración del

hijo, lo mismo que por los que al esposo mueven a admiración. Siente celos de antemano de la mujer que habrá de ocupar su puesto en el corazón del hijo, lo mismo que de aquella que se insinúa en el del esposo, siendo esta universalidad de sus celos, que se entrometen entre el hombre y le mundo, lo que hace que a veces resulte su amor más enojoso que su indiferencia.

No se puede desconocer, sin embargo, que presenta alguna ventaja esa distinción que el hombre establece entre amor, admiración y aprecio. No hay duda que si la estimación arraigase más en el corazón del hombre, sería la mujer más dichosa y más buena. Pero no puede negarse que esa distinción que decimos ha facilitado la institución que para la mujer tiene mayor importancia, la del matrimonio, permitiendo otorgar con él algún premio a la virtud.

No necesita el hombre profesar estimación para amar; pero comprende perfectamente, sin embargo, el escaso valor que a veces tiene la mujer que ama, y no se decide a unir su vida a la mujer que ama y no aprecia, mientras que no vacila en hacerlo con aquella mujer que estima, sin amarla, a lo que contribuye de otra parte la poca importancia que concede al amor.

De aquí toda la fuerza de las tradiciones que exhortan a la mujer a hacerse digna de estimación, ya que más que el amor del hombre puede su aprecio conducirla a la posibilidad de constituir una familia y de amar, aunque no a la de ser amada. Pero para que en las relaciones sociales admiración y aprecio se fundiesen en el hombre sin inconvenientes, sería menester que uno y otro dependiesen en la razón, por modo exclusivo, y no también, como suele suceder, de los sentidos, y que amase exclusivamente por la fuerza de la estimación, sin que fuese el amor quien alguna vez le conduce al aprecio, pues de otra suerte ocurriría con harta frecuencia, lo que les ocurre a los hombres débiles, que se dejan guiar moral e intelectualmente de mujeres indignas, a las que aman sólo físicamente, pero que han logrado imponerles su admiración y aprecio, que graves intereses de índole general irían a parar a manos de hombres incapaces de comprenderlos y menos todavía de resolverlos.

T R A G E D I A S

El que sean provechosos los respectivos conceptos que el hombre y la mujer se forjan del amor, no quiere decir que no tengan a veces consecuencias dolorosas para entrambos y para la mujer principalmente. La palabra amor entraña un significado diferente para la mujer y para el hombre, lo cual es fatal, útil y necesario. Pero con arreglo a esa eterna ley que nos hace imaginarnos a los demás semejantes a nosotros, la mujer no cree que así sea; hallándose persuadida de que el hombre tiene del amor un concepto análogo al suyo, que para ella es el único ajustado a la razón.

Piensa la mujer que han de juzgarla con un criterio y resulta que es con otro muy distinto—que ella no conoce y si lo conociese, la rechazaría—, aquel a que se ajusta el hombre, lo cual no puede menos de provocar terribles desacuerdos entre ambos, haciéndola sufrir a ella lo indecible.

Sí, hay mil razones, hasta útiles, que conspiran a hacer del amor del hombre algo ligero, voluble y caprichoso; pero estas razones no quitan el que la mujer, que por razones opuestas concibe el amor como estable y duradero, sufra enormemente al verse abandonada o simplemente tratada con desvío cuando ella empieza a amar con más fe.

Sí, hay mil razones para que en el hombre, dotado de un desarrolladísimo sentimiento estético, se encienda, se apague y se reanime el amor, según los cambios del aspecto exterior de la mujer. Pero ésta, que tiene un alma y cree ser amada toda ella en cuerpo y alma, cuando se siente amada no puede menos de experimentar sorpresa, indignación y dolor grandes al advertir que todo ese fuego interior que consume al hombre no arde por su alma, por su inteligencia, ni por la nobleza de sus intenciones y actos, sino por sus cabellos, sus cejas o sus brazos, es decir, por todas las partes inertes de sí misma, que ella no conoce, y al notar que el amor del hombre crece, mengua y vuelve a crecer con el cambio de color de sus mejillas, del tono de su pelo o del óvalo de su rostro, cosas todas de que ella es en absoluto inocente, no pudiendo aducirlas como otros tantos méritos.

La mujer que en amor es lógica y razonable, que pone

en primer lugar por delante de todo el mérito, no puede menos de sufrir con esa falta de lógica de que da muestra el hombre, cuyo amor aumenta a veces en razón inversa del mérito y la reciprocidad.

La mujer que se pasa las horas pensando en lo que puede agradar o desagradar al amado, hallándose dispuesta a cualquier sacrificio con tal de ayudarle, proporcionarle alguna satisfacción o atenuar su enojo, tiene por fuerza que sufrir al ver que el amado puede, a su tiempo mismo, amarla con locura y mostrarse indiferente a sus placeres y dolores y hasta a su salud; al ver que esta devoción que debería ser recíproca, la entiende el hombre en el sentido—si es que la entiende—de que le quieran, piensen en él y le ayuden, sin que le exijan las tornas. La mujer cuya alma tímida y delicada aspira a que la calen y adivinen, y que con el ejercicio de la maternidad siente más viva todavía la necesidad de comprender y ser comprendida, sufre grandemente al ver que el hombre no se toma interés alguno por su vida moral e intelectual, ni hace por comprenderla y hacerse comprender.

El poco lugar que ocupa la compenetración moral e intelectual en el alma del hombre, el abandono moral e intelectual en que deja a la mujer, es la causa más corriente de la desgracia de esta última.

El abandono moral e intelectual en que el hombre deja a la mujer es harto más doloroso que el despotismo, la violencia, la brutalidad, que tan enérgicas protestas arrancan a la opinión pública. Pues estos son males visibles, burdos y a veces temporales, contra los cuales sirve de consuelo la misma opinión pública; mientras que el abandono es un mal sutil, invisible, contra el que toda reacción se estrella, pero que emponzoña las horas todas del día y los años todos de la existencia, sin interrupción ni tregua, haciendo un vacío mucho mayor que el vacío verdadero; porque es ese un vacío sin esperanza, sin ilusiones, y el desconsuelo que engendra se va haciendo más y más pesado con el correr del tiempo, y más insufrible que otro dolor cualquiera, activo y pasajero. Es un mal que resulta tanto más grave y enojoso cuanto más delicada e inteligente es la mujer, más numerosas y complejas las ideas que la intuición le sugiere y mayores los

escrúpulos y dudas que una fina conciencia le provoca; porque conciencia e intuición van acompañadas de un pudor lleno de dignidad, que impone a la mujer la mayor reserva con los hombres ajenos a su círculo familiar y una elemental prudencia dictale la mayor reserva con todas las mujeres.

El abandono moral e intelectual en que el hombre deja a la mujer es la causa primera del feminismo, afanoso esfuerzo hacia el masculinismo, hacia la idea de cambiar de alma, adoptando los vicios y ambiciones y la vanidad masculinos, los egoísmos varoniles, con la vana ilusión de encontrar en ellos ese placer que hallan los hombres. Ilusión vana digo, porque si algunas mujeres, las viriles, que por naturaleza están dotadas de sentimientos y ambiciones masculinos y aspiran a imponérseles a las demás como modelos dignos de imitación, encuentran en todo eso la satisfacción que iban buscando, no les sucede así a la inmensa mayoría de las mujeres a quienes hizo la naturaleza distintas de los hombres.

El abandono moral e intelectual en que el hombre deja a la mujer es la principal causa de su periódico decrecer intelectual. Por fuerza ha de empañarse, deslucirse y languidecer la inteligencia femenina, allí donde no puede servirle a la mujer para conquistarse la estima y admiración de las personas que en más tiene, de aquellos que la rodean y donde aquélla no puede comunicar con sus allegados los destellos de su intuición y colaborar en su obra. La inteligencia de la mujer elévase, con efecto, a ojos vistos, con independencia de los programas escolares y de su admisión en los colegios masculinos, en esos países y en esa época en que la vida de la mujer anda unida a la del hombre, viéndosela decaer y obscurecerse, pese a todos los estímulos de los gobiernos, en esos tiempos y en esos países en que así no sucede.

No hay duda de que la distinción que el hombre establece entre amor y estimación es causa de la decadencia moral de la mujer. Pues ésta, que hace del amor el fin principal de su vida, ha de hallarse dotada, o de un instinto moral muy poderoso, o de una férrea educación que se le imponga como una segunda naturaleza, o de una amplia mirada espiritual

que le permita abarcar las muchas desventajas que de otra suerte se acarrearía, para conservarse honrada, sincera, altruísta, púdica y modesta, y cultivar su inteligencia y su corazón cuando el hombre, a cuyo amor aspira sin cesar, admira y aprecia tan poco esas cualidades, dejándose, en cambio, deslumbrar y seducir tan fácilmente por la estética, aun artificiosa, el capricho, la adulación servil y descarada, y la procaacidad que con frecuencia logran de él lo que no consigue la virtud.

COMO CONCILIAR LOS DOS CONCEPTOS

El hecho de que la mujer sea amada con un criterio distinto del suyo—en modo diferente a como ella desea—, constituye un drama terrible en su vida. Por lo cual, desde que el mundo es mundo, se ha intentado atenuarlo en interés de los individuos y de la sociedad, o mejor dicho, en interés de la sociedad y de la mujer, ya que ésta es la que sale principalmente sacrificada en el amor. Si el amor del hombre es voluble y multiforme y el de la mujer permanente y exclusivo; si el amor de la mujer se funda en la razón y en la pasión del hombre, ninguna ley—pensaron los antiguos—podrá reducirlos a un solo criterio; pero sí será posible limitar el alcance de las tragedias que de ese antagonismo se derivan; y a esa tarea se aplicaron. Habida cuenta de que en el amor de la mujer entran tres cuartas partes de devoción, admiración y anhelo de proteger y ser protegida, y de que para ella amar es todavía más necesario que ser amada, buscaron los antiguos el modo de garantizar a cada mujer un *mínimo* de protección, aprecio y admiración de parte del mundo masculino; de garantizar a cada mujer, en su familia o en su comunidad, algún ser—hermano, hermanita, enfermo o niño— a cuyo cuidado consagrarse, es decir, intentaban prevenir el abandono moral y material en que el hombre tiende a dejar a la mujer, uniéndolo a ella con el vínculo del matrimonio.

A cambio de eso pidiéronle a la mujer una moralidad superior. Tal solución no suprimía todos los choques, ni pretendía ser una panacea absoluta para todos los males, ni pensaba en poner en tela de juicio la existencia de los dos

conceptos contrarios, limitándose a aminorar en cuanto fuera posible el alcance de las tragedias que de ellos se originaban y mitigar sus funestos resultados.

Pero la época moderna, que tiene la manía de cambiarlo todo y no se aviene a ningún sacrificio, pretendiendo alcanzar la perfección absoluta, empieza negando la existencia de esos dos conceptos antagónicos y negando también que la mujer y el hombre sean distintos, después de lo cual trata de suprimir todo choque entre ambos exhortándolos a proclamarse iguales y a asumir los mismos deberes y los mismos derechos. Este movimiento ha concluído por elevar a la categoría de regla, y hasta podría decirse que de deber, aquello que el despecho y la indignación sugeríanles a las mujeres menos dignas—el principio de observar en las relaciones con el hombre la ley del Tali6n, ojo por ojo y diente por diente. ¿Que el hombre traiciona a la mujer? Pues, que ésta a su vez le traicione. ¿Que el hombre solo piensa en sí mismo? Pues, que la mujer sólo por sí mire. ¿Que el hombre cifra su placer en los cargos sociales, en su perfección profesional y en los honores que la granjean? Pues, que haga lo mismo la mujer. ¿Que el hombre no se compenetra con la mujer? Pues, que ésta le pague con la misma moneda. ¿Que el hombre quiere ser amado mejor que amar él? Pues, ¿por qué la mujer no ha de querer lo mismo? ¿Que el hombre desea amor sin matrimonio? Pues, que le haga coro la mujer. ¿Que el hombre no aprecia la perfección moral e intelectual, sino sólo la estética? Pues, que se apee la mujer de su perfección moral e intelectual y concentre todos sus esfuerzos por lograr la perfección estética. Así se verá más amada y con sacrificios infinitamente menores resultará más dichosa.

¿Pero creen de buena fe los modernistas que nivelar el mundo es el mejor medio de eliminar los contrastes y crear la felicidad? ¿Pero creen de buena fe que impregnar de clor6formo el alma femenina puede ser la panacea universal, capaz de hacernos a todos dichosos? ¡Pueril ilusión! No es la felicidad un calzado que se acomode fácilmente a todos los pies, ni tampoco algún potingue que se pueda confeccionar con un solo ingrediente, ni una caja de ahorros que aumente en razón directa de todos los bienes, considerados como

tales, que puedan acumularse en ella, sino algo personal, independiente, caprichoso, en que a veces perjudica lo mucho, resultando, en cambio, muy a propósito lo poco; algo cuyos ingredientes pueden ser los más opuestos, entrando tantas veces por mucho, en su composición, las penas mismas y los sobresaltos y dolores. El ser amado, aunque resulte materialmente más conveniente, no sacia el instinto de quien quiere amar, instinto que es un misterio para nosotras mismas, las mujeres, pero que no habrá razonamiento ni interés alguno que sea parte a borrarlo de nuestras almas. El placer engéndrase únicamente de la satisfacción de los instintos, y el instinto altruístico sufre cuando se ve combatido, ni más ni menos que con el instinto egoístico sucede. Aun cuando el interés de la mujer quedase asegurado mediante la igualdad en el amor, no por eso habríase acrecido su felicidad. La mujer querría que el hombre fuera de otro modo, pero lo ama tal cual es; y cabe preguntar: ¿lo amaría lo mismo si fuera igual a ella? Las mujeres modernas no son todas las mujeres. Hay otras muchas que aun conservan inmutables los antiguos instintos. Y los goces vitales que las otras les prometen, la libertad, la independencia, y la ausencia de preocupaciones, no habrán de compensarlas de esa renuncia a que las obligáis, con respecto a los desvelos de la maternidad, de esa obligación de que las eximís, de una moral superior que les imponga el deber de compartir con los demás los tesoros de afecto y abnegación que encierran en su alma, aunque no alcancen reciprocidad.

—Pero nosotras no queremos sofocar esos instintos en la que los tenga—dicen las modernistas.— Lo que queremos es libertad para todas. Queremos que cada cual pueda hacer lo que desee, que la coqueta coquettee, y que la que guste de sacrificarse, se sacrifique—. Solución ideal, verdaderamente, que no habrá quien no desee, pero que presupone un mundo abstracto, poblado de hombres y mujeres sueltos, cuyos actos no chocan entre sí; un mundo poblado de hombres y mujeres; indiferentes a las humillaciones que puedan imponerles los demás, y en el que no existan ni amores ni celos; un mundo en que la mujer que se sacrifica no sufra lo más mínimo cuando la coqueta le quita su amor; en que la virtud

no exija mayores sacrificios que el vicio, y el abstenerse resulte tan llano como el saciarse. Sólo que la realidad es muy otra. La virtud es la limitación de un deseo o instinto, es sacrificio y dolor, aun para el virtuoso. Este practica la virtud por el bien general. Pero si su sacrificio resulta aislado, si la virtud no se impone a la generalidad, puede darse su fin por no logrado.

Quien renuncie a su bien en una sociedad que sólo honra al que se divierte y goza, realiza un sacrificio loco, que redundará en su daño, sin representar un sacrificio para nadie.

El día que hubiese libertad de amor para todas las mujeres, el día que se declarase cosa lícita perseguirlo por todos los medios, y la mujer compitiese con el hombre en eso de correr desenfrenadamente tras el placer, la mujer virtuosa perdería todo prestigio y con él toda compensación a su sacrificio, toda posibilidad de recompensa, y acaso toda posibilidad de dar expansión a su altruísmo. Porque allí donde reinase el amor libre no querría ya el hombre compartir con ninguna la carga de la prole, ni casarse siquiera con aquellas mujeres que aun continuasen rindiendo culto a la maternidad. Porque, ¿cómo podría el hombre distinguir a las mujeres buenas de las hembras malas, cuando, merced a las artes de la coquetería, serían las peores las que no le dejarían punto de reposo, haciendo todo lo posible por seducirlo, comprometerlo y alejarlo de las mujercitas tímidas, ignorantes de tales recursos y arrumacos?

Eso fué, en efecto, lo que sucedió en la Roma de la decadencia, cuando el Gobierno vióse precisado a recurrir a leyes especiales para obligar a los hombres a contraer matrimonio, dándose el caso de suicidarse más de uno por no soportar ni temporalmente la unión con una de aquellas hembras de su tiempo. Y por cierto que no faltarían tampoco en aquella época mujeres madres que hubieran deseado únicamente vivir para la familia y los hijos; sólo que el relumbrón de las otras no les dejaría ver, impidiéndoles a sus contemporáneos creer en su existencia.

Del mismo modo, con esa libertad de amar como y a quien se nos antoje, ocurriría que, a cambio de la poca mayor felicidad conseguida por unas cuantas mujeres hombrunas, resultarían sacrificadas todas las mujeres maternas, cu-

yas nobles aspiraciones quedarían frustradas, y con ellas la humanidad.

Pero, ¿es lícito sacrificar de consuno a la mayoría de las mujeres mejores y al porvenir de la sociedad, con tal de mejorar la situación de una parte mínima de mujeres que en su virilidad misma tienen ya su escudo y defensa? Ciertamente que las leyes antiguas pueden resultarles algo estrechas a esas mujeres varoniles; pero siempre ha de haber alguien para quien las leyes e instituciones vigentes representen un sacrificio. Sólo que las leyes buenas se distinguen de las malas en que animan a cada cual a mejorarse, poniéndoles por modelo personas más nobles y dignas, cuyo ejemplo, al generalizarse, redundando en provecho de la sociedad, y que protegen a la sociedad contra el individuo, al débil contra el fuerte, mientras que en el caso que estudiamos, sería la sociedad la que tendría que transformarse de golpe y porrazo en una pandilla de individuos que no pensarían más que en su lucro y medro, resultando sacrificada la flor de las mujeres, que no pueden transformarse en hombres por decreto, ni gozar por decreto tampoco de los beneficios del egoísmo que les prometen.

Por todo lo cual no vacilo en declararme partidaria de la solución tradicional del amor en el matrimonio.

Los límites que la tradición señalaba al amor no eran límites arbitrarios, fijados solamente para poner a prueba las femeninas virtudes, sino los límites necesarios para mantener a la sociedad unida e impedir que las tragedias individuales recayesen sobre los demás, engendrando tragedias generales más graves todavía; representaban el *mínimum* de virtud que la sociedad femenil necesitaba para defenderse.

El abstenerse de amar a quien de buen grado se amaría y no se debe amar, abstenerse de declarárselo y de dejárselo entrever, puede ciertamente determinar tragedias; pero esas tragedias se multiplicarían en proporción desmesurada, sobre todo para la flor de las mujeres, que jamás se atreverían a sacrificar a los demás en aras de sus gustos, luego que se generalizase el amor libre. Quitando toda traba y freno a las armas de la coquetería, cesará toda constancia en el amor, aunque no cese el deseo de esa constancia.

No hay que olvidar, cuando se establecen reglas en amor, que aun dentro de la mayor libertad, puede el amor nacer y extinguirse unilateralmente.

La superioridad moral que la sociedad exigía de la mujer, las renunciadas y deberes que les imponía, venían a ser los mínimos necesarios para garantizarle, incluso a la buena, el *mínimum* de derechos especiales a que aspiraba, soliendo resultar con mucha frecuencia hasta venero de íntimas satisfacciones.

Para la mujer maternal—amor es sinónimo de abnegación, de sacrificio—es abnegación y sacrificio por instinto, y ya acepte esta idea, ya se le imponga como deber, ningún deber le será más grato, sobre todo si cuenta con la promesa de rico galardón, el respeto y el prestigio que corresponde de derecho a un individuo, al cual se le reconoce y acredita una colaboración desinteresada al bien común. Pero si no se le impone el sacrificio, si se la enseña a calcar su amor sobre el patrón del hombre, a medir los sacrificios que está dispuesta a hacer por los que el hombre no está dispuesto a realizar, si se la persuade para que no dé de sí sino aquello por lo que pueda esperar compensación adecuada, resultará que la flor de las mujeres seguirá sacrificándose todavía por instinto; como sigue empollando la llueca cuando se le quitan los huevos, pero será objeto de befa por seguir queriendo sacrificarse teniendo francos ante sí tantos caminos de placer. Y si logra reprimir en el fondo de su alma ese altruísmo de que la naturaleza la ha dotado, para adoptar los vicios de los hombres, no encontrará en ellos los goces que el hombre halla y encima se acarreará la burla inmerecida, más no por eso menos sensible, del vulgo, que a mandíbula batiente se reirá de su incapacidad para caminar por la nueva senda.

Sí; su altruísmo le ocasionará terribles angustias, desilusiones terribles; sólo que para ella resultarán menos terribles y menos desastrosas en su consecuencia que la simple apatía. La necesidad que de amar siente la mujer es el nudo que constituye la tragedia de su vida; pero es que, fuera de esto, no existe la vida para ella. Es ingrato el hombre, serán ingratos los hijos, será ingrato el mundo entero, por no adivinar ni comprender esta necesidad del corazón femenino.

Pero el sacrificio hecho con la ilusión del amor no resulta doloroso, o, en todo caso, no lo es tanto como esa inacción que nos queremos imponer para eximirnos de amar.

¿No vemos diariamente a la llueca empeñarse en empollar, sacrificando su libre retozar y picotear en el grano, por estarse allí tozudamente acurrucada en su nido, con tal obstinación que no lo deja aunque se le quiten y destripen los huevos, y se la saque de su hoyo, y en mil modos se la inquiete y hostigue? ¿Y no quiere decir eso que el sacrificarse por la futura pollada es para ella más grande placer que todas esas otras satisfacciones egoísticas que por ese gusto sacrifica? Si despojamos al concepto del amor de cuanto tiene de sagrado y doloroso para la mujer, la privamos al mismo tiempo del derecho a proclamar muy alto, cara al mundo, que el amor es el fin más alto de su vida.

Hoy día, la jovencita se avergüenza de amar, no sabe, no se atreve a confesarse ni siquiera a sí misma, que ansía en encontrar un marido y fundar una familia, y que con tal de lograrlo está dispuesta incluso a sacrificar los egoísticos goces de que se halla rodeada. Y todo eso, ¿por qué? Pues, porque se le ha quitado al amor todo carácter de sacrificio, dejándolo reducido al materialístico objeto de gozar.

El interés de la mujer estriba en dejarle al amor hombruno todos sus prepotentes egoísmos con tal de poder amar. Mientras amamos, hay algo que nos hace creer que somos útiles. Mientras somos amados, hay algo que nos une a la vida, dice Mazzini.

* * *

Pero si yo por mí dejara intactas las tradiciones de la mujer antigua, modificaría, en cambio, las del hombre, fiel en eso a mi principio de que sólo mejorando las costumbres hombrunas se podrán mejorar las condiciones de la mujer.

No puede obligarse al hombre a amar cuando ya se extinguió su amor, a dar una importancia mayor de la que le da a este sentimiento, ya porque su carácter es especial, ya porque sus preocupaciones exteriores, políticas y profesionales absorben su inteligencia, su corazón y su actividad en mucho mayor grado que en el caso de la hembra. Pero sí puede

acostumbrásele al hombre a contraer hábitos que le infundan, por lo menos, a la mujer la ilusión de ser amada, aun cuando no lo sea; puede acostumbrásele al hombre a apreciar las dotes intelectuales y morales de la mujer y a sostenerla moral e intelectualmente y dirigir su vida, aunque no la ame. Que es lo que en el fondo desea el hombre, la mujer.

Pídense ahora leyes que limiten las exigencias y la autoridad de los hombres. Ríos de tinta se han vertido para describir con los más negros colores las terribles consecuencias del despotismo y el esquilmo de que el hombre hace víctima a la mujer, y a encarnecer las tradiciones que hacen al marido, al padre y al hermano responsables y jueces, en ocasiones crueles, de la moralidad de sus esposas, hijas y hermanas. No hay costumbre alguna sobre la cual no se pueda hacer llorar a una generación entera. Pero esto de la autoridad del hombre y de sus exigencias morales, es precisamente una de esas prácticas sociales que menos nos merecen lagrimones de cólera.

La sociedad necesita que la mujer sea moral, que no emplee las artes de la coquetería que tiene a su alcance y que provocarían general confusión en el campo social. ¿En quién ha de delegar aquélla el velar por la satisfacción de esa necesidad suya sino en el marido, el padre o el hermano? El escarnio que sobre él recae por la mala conducta de las mujeres declara el desprecio de la sociedad por no haber sabido cumplir el cometido que se le confió. Pero si ese ludibrio puede redundar en algún daño para la hez de las hembras, surte óptimos efectos para la flor de las mujeres, a quienes por ese medio concilia la sociedad el aprecio del hombre. Aparte de que esa autoridad que la sociedad adjudica al hombre, cuando éste no abusa de ella, antes que de encono y rencor resulta venero de más íntimos lazos entre hombre y mujer.

La autoridad de la dependencia son los sentimientos que más fuertemente unen a las criaturas entre sí; la necesidad misma en el uno de velar, esto es, de vigilar, y en el otro de sentirse vigilado, *velado*, es decir, apoyado y defendido, hace nacer un vínculo que se asemeja mucho al afecto sincero, aun entre extraños. De esta suerte nace y se afianza automáticamente con más afectuosidad el lazo entre esos hermanos o hermanas, entre las compañeras del colegio, entre

los que mandan y los mandados. El capitán encariñase con los soldados que a su mando tiene y cuando logra acierto en sus órdenes, resulta correspondido por sus subordinados, de igual suerte que el maestro quiere y es querido de sus discípulos.

La mujer necesita velar por los demás; y siente gran satisfacción cuando ve que los demás la atienden. El despotismo, la autoridad, es un modo de mirar por los subordinados y obligar a éstos a mirar por el déspota. La mujer padece en cierto modo con la excesiva tiranía del marido; pero mucho más todavía sufre con esa indiferencia, que irremisiblemente había de ser consecuencia inmediata de su emancipación.

La mujer es más feliz cuando se casa con un hombre viril, egoísta, lleno de iniciativas, que exige de ella sacrificios, pero se los exige conscientemente, y se preocupa de su persona aunque sólo sea para esquilmarla y beneficiarla y dirigirla, que no cuando se casa con un hombre afeminado y débil, que no quiere nada y ni se ocupa de nadie, siéndole todo indiferente.

Nada le resulta tan grato a la mujer que ama—precisamente porque para la mujer es amor sinónimo de sacrificio y abnegación—como ver encauzados esos sus sentimientos, y bien dirigidos sus esfuerzos, y sentir cómo su obediencia y sus sacrificios le granjean de parte del amado esa estimación, ese prestigio que tanto ambiciona.

Nada lisonjea tanto a la mujer como el sentirse útil. Esas exigencias del hombre, contra las cuales tanto se clama hoy, son uno de los más grandes atractivos que el hombre tiene para la mujer normal; siempre les oiréis a las muchachas ponderar con dejos de reproche, al par que de orgullo, las exigencias del novio, que son para ella motivo de queja y de placer.

Y no es todo altruísmo en esta atracción de la mujer hacia el hombre autoritario, sino que entra también por mucho en ello un inconsciente instinto de defensa. La mujer que es débil y tímida y necesita sentirse protegida, hácese la ilusión de que el hombre autoritario pondrá a sus servicios su autoridad y su fuerza y la defenderá.

No es, en efecto, el despotismo o la autoridad del hombre lo que hace sufrir a la mujer, sino lo de que el hombre

emplea muchas veces esa energía sólo en su provecho y no al objeto de defenderla a ella. Con el actual sistema de erigir en prueba de amor la independencia mutua entre los deudos, suele darse con harta frecuencia en el escollo del abandono, de la soledad, y, finalmente, en la corrupción de la mujer que, cansada del abandono recíproco, empieza a suspirar por quien pueda ofrecerle al menos la ilusión de que ha de aprovechar mejor sus dotes, esto es, de que ha de saber dirigirla y mandarle.

Así que, nada de leyes que eximan al hombre de toda autoridad en el seno de la familia y de todo cuidado con respecto a quienes siempre habrán de depender, hasta cuando no dependan, de una palabra suya; sino leyes, tradiciones y costumbres que regulen esta dependencia y esta autoridad en el modo más útil, así para la mujer como para la sociedad; leyes, tradiciones y costumbres que regulen la posible colaboración de la mujer con el hombre y exhorten a este último a no dejar baldías las dotes intelectuales y morales de la hembra e instruya al uno para que comprenda mejor al otro y a ambos para que se comprendan mejor a sí mismos y se percaten de sus diferencias recíprocas.

Muchas asperezas de la conducta del hombre, muchas amarguras del corazón de la mujer, débense a no conocer ni uno ni otro a qué criterios obedecen, y menos todavía los del compañero. El hombre causará menos sinsabores a la mujer si consciente de la distinción que establece entre amor y estimación, y de la amalgama que de ambos sentimientos hace la mujer, y consciente, por lo tanto, del dolor que distinción semejante puede causarle a aquélla, modifica, por lo menos, su conducta exterior, en este respecto, supliendo con la razón lo que a su corazón le falta.

La educación y la razón hacen profunda mella en el hombre, más todavía que en la mujer, y modificándolo y mejorándolo, será como podrá obtenerse un positivo mejoramiento de la situación de aquélla.

Acostúmbrese el hombre, el marido o padre, a compartir su trabajo con la mujer, a interesarse por sus dolores, a dirigir su actividad y disipar sus perplejidades y quedará resuelto en sus tres cuartas partes el femenino problema. No hay trabajo hombruno en cuya parte moral o material no pueda

colaborar la mujer; ni perplejidad borrascosa que con su palabra no pueda abonanzar el hombre. Cuando éste haya asociado a su trabajo la mujer, y se ocupe en dirigir su vida, aquélla se creará amada y será feliz, cualesquiera que sean los sacrificios que se le demanden.

Esta educación del hombre debería estar a cargo de la mujer, y se halla a su vez relacionada y subordinada a una educación e instrucción moral adecuada de aquélla.

Para que el educador pueda ejercer alguna influencia en el educando, es menester que por todos conceptos le aventaje, y que el discípulo lo reconozca así.

Para que la mujer eduque moralmente al hombre, habrá de serle superior, y habrá aquél de reconocer esta superioridad, lo que podrá lograrse cuando la superioridad sea colectiva.

Sólo la mujer que practica la virtud y aquella que supo refrenar los naturales celos que la convierten en la enemiga nata de las demás mujeres, podrán educar al hombre y hacer que éste reconozca la virtud de la mujer. Mas suele suceder, por el contrario, que la mujer que debería ser quien al hombre le revelase las virtudes de su sexo, resulta maestra incomparable en el arte de ponerle de manifiesto sus defectos y lacras.

* *

Pero la educación tiene sus límites que no es posible traspasar; puede dirigir los instintos, pero no puede matarlos. El concepto que el hombre se forja del amor, es como es, y ha de engendrar siempre fatalmente tragedias. Sólo el perdón generoso y completo por parte de la mujer, podrá conjurar estas tragedias y evitar sus consecuencias. No debe olvidar la mujer que un perdón serio y total en un momento oportuno, puede representar la salvación de la familia y de ella misma. Los dos conceptos tan diferentes del amor, tan desfavorables en cierto sentido a la mujer, no podrán conciliarse nunca como no esté la mujer dispuesta a perdonar. Y no ha de olvidar la mujer que su despecho puede recaer, en último término, sobre sus hijos y sobre ella misma, cuya

vida resultará más vacía, triste y amarga, después de una ruptura irreparable.

A más de la educación de la mujer y el hombre, no serán inútiles, quizá, algunas leyes que garanticen cada vez más el respeto de entrambos a la institución a que más reconocida debe estar la mujer: el matrimonio.

Si el matrimonio no le ha garantizado a la mujer un amor que no habrá ley alguna que pueda garantizarle nunca, le ha permitido contar con el hombre que se unió a ella, para el mantenimiento de los hijos, proveyendo a evitar que, al abandono moral e intelectual en que con tanta facilidad la deja el hombre, no vaya a aunarse también el material abandono. Cuanto puede garantizar esta institución, resulta favorable a la mujer, incluso esa elección del cónyuge encomendada a los padres, que a nuestros contemporáneos se les antoja una herejía horrible de pasados tiempos.

Porque en el hombre la perfección física determina una atracción infinitamente mayor que en la mujer.

No se puede suplir con razonamientos esta atracción que tiene sus fundamentos naturales en los fines a que se halla destinado el hombre. Pero si se puede hacer que el hombre adquiera conciencia de ella, y persuadirlo de que la sociedad tiene derecho, con miras a esos mismos fines, a entrometerse en su corazón y no permitirle que fíe su honor y el porvenir de su estirpe a un sentimiento tan poco noble y seguro como ese a que llama amor y obligarlo a dejarse aconsejar de los otros, siquiera en la elección de la esposa, lo que no excluye en modo alguno lo que se dice el amor. Ese impulso a que hoy se da nombre de amor, hállase unido a la edad, la situación y estado de ánimo, mucho más que a las cualidades específicas de los dos que se aman. ¿Ha habido nunca amor más tierno que el de Garibaldi a Anita? Y se enamoró de ella a la distancia de dos kilómetros, al divisar a una figura de mujer que se paseaba por la playa.

Demasiados ríos de tinta se han vertido para demostrar la fatalidad del amor, y glorificar la libertad de elegirlo. Harto descrédito se ha arrojado en estos últimos años sobre la costumbre antigua y universal de que fuese la familia el primer órgano de elección en el matrimonio de los hijos. Este des-

crédito que la mujer aplaudió con tanto entusiasmo, hale sido fatal, y sobre todo, a la flor de las mujeres; porque cuando se fía la elección al acaso, como en el matrimonio de amor, es la más coqueta, la menos noble moralmente, la que con más facilidad se alza con la palma; como que sabe provocar más fácilmente la atracción física del hombre con pleno menoscabo y detrimento de la mujer mejor que no se atreve o sabe hacer otro tanto. Supuesta la importancia que a los ojos de la mujer normal tienen la admiración y el aprecio sobre la atracción física, resulta más protegida cuando los padres se encargan de averiguar por ella si el hombre que ha de amar merece su estimación, que no cuando elige ella misma a ciegas, sin más guía que la luz de una falaz mirada de pasión.

—Pero eso es circunscribir al amor en los estrechos y anticuados límites del matrimonio—oigo decir—. ¿Pues qué? ¿Quién no encuentre en él al amor habrá de renunciar a la que parece y es la aspiración más sincera y poderosa del alma femenina?

Claro que sí; sólo que ¿queréis decirme cuántos son los hombres y mujeres que llegan a satisfacer por completo en este mundo alguno de sus instintos, alguna de sus esperanzas?

Los honores, la fama, esos puestos a que los hombres aspiran con todas sus fuerzas y que a veces constituyen el único fin de toda su existencia, no les dan derecho a tomarlos por la fuerza ni a quitar de en medio a quienes los ocupan.

El derecho al amor equivale exactamente al derecho a robar; el derecho a prevaricar, a conquistar en cualquier forma que sea la cosa deseada, derecho que ninguna sociedad puede admitir y que el bolchevismo ha admitido consecuentemente con su credo, al concederlos todos. Que si parece incruenta en el caso del amor la conquista, no menos complicadas y cruentas resultan por ello las confusiones y angustias generales que de él se derivan.

Los límites del matrimonio tradicional son, en el fondo, los más amplios en que la mujer pueda dar expansión a su amor, con relativa seguridad para ella y para la humanidad. Los únicos que pueden infundirles a la mayoría de los

hombres y de las mujeres una tranquilidad relativa y los únicos que garantizan a la mujer contra la posibilidad de horribles tragedias, individuales y sociales.

La mujer que no llega a encontrar en el matrimonio la satisfacción completa que se prometía, no será en él dichosa; pero es que con la plena libertad de amar, no lo será ninguna.

Obsérvese que la flor de las mujeres, cuando no pueden explayar por entero el alma en las instituciones tradicionales, siempre cuentan con el recurso de explayar siquiera una parte. El amor es un compuesto de elementos múltiples, que parcialmente pueden hallar satisfacción al margen del amor varonil, cual ocurre con el placer de serle necesaria a alguien o la necesidad de consagrarse a algo. Ya dije que en China existe la costumbre de confiar a la joven que quiere conservarse fiel al novio difunto un niño de su parentela para que lo críe como suyo y pueda cifrar en él toda la facultad afectiva que en su pecho se encierra.

El Cristianismo inventó para las mujeres, cuya sed de amar no halla satisfacción, toda una serie de órdenes religiosas, que por mil tenues resortes respondían a la mayor parte de los elementos altruísticos del amor femenino. Los tiempos modernos no han ideado ni procurado idear nada semejante, y quizá sea ésta una razón de disgusto que aqueja a las mujeres mejores; mas no es difícil, después de la espléndida prueba hecha durante la guerra, que se constituyan Ordenes laicas que aprovechen y realcen estas energías.

La condición de la mujer es trágica y el concepto tan particular que se forja del amor es una de las causas principales de que así sea. Pero es tan trágica precisamente por no poderse modificar ese concepto ni tampoco el del hombre, sin ir a dar en tragedias mayores y más generales.

Por lo demás, en el fondo, cuándo hombre y mujer se aman lealmente, cada cual a su modo, a lo egoísta el hombre, a lo altruísta la mujer, cuando ambos tienen conciencia de los límites que deben poner a sus pretensiones, pueden entenderse a maravilla, aunque sea en modo opuesto y cifrar el mayor interés en su unión, que es el fin social a que al amor

propende. La armonía duradera sólo puede engendrarse de la leal aceptación de la verdad.

La conclusión a que vengo a parar es antigua, mejor dicho, anticuada, pensará alguno; pero el problema es también antiguo y me parece ingenua petulancia la nuestra al empeñarnos en resolverlo sin haber cuenta de los esfuerzos de las infinitas generaciones que nos han precedido y de sus experiencias.

FIN

INDICE

	Págs.
PROLOGO..	5
DEDICATORIA..	15
PREFACIO DE LA AUTORA..	17

LIBRO PRIMERO

El alma de la mujer

Las dificultades del problema de la mujer..	21
La clave del alma femenina; su alterocentrismo..	23
Razones del altruismo..	27
La trágica situación que de ello se deriva..	30

LIBRO SEGUNDO

Virtudes, defectos, ventajas y desventajas

Primera parte.—Características dependientes de la pasionali-	
dad e intuición..	41
Confianza en sí misma..	44
Obstinación, parcialidad..	48
Intolerancia..	50
Despotismo..	61
Amor propio..	58
Afán de primacía..	60
Envidia, celos, sed de venganza..	63
Moda..	65
Sentimentalidad..	67

	Págs.
Expansividad-Sociabilidad..	72
Ventajas y desventajas..	74
Vivificación de las cosas inanimadas..	77
Gratitud.—Regalos..	80
Indumentaria..	82
Personalidad.—Hechizo..	85
Ventajas y desventajas..	88
Segunda parte.—Actividad y sus consecuencias..	95
Defectos y virtudes..	98

LIBRO TERCERO

La Inteligencia

Primera parte.—Dirección concreta de la inteligencia femenina	108
Influencia del amor..	113
Influencia de la actividad y el amor propio..	117
Cualidades especiales de la inteligencia femenina.—Intui- ción..	120
Espíritu de observación..	122
Método..	125
Ventajas..	126
Desventajas..	129
Actividades más adecuadas a la mujer y a su inventividad	134
Cultura..	139
Segunda parte.—Apoyos y frenos morales de la mujer.—Fun- ción de la razón..	150
Peligros..	154
Medios que pueden substituir a la razón..	157
Tercera parte.—La mujer superior..	165

LIBRO CUARTO

El Amor

Qué es el amor..	181
Qué entiende por amor la mujer..	186
Razón y consecuencias de esta diferencia..	191
Tragedias..	198
Cómo conciliar los dos conceptos	207

Impreso en los Talleres
de la Editorial
"Cultura"
1937

